

ESCRITOS
SOBRE
EL CAPITAL



WENCESLAO ROCES



ESCRITOS
SOBRE
EL CAPITAL

WENCESLAO ROCES

ESCRITOS
SOBRE
EL CAPITAL

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México
Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, A. C.

EKATÓ

Escritos sobre *El Capital*
Wenceslao Roces

Colaboración. María Elena Álvarez-Buylla Roces (prologuista); Luis Rodrigo Wesche Lira (selección y organización de textos); Daniela Macías (maquetación y colaboración al diseño); Mary Frances Rodríguez Van Gort (coordinador de serie); Flavia Tudela Rivadeneyra (coordinador de serie); Federico José Saracho López (coordinador de serie); Juan Carlos Hernández Vera (editor y coordinador de serie), Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista A.C. (Archivo).

Serie Ekató

Edición. 1ª. 2025.

D.R. © 2025 Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México, México.

ISBN: 978-607-587-550-7

Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Circuito Interior. Ciudad Universitaria, s/n. C.P. 04510. Coyoacán, Ciudad de México, México.

Correo electrónico: coord.publicaciones@filos.unam.mx

Forma sugerida de citar.

Roces, W. (2025). *Escritos sobre El Capital*. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras. <https://ru.atheneadigital.filos.unam.mx/>

Excepto donde se indique lo contrario, este contenido digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial (CC BY-NC) 4.0 Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/legalcode.es>.

Para un uso diferente escribir a: ru.atheneadigital@filos.unam.mx

Con la licencia  usted es libre de:

Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

En los casos que sea usado el presente contenido digital, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

INTRODUCCIÓN

Mi abuelo, Wenceslao Roces Suárez, luchó toda su vida por la justicia social. Oriundo de Soto de Sobrescobio, un pequeño pueblo de la cuenca minera asturiana, de familia pobre, dedicada a las labores del campo. Nació el 3 de febrero de 1897. Su madre, María, se dio cuenta de su interés por la lectura y el estudio y decidió emigrar a Jijón, en donde cocinó para los trabajadores del puerto y así poder mantener a mi abuelo y apoyarlo en sus estudios. Mi abuelo terminó su carrera en Derecho en la Universidad de Oviedo, y en 1920 terminó un doctorado con el Premio Extraordinario en la Universidad de Madrid, con la tesis *El Caso Fortuito en el Derecho de Obligaciones*. Se ganó una beca para ir a Alemania para ampliación de estudios, en donde estuvo hasta 1922. Ahí aprendió el alemán y trabajó bajo la dirección del romanista, Otto Lenel y el filósofo, Rudolf Stammler.

A los 26 años en 1923, se convirtió en el catedrático más joven de la Universidad de Salamanca obteniendo la cátedra de Derecho Romano. También siguió enseñando la obra de Stammler y desarrolló estudios propios en neokantianismo. Inició su gran labor de traductor al castellano de obras de Derecho Romano. Se estableció, entonces, la Dictadura de Primo de Rivera, que mi abuelo Wenceslao repudió siempre. Colaboró estrechamente con Miguel de Unamuno, con quien compartió una profunda amistad. Ambos fueron víctimas de represión por sus inclinaciones políticas.

Ya cerca de cumplir los 30 años, mi abuelo volvió a Alemania. Fue entonces que dejó el idealismo kantiano para empeñarse en el estudio del materialismo científico y la filosofía marxista. A partir de ese momento, decidió dedicar un esfuerzo importante a difundir este pensamiento en España y se afilió al Partido Comunista Español. Se mudó a Madrid, desde donde militó, y continuó su trabajo académico, con estudios

propios y traducciones de las obras de Marx, Engels y Lenin. A la vez, participó en múltiples organizaciones como El Ateneo, el Frente Antifascista, la Asociación de Amigos de la Unión Soviética o el Socorro Rojo Internacional. Se involucró también en la Revolución de los mineros asturianos de 1934. Fue encarcelado y al ser liberado tuvo que exiliarse en la URSS, en donde profundizó su conocimiento del ruso, y con ello amplió su trabajo de traductor.

Volvió a la España republicana, y poco después fue nombrado subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública y Cultura. La labor de mi abuelo contra el analfabetismo en España fue muy importante, y también lo fue su labor en el salvamento del tesoro del Museo del Prado y acervo de la Biblioteca Nacional durante la Guerra Civil Española. Tras el triunfo de la dictadura franquista en España salió exiliado, vía Francia, con el apoyo de Pablo Neruda. Primero fue a Chile, también estuvo en Cuba y finalmente se estableció en México, en donde continuó su labor de investigación y docencia en derecho y en filosofía marxista en la Universidad Nacional Autónoma de México en donde llegó a ser profesor emérito. También recibió la condecoración del Águila Azteca por parte del Gobierno de México. En paralelo, realizó una importante labor de traductor en el Fondo de Cultura Económica, hasta poco antes de su muerte, a los 95 años, el 28 de marzo de 1992.

En 1977 volvió a España, en donde ganó un escaño como senador por el Partido Comunista, pero poco después volvió a México, en donde estábamos sus cuatro nietos (Arturo, Elena, Carmen y Blanca), su hija, Elena, mi madre, y su hijo, José Carlos. Ya había echado hondas raíces en nuestro querido México, y ya no se “halló” en España.

Su militancia comprometida en el Partido Comunista Español, su apoyo a la lucha de los mineros asturianos, la docencia y su entrega apasionada a la traducción de las obras de Marx, Engels y Lenin, siempre estuvieron motivados por aportar a la conciencia de los movimientos a favor de la justicia social. Una importante convicción de mi abuelo fue empeñarse en interpelar a las juventudes en las aulas y haciéndoles disponibles en castellano, obras fundacionales de Marx y Engels, y otros

filósofos importantes que alumbraron las luchas emancipadoras de los pueblos a lo largo de la historia.

Como consecuencia, sus propios escritos los fue dejando en segundo plano, pues pensaba con sincera humildad que era más importante empeñarse en que más jóvenes conocieran y estudiaran a los que él admiraba y consideraba los más grandes pensadores. Pero a lo largo de su larga trayectoria académica y de lucha, mi abuelo escribió síntesis y reflexiones, que además de lúcidas, originales y profundas en contenido, revisten una particular elegancia que en algunos pasajes se pueden tornar hasta poéticas. Un estilo que caracterizó a sus escritos, e incluso traducciones. Gracias a mi madre, Elena Rocés Dorronsoro, se archivaron y resguardaron con esmero algunos de los textos que aquí se comparten. Mi madre dio en comodato un importante archivo de mi abuelo, Wenceslao Rocés, al CEMOS. Esta donación se suscitó durante un homenaje a mi abuelo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ahí, mi madre se encontró con Elvira Concheiro, cercana y admirada amiga, a quien siempre le profesó mi madre, y yo misma, una especial admiración y cariño. Y con ello, una sólida confianza. Sabíamos que el archivo de la “maleta negra” llena de importantes documentos, que nos legó el abuelo, Wenceslao Rocés, estaría en buenas manos con Elvira y el CEMOS.

El CEMOS aglutina la pasión y el trabajo de jóvenes, mujeres y hombres, con brillantes carreras y claros compromisos por la justicia social. Qué orgulloso y feliz estaría mi abuelo, nuestro querido Wenceslao Rocés, de saber que son las nuevas y pujantes generaciones con la guía de una mujer de la talla académica, humana y ética de Elvira Concheiro, que estudian, integran y organizan algunos de sus escritos originales para que otras personas puedan acceder a ellos. Y qué fortuna que sea su Alma Mater y la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en su centenario, que los publique como parte de la serie Ekató.

La presente compilación reúne siete escritos (notas, estudios y conferencias) de la Colección Wenceslao Rocés, preservada en el CEMOS, redactados en distintos momentos de la vida de mi abuelo: “La revolución llevada a cabo por Marx y Engels en el campo de la economía

política”, “La filosofía de *El capital*. En el centenario de Marx”, “Aportaciones de Federico Engels a *El capital*”, “Qué es, para nosotros, *El capital*”, “Orientaciones para el estudio de *El capital* de Carlos Marx”, “El tomo II de *El capital*” y “Las Teorías sobre la plusvalía”. En su conjunto, estos textos cumplen con el propósito de reconstruir el origen, estructura y desarrollo de la crítica de la economía política, enfatizando la ruptura que significó con la economía política burguesa. Algunos con intención más exegética y otros con una clara motivación militante y de divulgación, buscan arrojar claves filosóficas, económicas e históricas para comprender la teoría que revela cómo el modo de producción capitalista parte de la explotación del ser humano por otros seres humanos, y también la sobreexplotación de la naturaleza. Ésta es muy propia del sistema capitalista y neoliberal, y está llevando a importantes crisis climáticas, hídricas, de pérdida de biodiversidad, de contaminación de suelos y aire, entre otras. La visión crítica y rigurosa expuesta con lucidez por Wenceslao Roces, en los textos que aquí se presentan por primera vez, alumbran de manera importante la práctica revolucionaria tan necesaria en el mundo contemporáneo.

Agradezco profundamente a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM por esta edición y al CEMOS por preservar estos documentos, a la doctora Elvira Concheiro Bórquez por guiar con brillantez el trabajo de archivo, resguardo, revisión y estudio de la obra y documentos de mi abuelo, a los doctores Gerardo de la Fuente Lora y Jaime Ortega Reyna por hacer las gestiones necesarias para que se pudiera publicar este volumen y al maestro Luis Rodrigo Wesche Lira, quien realizó la selección y organización de los escritos que componen la importante compilación que tienen en sus manos.

Doctora María Elena Álvarez-Buylla Roces
Instituto de Ecología, UNAM
Ciudad de México, 14 de julio de 2025

LA REVOLUCIÓN LLEVADA A CABO POR MARX Y ENGELS EN EL CAMPO DE LA ECONOMÍA POLÍTICA¹

La Economía política proletaria formada por Marx y Engels se distingue radicalmente de la Economía política burguesa anterior a ella. El nacimiento de la teoría económica no merece simplemente un avance gradual, cuantitativo, sino que representa una verdadera revolución, un salto cualitativo, en el desarrollo de la ciencia económica.

Los adversarios del marxismo, tanto los economistas burgueses como los reformistas, se empeñan en rebajar los méritos de Marx, diciendo, como con frecuencia afirman, que él copió su teoría económica de Ricardo, Rodbertus y los socialistas utópicos ingleses. Otros adoptan la actitud contraria y presentan la teoría marxista como algo extraño, que ha brotado al borde de la calzada real por la que discurre el desarrollo de las ciencias sociales.

En realidad, Marx y Engels no construyeron en el aire, sino que se apoyaron en el sólido fundamento de los conocimientos más avanzados en su tiempo, en la filosofía burguesa clásica, en la Economía política clásica de la burguesía y en el socialismo utópico inglés y francés. Todas estas doctrinas fueron críticamente reelaboradas y transformadas por ellos. Y, a la par que sometían a un profundo análisis crítico de las teorías burguesas, contrastaban a la vez el movimiento obrero, a la luz de la práctica en sus propias doctrinas y sus conclusiones. Como resultado de todo ello forjaron una nueva teoría, una teoría revolucionaria, que en modo alguno podía haber surgido en las mentes de los pensadores anteriores a ellos, encerrados dentro del estrecho horizonte visual de la burguesía. Por eso puede afirmarse como entera justicia que *Marx y Engels revolucionaron todo el campo de la Economía política*.

¹ CEMOS. Colección Wenceslao Roces. Serie B. Carpeta 59. Documento WR.CARP59.003.

El rasgo distintivo fundamental de la Economía política marxista, en contraste con la burguesa, es que tiene otro contenido de clase, persigue otros fines y *expresa los intereses de otra clase, de la clase obrera*. La clase obrera constituye la más avanzada y revolucionaria de la sociedad; su aparición y su actuación representan desde el primer momento un viraje profundo en la historia mundial. La meta de su lucha es la destrucción de las clases y de la implantación del comunismo, ideas que no son sino el reflejo de la trayectoria efectiva del progreso social. La Economía política marxista es el fundamento económico científico sobre que descansa la misión histórica de la clase obrera y pone en manos de ésta un arma ideológica valiosísima para su lucha por el comunismo.

De ahí el *carácter profundamente científico de la Economía política marxista*, su reflejo certero de las leyes económicas de desarrollo de la sociedad. La Economía política burguesa fue una ciencia –y, además, lo fue dentro de límites muy restringidos– solamente en el periodo de la instauración del régimen de producción capitalista, en los tiempos en que la burguesía luchaba contra el feudalismo, actuaba como una clase progresiva. Al convertirse en clase dominante, la burguesía se despojó de su carácter progresivo, y sus ideólogos renunciaron a las investigaciones verdaderamente científicas. ¿Correrá esta misma suerte la clase obrera? No, esto no es imaginable, pues los intereses de esta clase se identifican con la marcha del progreso social. Como Marx dijo, la clase obrera, al liberarse, libera a toda la sociedad.

El proletariado es la única clase interesada en la total y consecuente investigación de la realidad. Una clase que no tiene miedo a mirar cara a cara al futuro, porque sabe que el futuro pertenece al pueblo, a los trabajadores. En su posfacio a la segunda edición de *El capital* dice Marx que la crítica de la Economía política burguesa “sólo puede estar representada por aquella clase cuya misión histórica es derrocar el régimen de producción capitalista y abolir definitivamente las clases: el proletariado”.² Solamente los ideólogos de la clase obrera podían

² Carlos Marx, “Posfacio”, en *El capital*, t. II, 2a. ed. Trad. de Wenceslao Roces. México, FCE, 1959, p. XX.

forjar, como forjaron, la única teoría económica ajustada a la verdad científica. “La teoría de Marx es omnipotente, porque es verdadera”.³

La teoría económica marxista es una poderosa *arma ideológica* de la clase obrera en la lucha por el comunismo. En *Quiénes son los ‘amigos del pueblo’*, señala Lenin que el objetivo de las investigaciones económicas de Marx consiste en “poner al descubierto todas las formas del antagonismo y la explotación, para ayudar al proletariado a destruirlas”. La doctrina marxista ha sido asimilada por las masas populares y se ha convertido, con ello, en una formidable fuerza material. Es el fundamento teórico sobre que descansa la política de los Partidos comunistas. Ninguna doctrina, ninguna teoría, hasta llegar a ella, pudo alcanzar ni alcanzó una importancia tan formidable.

El viraje revolucionario operado en la Economía política comenzó con la elaboración de un *nuevo método de investigación*. Los economistas anteriores a Marx consideraban todos los fenómenos económicos a través de un prisma metafísico, como cualitativamente inmutables. No acertaban a relacionar entre sí la esencia y el fenómeno, la forma y el contenido; no sabían descubrir las contradicciones internas inherentes a la producción capitalista; no comprenderían el carácter históricamente transitorio de este régimen.

Marx y Engels crearon un nuevo método de investigación: el método del materialismo dialéctico. Un método revolucionario que no reconoce dogmas ni fórmulas estancadas. Un método que tiene como base el análisis del desarrollo real de todos los fenómenos y procesos, el nacimiento de las nuevas cualidades, etcétera.

Además determinaron de un modo nuevo el *objeto de la Economía política*. Según los economistas burgueses, esta ciencia versa sobre el estudio de la riqueza y de sus fuentes, sobre la investigación de los “principios eternos y naturales” de la distribución de dicha riqueza. La Economía política marxista estudia las relaciones de producción de los hombres y las leyes y categoría económicas en que estas relaciones se expresan.

³ Vladimir I. Lenin, “Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo”, en *Marx, Engel y el marxismo*. Moscú, Progreso, 1950, p. 65.

Dicha economía descansa sobre la *concepción materialista de la historia*. Por eso concede el lugar primario, determinante, a la producción, que es la que en realidad influye por modo decisivo sobre la distribución y el consumo. Los economistas burgueses interpretaban de un modo idealista los fenómenos sociales y no comprendían el papel determinante de las fuerzas productivas y las relaciones de producción en el desarrollo de la sociedad.

Fue Marx el primero que puso al descubierto el contenido de las fuerzas productivas y las relaciones de producción y que esclareció la interdependencia dialéctica entre ellas. Marx demostró que las relaciones de producción que surgen entre los hombres en el proceso de producción no son relaciones sueltas y dispersas, sino que forman un determinado complejo e influyen de un modo determinante sobre la superestructura.

Asimismo, rechaza todo enfoque idealista de las leyes y categorías económicas. Ve en ellas siempre la expresión de las relaciones sociales de producción, que, al cambiar, hacen que cambien también aquellas. Así pues, para Marx y Engels *las leyes y categorías económicas no son algo natural y eterno, sino históricamente transitorias*. De este modo, la Economía política se convierte en una ciencia histórica, que estudia las formas históricamente transitorias de la producción social.

Marx fue el primero que investigó en todos y cada uno de sus aspectos el régimen capitalista de la producción. Los economistas burgueses consideraban el capitalismo como la forma natural y eterna de la producción, razón por la cual no se planteaban siquiera el problema del nacimiento del capitalismo. Fue él quien entró a estudiar el origen y el desarrollo del capitalismo, quien investigó el proceso de la acumulación originaria, quien estableció y analizó a fondo las tres fases de desarrollo del capitalismo: la cooperación simple, la manufactura y la gran producción a base de máquinas.

De igual manera penetró profundamente en el contenido de las relaciones de producción capitalistas. Puso de manifiesto la esencia de la *explotación capitalista*, sus rasgos fundamentales y sus características, en cotejo con la explotación propia de las formaciones sociales

anteriores al capitalismo. Esclareció de qué modo se enmascara la explotación del trabajo por el capital y recorrió, una por una, todas las formas transfiguradas en que la explotación se presenta en la superficie de los fenómenos de la sociedad capitalista.

En *El capital* Marx realiza un estudio exhaustivo de las leyes económicas que rigen en el modo capitalista de producción. Y, entre ellas, *descubrió y analizó a fondo la ley económica fundamental del capitalismo, la ley de la plusvalía* y estudió todas y cada una de sus formas concretas de manifestarse.

Como dice Federico Engels, el socialismo dejó de ser una utopía para convertirse en una ciencia gracias a dos grandes descubrimientos: la concepción materialista de la historia y la revelación del secreto de la plusvalía.

La teoría de la plusvalía es, según la expresión de Vladimir I. Lenin *la piedra angular de la teoría económica del marxismo*.

La ley de la plusvalía constituye la ley económica fundamental del capitalismo: “la producción de plusvalía, la obtención de lucro: tal es la ley absoluta de este sistema de producción”,⁴ dice Marx. Esta ley expresa elocuentemente la esencia de las relaciones de producción capitalistas.

La ley económica fundamental del capitalismo determina la meta de la producción capitalista y los medios para alcanzarla. Marx demuestra que la finalidad inmediata de la producción capitalista no es otra que la obtención del máximo de plusvalía. Y el medio para conseguirle está en ampliar la producción y reforzar la explotación de la clase obrera.

La ley de la plusvalía es la que traza la trayectoria fundamental de desarrollo del capitalismo. Y la acción de esta ley impone y condiciona el nacimiento, la existencia y el desarrollo del capitalismo, pero también su sustitución por un régimen de producción más élite, el régimen socialista.

La ley de la plusvalía es la ley fundamental del capitalismo, razón por la cual ejerce una función determinante, decisiva, sobre

⁴ C. Marx, *El capital*, t. I. Trad. de Wenceslao Roces. México, FCE, 1946, p. 522.

las otras leyes económicas del capitalismo, las cuales reflejan tan sólo determinados aspectos sueltos de las relaciones capitalistas de producción. Las demás leyes económicas del capitalismo, cada una de las cuales rige en sus propias esferas (la de la producción, la de la distribución o la del cambio) se hallan supeditadas a la ley fundamental y responden a los postulados de ésta.

El descubrimiento y la investigación de la ley de la plusvalía suministraron a Marx la clave para el análisis de todos los fenómenos de la sociedad burguesa, tanto en el campo de la economía como en el de la política. Él supo ver en la plusvalía, como señala Engels “un hecho que estaba llamado a revolucionar toda la economía y que daba –a quien supiera interpretarlo– la clave para comprender toda la producción capitalista”.⁵

Tomando como base esta teoría, Marx puso de manifiesto cómo se opera el desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo. El móvil propulsor de la producción capitalista es la avidez de obtener el máximo de plusvalía. Tal es el resorte que impulsa a los capitalistas a emplear nuevos medios técnicos, a fortalecer la producción, a desarrollar la división social del trabajo. De este modo, dejó al descubierto cómo se crean las premisas materiales para la revolución socialista bajo la forma de la gran producción basada en las máquinas, que es ya, por su carácter, una producción social.

La teoría de la plusvalía reveló el secreto de la explotación capitalista, puso al desnudo hasta su raíz las profundas contradicciones antagónicas entre el proletariado entre los intereses de uno y otra.

Marx demuestra de un modo convincente que la obtención del máximo de plusvalía se consigue a fuerza de reforzar cada vez más la explotación de los obreros. Al desarrollarse el capitalismo, se eleva el grado de explotación de la clase obrera se refuerza la ofensiva de la burguesía contra el nivel de vida y los derechos de los trabajadores. Pero, como consecuencia de ello, crece la indignación de las masas populares y se fortalece y agudiza la lucha del proletariado

⁵ Federico Engels, “Prólogo”, en C. Marx, *op. cit.*, t. II, p. 19.

contra la burguesía. La acción de la ley de la plusvalía contribuye, pues, a crear las premisas subjetivas para la revolución socialista y a poner en claro la misión histórico-universal del proletariado como enterrador de la burguesía. En su artículo “Carlos Marx” dice V. I. Lenin que “Marx deduce la inevitabilidad de la transformación de la sociedad capitalista en la socialista única y exclusivamente de la ley económica de desarrollo de la sociedad moderna”.⁶

La teoría marxista de la plusvalía constituye una poderosa arma ideológica del proletariado en su lucha contra la opresión del capital, en la lucha por el comunismo.

El autor de *El capital* investigó, además, otras leyes económicas del capitalismo, cuya acción se halla supeditada en última instancia a la ley de la plusvalía. Descubrió e investigó en todos sus aspectos y consecuencias la ley de acumulación capitalista, la ley de la tendencia decreciente de la cuota de la ganancia y la ley capitalista de la población. Esclareció la esencia de la ley del valor y su mecanismo, e investigó la acción de esta ley bajo las condiciones de la producción mercantil simple de la producción capitalista. En los trabajos de Marx y Engels se estudia también la acción de las leyes de la competencia y de la anarquía, propias de la producción capitalista. En su estudio a fondo de la competencia. Ambos ponen de manifiesto el carácter espontáneo que presenta la vigencia de las leyes económicas del capitalismo, las cuales se hacen valer por medio de la concurrencia e investigan las formas fundamentales de la competencia y su función.

Marx fue el primero que investigó *las categorías del modo capitalista de producción*, que expresan por separado algunos aspectos de las relaciones de producción de la sociedad burguesa. Hace un análisis científico de la mercancía, célula elemental de la producción mercantil, y analiza el valor y el dinero. En sus trabajos se descubre por vez primera, la esencia del capital y su estructura, se esclarece la división del capital fijo y circulante, se explica el concepto del capital social y se estudia la reproducción del capital.

⁶ V. I. Lenin, “Carlos Marx”, en *op. cit.*, p. 35.

Más descubrió e investigó el concepto especial de la *fuerza de trabajo*, en cuanto mercancía. Y es también mérito suyo el haber analizado categorías del capitalismo tan importantes como las de ganancia, interés, crédito capitalista, renta, etcétera.

En los trabajos de Marx y Engels se pone al descubierto e investigan, por vez primera, *la fundamental contradicción del capitalismo: la que media entre el carácter social de la producción y la forma capitalista de apropiación del producto*. Y se esclarece, además, las formas fundamentales de manifestarse esta contradicción. Ellos pusieron de relieve por primera vez la causa fundamental a que responden las *crisis económicas*, explicaron su carácter periódico y caracterizaron todas las fases del ciclo capitalista. Esto les permitió elaborar una teoría científica de las crisis económicas y señalar el papel que éstas desempeñan en el desarrollo del capitalismo y el modo como influyen en la situación de la clase obrera.

Partiendo de la investigación de las relaciones de producción del capitalismo, Marx esclareció por vez primera la base económica la *lucha de clases* y estudio las formas y etapas fundamentales de esta lucha. Y puso de manifiesto la esencia y las funciones del Estado burgués y el papel que desempeña, en cuanto instrumento de la clase dominante.

En los trabajos de Marx se analiza y critica a fondo y desde todos los puntos de vista la Economía política burguesa en su conjunto. Se estudian las principales etapas recorridas en su evolución por la Economía política burguesa y hace un profundo análisis crítico de las ideas mantenidas por los economistas burgueses ante los problemas fundamentales de la economía. Y demuestra completamente el carácter apologetico y la impotencia científica de la Economía política vulgar.

Como balance de su profunda investigación del modo de producción capitalista, llega a la conclusión del carácter históricamente transitorio del capitalismo y de la inevitabilidad de la revolución socialista y de la implantación de la dictadura del proletariado. El análisis de la producción capitalista era requisito indispensable para la fundamentación científica del socialismo.

Marx y Engels parten del análisis científico del capitalismo para poder formular una serie de importantes conclusiones acerca del *régimen de producción socialista*. Sus antecesores en este camino habían sido los *socialistas utópicos*.

Estos pensadores habían anticipado en sus planes, intuitivamente, algunos rasgos importantes de la sociedad socialista del futuro. Pero algunos socialistas utópicos abordaban los fenómenos sociales desde posiciones idealistas, sin entrar en el análisis científico del capitalismo. Y estas fallas no les permitían sentar sobre sólidos fundamentos la inevitabilidad histórica del socialismo ni señalar los verdaderos caminos para el paso del capitalismo a la sociedad socialista.

No se entretenían en cavilar utopías acerca de la sociedad del futuro. Juzgaban acerca del socialismo partiendo de la base de que este régimen estaba llamado a sustituir el capitalismo, a derivarse de él. Lo dice con palabras muy certeras V. I. Lenin: “En Marx no encontramos ni rastro de construir utopías, de hacer conjeturas en el aire respecto a cosas que no es posible conocer. Marx plantea la cuestión del comunismo como el naturalista plantearía, por ejemplo, la cuestión del desarrollo de una nueva especie biológica, sabiendo que ha surgido de tal y tal modo y se modifica en tal y tal dirección determinada”.⁷

Habiendo fundamentado el carácter inevitable de la revolución socialista y de la dictadura del proletariado, Marx y Engels formularon las tesis fundamentales acerca de las *formas de la revolución*. Éstas eran, tal como ellos las veían, la insurrección armada y la conquista pacífica del Poder por medio del parlamento.

Asimismo previeron la posibilidad de que algunos países, por separado, se desarrollaran hacia el socialismo sin pasar por la vía capitalista.

⁷ V. I. Lenin, “El Estado y la revolución”, en *Obras escogidas*, II. Moscú, Progreso, 1961, p. 245.

A base de su análisis del capitalismo, Marx llegó a la conclusión de que era necesario recorrer un periodo especial de transición del capitalismo al socialismo y formuló las tareas propias de este periodo transitorio, proclamando que el Estado correspondiente a este periodo tenía que ser necesariamente y sería la *dictadura del proletariado*, aunque revistiese en los diversos países diferentes mentalidades.

Marx y Engels pusieron de manifiesto que la base del socialismo no puede ser otra que la *propiedad social sobre los medios de producción*. Y previeron, asimismo, que la nacionalización de los medios de producción podía llevarse a cabo por dos caminos: el de la confiscación y el del rescate con indemnización.

Los fundadores del socialismo sentaron las bases para la teoría de la transformación socialista de las pequeñas unidades campesinas en grandes colectividades agrícolas socialistas, por medio de la cooperación.

Marx trazó los rasgos característicos de las *dos fases del comunismo*, señalando los trazos generales de ambas y las diferencias entre ellas. Esquematisó la distribución del producto social en la sociedad socialista y estableció, con ello, el fundamento para la teoría de la reproducción socialista.

Fundamentó y formuló el principio socialista de la distribución de los bienes, en la sociedad del socialismo: a cada cual con arreglo a la cantidad y calidad de su trabajo.

Trazando la fisionomía de la sociedad del futuro, Marx y Engels señalaron que, en la sociedad socialista, el trabajo asumiría la forma directa de trabajo social y las cosas no mandarían sobre los hombres.

Federico Engels destacó el carácter específico de la acción de las *leyes económicas en el socialismo*, la posibilidad y necesidad de utilizar conscientemente estas leyes en interés de toda la sociedad.

Fue previsión de los fundadores del socialismo el que el desarrollo de la producción, en la sociedad socialista, se llevaría a cabo tomando en cuenta el interés de la sociedad entera, con sujeción a un plan único y sin verse interrumpido ni perturbada por las crisis económicas. Y señalaron la combinación y utilización racionales de las fuerzas productivas y la economía de mano de obra y tiempo de trabajo, con el socialismo.

Marx y Engels previeron, igualmente, la superación del antagonismo entre el trabajo físico y el intelectual y entre la ciudad y el campo.

Un interés extraordinario encierran las indicaciones de los fundadores del socialismo acerca de la supresión del antagonismo entre el tiempo de trabajo necesario y el adicional, acerca del cálculo del trabajo sin atender el “famoso valor”, acerca de la eliminación de los “sobrepagos” por los productos agrícolas, en la sociedad futura, etcétera.

Las indicaciones básicas de ambos, en torno al modo de producción socialista, se han visto brillantemente confirmadas en la práctica de la construcción del socialismo en la URSS y en los países de democracia popular. Y han servido de fundamento para el desarrollo ulterior de la Economía política del socialismo, construida a base de sintetizar y generalizar las experiencias prácticas de la edificación socialista, y asimismo para trazar los caminos concretos del paso del socialismo al comunismo.

Los economistas burgueses anteriores a ellos circunscribían sus investigaciones, fundamentalmente, al régimen de producción capitalista. Y era lógica que lo hicieran así, ya que consideraban el capitalismo como un régimen eterno, inmutable. Incluso un economista tan descollante como Ricardo calificaba de capitalista al primer cazador y daba a sus instrumentos el nombre de capital.

Marx y Engels fueron los primeros que definieron con toda la precisión los fundamentos de los modos de producción sobre que descansaban *la comunidad primitiva, el esclavismo y el feudalismo*. Era necesario hacerlo así para poder analizar el capitalismo y criticar la Economía política burguesa. Y tiene razón Engels cuando señala que a Marx se debe casi exclusivamente, todos los resultados que se han logrado establecer en el tocante a la Economía política preburguesa. Y el propio Engels hizo una aportación de extraordinaria importancia a este campo con su obra *El origen de la familia, de la propiedad y del Estado*.

En los trabajos de Marx y Engels se traza una caracterización de las fuerzas productivas y las relaciones de producción en las *formaciones sociales precapitalistas*, se analiza el desarrollo de las formas de propiedad de la división del trabajo y del campo y se pone de manifiesto la

función del capital comercial y del capital usuario, bajo las condiciones de la sociedad esclavista y feudal. Y en las obras de Marx encontramos valiosas indicaciones acerca de algunos pensadores del mundo antiguo.

Marx y Engels fueron, pues, los fundadores de la verdadera Economía política científica, en la que se analizan las leyes a las que obedece la producción y la distribución de los bienes materiales en la sociedad humana, a lo largo de las diversas fases de su desarrollo.

Ahora bien; esta revolución operada en la Economía política no se llevó a cabo repentinamente, de la noche a la mañana.

Para alcanzar tales resultados, los fundadores del marxismo hubieran de desplegar un inmenso trabajo creador. La *primera etapa* en este proceso consistió en sentar las bases del materialismo dialéctico e histórico, en remontarse a una nueva definición de la Economía política y en transformar esta disciplina en una ciencia histórica.

Fue en esta etapa primera cuando se sentaron los fundamentos para las teorías marxistas del valor por el trabajo y de la plusvalía y cuando Marx abordó el estudio del capital y de las crisis económicas. Ya en este periodo llegaron ambos autores a la conclusión de que eran inevitables la revolución socialista y la conquista del Poder por el proletariado. Cronológicamente, esta etapa abarca el periodo que va desde las inicias de la carrera revolucionaria y literaria de Marx y Engels hasta la revolución de 1848. La obra en que culmina todo este periodo es el *Manifiesto del Partido Comunista*.

La *segunda etapa* se distingue porque en ella aparecen ya delineadas, a grandes rasgos, las tesis fundamentales de la Economía política marxista en su conjunto y por la redacción del borrador *El capital*. Esta etapa termina con la publicación de la teoría marxista del valor a base del trabajo, que se expone en la obra titulada *Contribución a la crítica de la Economía política* (1859).

La *tercera etapa* se caracteriza por la publicación de *El capital*, que ofrece un análisis completo, exhaustivo, del modo capitalista de producción y una sólida fundamentación científica del socialismo. La publicación su obra maestra viene a poner remate a la revolución llevada a cabo por el autor de *El capital* en el campo de la ciencia económica.

La Economía política marxista se creó y desarrolló en lucha tenaz e intransigente contra las teorías burguesas y pequeñoburguesas, contra las teorías de los socialistas utópicos. De ahí que todas las obras de ambos filósofos tengan un carácter polémico, combativo.

Los enemigos de la clase obrera se esfuerzan en denigrar la doctrina marxiana. Los defensores abiertos y encubiertos de la burguesía tratan de refutar la teoría marxista del valor basado en el trabajo, la teoría de la plusvalía, la de la depauperación del proletariado, la teoría de las crisis económicas, la de la revolución socialista y la de la dictadura del proletariado. Sin embargo, la realidad capitalista se encarga de echar por tierra los infundios de los ideólogos burgueses acerca de la eliminación de la explotación y el aumento del bienestar del pueblo que, según ellos, se logran bajo las condiciones del capitalismo. La verdad es que el capitalismo se desarrolla con sujeción a las leyes descubiertas e investigaciones por Marx. El triunfo de la revolución socialista en Rusia y luego en una serie de países de Europa y Asia, así como la plasmación y el fortalecimiento del sistema de la economía socialista mundial atestiguan la grandiosa victoria del marxismo-leninismo. Hoy, ya es afirmar con pleno fundamento que la sociedad se desarrolla en la dirección señalada por Marx y Engels.

El marxismo es una doctrina viva, en desarrollo; *no es un dogma, sino una guía para la acción*. Después de haber sentado los fundamentos de su teoría pasaron cerca de medio siglo desarrollándola, sintetizando las nuevas experiencias de la clase obrera. Después de la muerte de ambos, ya dentro de la época del imperialismo, la realidad planteó toda una serie de nuevos y complejos problemas. A base de la investigación de estos problemas, V. I. Lenin elevó el marxismo a una nueva fase y aportó grandes enseñanzas al arsenal de la Economía política marxista. Hoy, generalizando las experiencias de millones y millones de trabajadores, el PC de la US ha elaborado el grandioso programa de la construcción del comunismo en la URSS. El desarrollo creador de la teoría marxista-leninista brilla con esplendorosa fuerza.

LA FILOSOFÍA DE *EL CAPITAL*. EN EL CENTENARIO DE MARX¹

El capital, la obra maestra de Carlos Marx y la preocupación de su vida entera, es sin duda una obra de economía política. *Crítica de la economía política* le puso por subtítulo el propio autor, refiriéndose con ello, evidentemente, a los problemas culminantes de la economía que se hallaban en crisis y que debían ser examinados sin contemplaciones. *El capital* es, fundamentalmente, la crítica científica y al mismo tiempo revolucionaria, implacable, del modo de producción del capitalismo, cuyos orígenes históricos fraudulentos y rapaces y cuyos métodos de usurpación, inseparables de su esencia, pone de manifiesto su autor con abundancia de métodos probatorios.

Pero en su modo de concebirse y desarrollarse, *El capital* responde a lo que podemos llamar su filosofía, su lógica, la concepción filosófica del propio Marx, su método de investigación y de exposición de la historia y de la ciencia ya de largo tiempo atrás sustentados y defendidos por él, no podía ser otra que la concepción dialéctica de la historia, asentada filosóficamente sobre sus bases materialistas.

Ya en los *Grundrisse* o *Lineamientos fundamentales para la crítica de la economía política*, el “borrador” de los años 1857-1858, trabajo recientemente descubierto y editado por el Instituto de Marxismo-Leninismo de Moscú, había un apartado de ocho páginas de la llamada “Introducción”, consagrado al “Método científico certero”: la elevación por medio de la abstracción a los conceptos sencillos y generales, a las revelaciones determinantes, tales como la división del trabajo, el dinero, el valor, etcétera. Una vez fijados o abstraídos estos momentos determinantes “comenzaban [proseguía Marx] los sistemas económicos, para

¹ Texto de diciembre de 1983. CEMOS. Colección Wenceslao Roces. Serie B. Carpeta 12-2. Documento WR.CARP12-3.006.

remontarse hasta el Estado, el cambio entre las naciones y el mercado mundial”: “tal es, evidentemente [razonaba el autor], el método científico exacto: elevarse de lo abstracto a lo concreto [...] Pues lo concreto [explicaba] es concepto porque es la síntesis de muchas determinaciones y, por tanto, como un camino de síntesis, como resultado y no como punto de partida”, “a pesar de que es el punto de partida real”.

Así pues, en la ruta filosófica del conocimiento del marxismo, tal como su fundador lo preconiza, hay que remontarse desde el punto de partida de la plena representación para pasar a la determinación abstracta y, desde ésta, elevarse luego a lo concreto, “logrando así la reproducción de lo concreto por la vía del pensamiento”.²

Y a continuación, contrastando su método con el de Hegel en palabras muy llenas de significado, agregaba:

Hegel caía por ello en la ilusión de captar lo real como resultado del pensamiento, que [según él] se sintetiza, se ahonda y se mueve por sí mismo, mientras que el método consistente en remontarse de lo abstracto a lo concreto es simplemente el camino por el que el pensamiento se apropia lo concreto, lo reproduce como lo concreto espiritual.³

Y enseguida pone este ejemplo esclarecedor: “la categoría económica más simple, digamos el valor de cambio, presupone la existencia de la población, una población que produce bajo determinadas relaciones”.⁴

Diez años más tarde fue lanzado a la luz, tras una serie de titubeos y puntualizaciones, el tomo I de *El capital*, precedido de una elaboración tan larga, tan difícil y tan abnegada. En el prólogo a la primera edición alemana señala Marx el proceso milenario que el hombre necesitó para llegar a explicarse la forma de valor, ya que el análisis de las formas económicas no dispone de otro medio que la capacidad de abstracción.⁵

² Karl Marx, *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie, 1857-1858*. Berlín, Europäische Verlagsanstalt Frankfurt/EuropaVerlag Wien, 1953, pp. 21 y ss.

³ *Ibid.*, p. 22.

⁴ *Idem.*

⁵ Cf. Marx, *El capital*, t. I. Trad. de Wenceslao Roces. México, FCE, 1946, p. XIV.

“En la presente obra [dice a continuación] nos proponemos investigar el *régimen capitalista de producción* y las *relaciones* de producción y circulación que a él corresponden”. A continuación, entrando en el problema medular, señala que:

[...] lo que de por sí nos interesa en esta obra no es precisamente el grado más o menos alto de desarrollo de las contradicciones sociales que brotan de las leyes naturales de la producción capitalista, [sino] más bien estas leyes de por sí, estas tendencias que actúan y se imponen con férrea necesidad.

La existencia de leyes científicas como engarce necesario y esencial entre los fenómenos económicos y la fijación de las leyes fundamentales que presiden el modo capitalista de producción: he aquí, señalado en su esencia misma, el método y la fundamental finalidad perseguidos en *El capital*.

“La finalidad última de esta obra es, en efecto, poner en relieve la ley económica que preside el movimiento de la sociedad moderna”, dice algunos párrafos más adelante en este mismo prólogo su autor. Para Marx ni el modo de producción capitalista ni ninguna otra formación económica social es un conglomerado de hechos acaecidos al azar sino un proceso histórico-social regido por tendencias fundamentales, a las que damos filosóficamente el nombre de *leyes*. *Leyes* y categorías económicas –dice a continuación– a las que responden *determinados intereses y relaciones de clase*.

A esto se reduce, sustancialmente, el contenido del prólogo al tomo primero de *El capital*, en lo que a este problema fundamental –las leyes y el carácter sujeto a ley de los fenómenos económico-sociales del capitalismo– se refiere.

Entre las leyes fundamentales de la dialéctica materialista se destaca, como es sabido, la llamada “ley de la negación de la negación”, cuya aplicación metodológica fundamental pone de manifiesto en uno de los capítulos más importantes de su obra *El capital*: aquel en que expone y razona lo que llama “acumulación originaria del capital”, es

decir, la formación histórica primitiva de los elementos fundamentales para lo que será el capitalismo y, principalmente, para el nacimiento de la “fuerza de trabajo” del proletariado y la entrega total de éste a la explotación del capitalismo.

En su libro *Los problemas de la dialéctica en El capital de Marx*, estudia el profesor soviético Marx Rosental, con mucha claridad, el profundo significado del proceso filosófico de “ley” y “adecuación a la ley” en la dialéctica marxista.

Toda investigación científica tiene que reflejar la realidad objetiva, exponer los fenómenos externos en sus conexiones internas esenciales y necesarias [...] en *El capital* [añade] Marx consagra viva atención a este aspecto del método dialectico, ya que su mira es estudiar un organismo social tan complejo como la sociedad capitalista en sus conexiones internas y visto en su coherencia y unidad, como un todo.⁶

Y un poco más adelante Rosental señala con mucha nitidez lo que Marx entiende aquí por “ley”, definiendo por ejemplo la tendencia a la baja de la tasa de ganancia o “ley decreciente de la ganancia” como “la conexión interna y necesaria entre dos cosas”, para citar solamente una de las leyes desentrañadas en *El capital* y que figuran tal vez entre las más controvertidas hoy.

Y no deja de ser curioso, una de esas ironías de la historia de que habla Hegel que en la polémica desatada en torno a este problema filosófico de las leyes científicas Marx encontrara ya entonces e invocara decidido apoyo en las doctrinas de algunos pensadores rusos. La razón histórica de ser de esta coincidencia aparece, naturalmente mejor iluminada por el hecho elocuente de que la traducción rusa de *El capital* fue una de las primeras que salieron de las prensas. Hecho importante que, evidentemente, no ilustra la gratuita creencia de que, en los medios intelectuales de aquel entonces, Rusia acusara una profunda ignorancia.

⁶ Mark Rosental, *Los problemas de la dialéctica en El capital de Marx*. Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1961, p. 23.

De ser esto verdad, tampoco tendría justificación histórica el hecho de que una de las principales y más altas escuelas del marxismo surgiera principalmente en aquellos años de Rusia, encabezada por la figura, más tarde tan debatida, de Jorge Plejanov.

Pero volvamos a nuestro problema. “Al contrario de Hegel [dice Rosenthal] Marx examina los nexos internos entre los que él llama los hechos testarudos’, de lo que se desprenden las leyes económicas objetivas del modo capitalista de producción”.⁷ No es el pensamiento ni es una idea preconcebida lo que trenza entre sí los fenómenos sino su propia conexión objetiva, reflejada en leyes. Los hechos hablan por sí mismos y es la conciencia la que descubre las conexiones implícitas en ellos.

La segunda edición alemana de *El capital*, publicada en 1873, incluye el famoso “Posfacio”, documento importantísimo sobre el antagonismo entre la dialéctica idealista hegeliana y la dialéctica materialista de Marx. Hablando de la “excelente traducción rusa de *El capital*, Marx se detiene a examinar el libro publicado por el profesor de economía y política de la Universidad de Kiev N. Sieber con el título de *Teorie Zennosti u Kapitala D. Ricardo* (*La teoría del valor y del capital de D. Ricardo*), en la que informa acerca de la teoría del valor, del dinero y del capital en Marx. “El lector occidental de este sólido libro [comenta Marx en el Posfacio a la segunda edición alemana de su obra] se encuentra sorprendido ante la reciedumbre con que el autor ruso mantiene su punto de vista puramente teórico”.⁸

En el mismo Posfacio recoge y cita Marx los elogios dedicados al método marxista por la revista rusa *Wiestnik Ievropi* (*Mensajero de Europa*), donde se comenta lo siguiente:

Lo único que a Marx le importa es descubrir la ley de los fenómenos en que la investigación se ocupa. Pero no sólo le interesa la ley que

⁷ *Ibid.*, p. 25.

⁸ Karl Marx, *Das Kapital. Kritik der politischen Oekonomie*. 2ª ed. Berlín, Verlag von Otto Meissner, 1873. (Véase la edición en español Carlos Marx, “Posfacio”, en *El capital*, t. II. 2a. ed. Trad. de Wenceslao Roces. México, FCE, 1959).

los gobierna cuando ya han cobrado forma definitiva y guardan entre sí una determinada relación de interdependencia [...] Le interesa, además, sobre todo, la ley que rige sus cambios, su evolución, es decir, el tránsito de una forma a otra, de uno a otro orden de interdependencia [...] Por tanto, a Marx [sigue diciendo su comentarista ruso de aquel tiempo] sólo le preocupa una cosa: demostrar mediante una concienzuda investigación científica la necesidad de determinados órdenes de relaciones sociales, poniendo de manifiesto del modo más impecable los hechos que le sirven de punto de partida y de apoyo [...] Marx [continúa el expositor que trata de resumir su método] concibe el movimiento social como un proceso histórico-natural regido por leyes que no sólo son independientes de la voluntad, la conciencia y la intención de los hombres sino que, además, determinan su voluntad, intención y conciencia. El valor científico de sus investigaciones [concluye] estriba en el esclarecimiento de las leyes sociales que persiguen el nacimiento, la existencia, el desarrollo y la muerte de un determinado organismo social y su desplazamiento por otro más elevado.⁹

Con lo cual –dice Marx– el citado autor se limita a describir de un modo muy acertado y muy benévolo, además en lo que a él personalmente atañe, el método dialéctico.

En este mismo “Posfacio” a que nos estamos refiriendo, en las páginas XXIII-XXIV, puntualiza Marx, en términos que podemos considerar como clásicos, lo sustancial de su método:

Mi método dialéctico (es decir, el método dialéctico materialista) no sólo es fundamentalmente distinto del método de Hegel, sino que es, en todo y por todo, la antítesis de él. Para Hegel, el proceso del pensamiento, que él convierte, incluso, bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo [el forjador] de lo real y esto la simple forma externa en que toma cuerpo. Para mí, lo ideal no es, por

⁹ *Idem.*

lo contrario, más que lo material traducido y traspuesto a la cabeza del hombre. [Y, un poco más adelante] el hecho de que la dialéctica sufra en manos de Hegel una mitificación no obsta para que este filósofo fuese el primero que supo exponer de un modo amplio y consciente los términos generales del movimiento. Lo que ocurre es que la dialéctica aparece en él invertida, vuelta cabeza abajo. No hay más que darle la vuelta, mejor dicho, ponerla en pie, y en seguida se descubre bajo la corteza mística la semilla racional.¹⁰

Lo que Marx hace, pues, él mismo o dice, es desmitificar a Hegel, convirtiendo las leyes de su dialéctica de leyes del pensamiento en leyes de la materia, es decir, en leyes objetivas, que brotan de la misma realidad material asimiladas y aplicadas luego por la conciencia de los hombres. No se discute, pues esto nada tiene que ver con el materialismo en sentido marxista, la importancia o la jerarquía de las ideas sino su primacía, su lógica prioridad.

Por último, en este mismo “Posfacio” figuran las siguientes palabras realmente inmortales de Marx, con las que quiero concluir, pues en ella se puntualiza con una fuerza expresiva excepcional el profundo sentido revolucionario de su filosofía, que brilla con gran fuerza en *El capital*:

La dialéctica mitificada llegó a ponerse de moda en Alemania porque parecía transfigurar la existencia. Reducida a su forma racional, la verdadera dialéctica provoca la cólera y el azote de la burguesía y de sus portavoces doctrinarios, porque en la inteligencia y explicación positiva de lo que existe abriga a la par la inteligencia de su negación, de su muerte, forzosa, porque crítica y revolucionaria por esencia, enfoca todas las formas actuales en pleno movimiento sin omitir, por tanto, lo que tiene de precedero y sin dejarse intimidar por nada”.

Nors immortalis, como dijo Lucrecio.¹¹

¹⁰ *Ibid.*, t. I, pp. XXIII-XXIV.

¹¹ *Idem*.

APORTACIONES DE FEDERICO ENGELS

A *EL CAPITAL*¹

El haber preparado para la imprenta los tomos II y III de *El capital* constituye un enorme mérito personal de Federico Engels. Por eso, V. I. Lenin dijo que esta obra era el fruto del trabajo de dos hombres, Marx y Engels. En el prólogo al tomo II, escribe Engels que, en el manuscrito de Marx correspondiente a este volumen, se contenía una cantidad muy grande de materiales ya elaborados en lo sustancial, pero todavía pendientes de recibir su redacción definitiva Engels tenía ante sí un borrador, una serie de apuntes de pensamientos, muchas veces apenas delineados:

Junto a partes expuestas en todo detalle [dice Engels], otras, no menos importantes, apenas esbozadas; el material de hechos que había de documentar las afirmaciones, reunido, pero apenas ordenado, y mucho menos elaborado; muchas veces, al final de un capítulo, en la impaciencia por pasar al siguiente, un par de frases nada más, simplemente esbozadas, como jalón del desarrollo truncado del pensamiento; por último, la consabida letra, que a veces ni el propio autor era capaz de descifrar”.² [...]

Tales son los materiales con que contamos para la composición del tomo II y de los cuales, según la frase de Marx a su hija Eleanor poco antes de morir, yo debía “sacar algo”.³

Al elaborar para la imprenta el manuscrito de Marx, Engels se esforzó, dentro de lo posible, en limitar su labor simplemente a escoger

¹ CEMOS. Colección Wenceslao Roces. Serie B. Carpeta 59. Documento WR.CARP59.005.

² Friedrich Engels, “Prólogo”, en Carlos Marx, *El capital*, t. II. Trad. de Wenceslao Roces. México, FCE, 1959, p. 7.

³ Explica Engels, en el citado “Prólogo”, *ibid.*, p. 10.

entre las diversas versiones dadas por el autor, tomando como base para la redacción definitiva la última variante de todas.

Es notable el prólogo escrito por Engels para el tomo II. En él se refuta el calumnioso infundio de algunos “socialistas de cátedra” según el cual Marx había plagiado de Rodbertus su teoría de la plusvalía. “La humanidad capitalista [expresa Engels ...] se ha pasado varios siglos produciendo plusvalía y, poco a poco, ha ido formándose, además, una idea acerca del nacimiento de ésta”.⁴ Y, a continuación, Engels examina la trayectoria seguida por estas nociones que se habían ido formando acerca de la plusvalía, hasta llegar a Marx. Después de cotejar las ideas de Rodbertus con las de Ricardo, demuestra de un modo muy convincente que el primero no aportó nada nuevo con respecto al segundo. Y dice que las teorías de éste y de su escuela se estrellaron precisamente contra el escollo de la plusvalía por los años treinta del siglo pasado. Engels expone de un modo conciso el papel desempeñado por Marx en cuanto a la teoría de la plusvalía y caracteriza en términos muy claros la revolución operada por él en el campo de la Economía política.

Pasando ahora al tomo III, editado también por Engels y preparado por él para la imprenta, leemos su prólogo: “Para este libro [el tercero] se contaba con el primer proyecto, que además aparecía enormemente lleno de lagunas”.⁵ Estas lagunas tuvieron que ser colmadas. Basándose en una serie de fragmentos sueltos, Engels redactó un capítulo nuevo, el capítulo Primero del tomo III, titulado “Precio de costo y ganancia”, donde se contiene la orientación de todo este volumen. Del capítulo IV de este mismo tomo, “Cómo influye la rotación sobre la cuota de ganancia”, lo único que figuraba en el manuscrito de Marx era el epígrafe. Pero, como el problema aquí planteado encierra gran importancia, Engels se decidió a escribir el capítulo entero. Para ello, tomó como base algunos de los pasajes del tomo anterior, sustituyendo o completando los ejemplos allí aportados por Marx, los cuadros estadísticos sobre la renta de la tierra, etcétera

⁴ *Ibid.*, p. 13.

⁵ F. Engels, “Prólogo”, en Carlos Marx, *El capital*, t. III. Trad. de Wenceslao Roces. México, FCE, 1959, p. 8.

En su labor de preparación del tomo III para la imprenta, Engels estudió gran número de obras y trabajos sobre los problemas correspondientes e investigó una serie de fenómenos nuevos, posteriores al momento en que Marx había redactado su manuscrito. Los resultados de estas investigaciones se reflejan en una serie de observaciones intercaladas en el tomo III de *El capital* o en las aplicaciones de las tesis establecidas por Marx. Engels paró su atención, por ejemplo, en la aparición de las agrupaciones monopolistas. Su pluma las caracteriza, en “nuevas formas de empresas industriales que representan la segunda y tercera potencia de las sociedades anónimas”.⁶ En la misma edición, describe el proceso de formación de los consorcios y los *trusts*, los segundos de los cuales son considerados por Engels como la forma más alta, entre ambas. Y, tomando como ejemplo un *trust* químico de Inglaterra, formula la siguiente conclusión: “Así, pues, en esta rama, base de toda la industria química, la competencia ha sido sustituida en Inglaterra por el monopolio, preparándose así del modo más halagüeño la rotura expropiación por la sociedad en su conjunto, por la nación”.⁷

Engels ve en los monopolios el comienzo del derrumbamiento del capitalismo, el exponente “de que las modernas fuerzas productivas con su rápido y gigantesco desarrollo rebasan cada vez más, día tras día, las leyes del cambio capitalista de mercancías”.⁸ Y rechaza como solución posible todo intento de regular la producción con ayuda de las agrupaciones monopolistas, pronosticando su inevitable fiasco. La producción social –dice Engels– requiere y reclama una regulación, pero no es la clase capitalista la llamada a implantarla.

También enfoca su atención en la política de elevados aranceles aduaneros, característico del imperialismo y que viene a suplantarse a la “tan famosa e inveterada libre competencia”. Y pone de manifiesto los cambios de formas que se advierten en el ciclo capitalista y toda otra serie de fenómenos nuevos.

⁶ *Ibid.*, cap. XXVII, p. 416.

⁷ *Ibid.*, p. 417.

⁸ *Ibid.*, p. 130, n. 4.

Lenin expresó en palabras muy significativas la altísima estima que le merecía el trabajo realizado por éste en la elaboración de los manuscritos de Marx y las aportaciones introducidas por él. He aquí lo que dice en su breve estudio sobre Federico Engels, recogido en el libro *Marx, Engels y el marxismo*:

Engels, después de la muerte de su amigo, emprendió la difícil tarea de redactar y editar los tomos segundo y tercero de *El capital*.

Estos dos tomos le exigieron muchísimo trabajo [...] Con la edición del segundo y tercer tomos, Engels erigió a su genial amigo un monumento majestuoso en el que, involuntariamente, había grabado también con trazos indelebles su propio nombre. En efecto, dichos tomos de *El capital* es la obra de ambos, de Marx y de Engels”.⁹

En su prólogo al tomo III de *El capital* Engels analiza los trabajos de los economistas que tratan de explicar a base de la ley del valor la formación de la ganancia media.

Asimismo, critica las conclusiones a que llega el economista vulgar alemán Lexis y observa que, en términos generales, aunque de un modo vago y superficial, este economista planteaba bien el problema al afirmar que la contradicción entre la ley del valor y la ganancia media sólo puede resolverse parando mientes en la producción mercantil en su conjunto y en su distribución entre las diversas clases. Pero luego, Lexis volvía la espalda a este planteamiento del problema, para explicar la ganancia, lo mismo que los demás economistas vulgares, como un recargo sobre el precio de la mercancía.

Más acucioso fue el esfuerzo realizado por el mismo sentido por Conrad Schmidt. Pero también él caía en el error, cuando llegaba a la conclusión de que la ley del valor determine el cambio de las mercancías, no según el trabajo invertido, sino según el capital empleado, que es el que aporta una ganancia al capitalista.

⁹ V. I. Lenin, *Marx, Engels y el marxismo*. Moscú, Progreso, 1950, p. 52.

Engels, en el citado prólogo, se detiene también en el trabajo de Peter Fireman, quien en realidad abordaba el punto decisivo, al señalar que en las ramas en que mayor es la relación del capital constante con respecto al variable, las mercancías se venden por encima de sus valores y que en aquellas en que es menor la relación entre el C y el V , se venden por menos de lo que valen. Pero hace ver cuántos eslabones eran necesarios todavía, después de este descubrimiento, para que Fireman pudiera desentrañar la solución total y acertada del problema.

Engels criticaba al profesor Jonathan Wolf, quien hubo de estrellarse también contra el problema en cuestión. Pero, como dice, Wolf es un pobrecito, al lado del italiano Aquiles Loria. Fustiga implacablemente la fanfarronería y charlatanería de este último, quien había comenzado presentado como insoluble la citada contradicción, para declarar luego jactanciosamente, en un artículo sobre Conrad Schmidt, que había encontrado la solución.

Este análisis de toda una serie de intentos fallidos de dar respuesta al problema planteado guía al lector hacia los materiales del tomo II de *El capital*, donde Marx resuelve de un modo brillante el problema de la formación de la cuota media de la ganancia a base de la ley del valor.

Cuando salió a la luz el tomo III, provocó grandes discusiones en la prensa. Atrajo principalmente la atención el problema de si Marx había sabido resolver la contradicción entre la ley del valor y la cuota media de ganancia. Los marxistas consecuentes entendían que el tomo III daba una certera y brillante solución a este problema. Los enemigos del marxismo, por el contrario, armaron una gran algarabía en torno a las pretendidas “contradicciones” que ellos creían escribir entre los tomos I y III de *El capital*. Encabezaban a éstos los economistas de la escuela austriaca. En su libro titulado *Capital e interés*, Eugen von Böhm-Bawerk trataba de demostrar que Marx, en el tomo III, se desdecía de las tesis sostenidas por él en el tomo I, especialmente de las teorías del valor de la plusvalía a la renuncia de la teoría del valor por el trabajo. Otros economistas burgueses, como Werner Sombart, que se hacían pasar por marxistas, explicaban la cosa sosteniendo que entre el tomo I y el tomo III no mediaba ninguna contradicción, porque el valor, según

Marx, era simplemente una ficción, una idea lógica para trabajar con ella, pero no una categoría real. Por donde también estos economistas coincidían con la escuela austriaca en el intento de echar por la tierra la teoría de Marx acerca del valor y de la plusvalía.

A la vista de esta discusión, Engels consideró necesario, como él mismo advierte, “destacar los puntos de vista importantes cuyo interés no se subraya suficientemente en el texto y complementar este texto, escrito en 1865, en algunos aspectos de especial importancia, para ponerlo a tono con el estado de cosas existente en 1895”.¹⁰ Engels puso al desnudo los infundios vacuos y calumniosos en torno a las pretendidas contradicciones entre los tomos I y III de *El capital*. Y se consideró (ilegible), asimismo, aportar por su cuenta algunas adiciones, en relación con los cambios operados en el capitalismo –como él mismo señala desde 1865 hasta 1895, en un periodo de treinta años–. Escribió, para ello, su “Complemento y apéndice” al tomo III de *El capital*, que en la edición española de esta obra figura como “Complemento al prólogo”.¹¹ Este trabajo de Engels consta de dos partes. La primera lleva por título “La ley del valor y la cuota de ganancia”, y fue publicada en la *Neue Zeit* de 1865-1896, poco después de la muerte de su autor. La segunda, titulada “La Bolsa”, quedó inacabada y ha sido traducida con base en la copia fotostática del original que se conserva en el Instituto de Marxismo-Leninismo, de Moscú.

En el primero de estos dos estudios, Engels sale al paso de los enemigos abiertos y encubiertos del marxismo. Desenmascara a Loria, el insignificante profesor italiano de Economía política, quien presentaba el valor como “algo puramente fortuito que viene a posarse, volando, sobre las mercancías y que puede cambiar de un día para otro”.¹² Según Loria, los precios de las mercancías se determinaban por la oferta y la demanda. Engels refuta convincentemente este enfoque vulgar del valor, examinando la posible coincidencia de la demanda global de la sociedad con la oferta.

¹⁰ C. Marx, *El capital*, t. III, p. 24.

¹¹ *Ibid.*, pp. 24-42.

¹² *Ibid.*, p. 26.

El economista burgués alemán Sombart luchaba contra la teoría de Marx bajo la mentirosa bandera de imprimir un nuevo desarrollo al marxismo. En su exposición de la doctrina de Marx, declaraba que “el valor no es un hecho empírico, sino un hecho lógico, conceptual”. Por su parte, Conrad Schmidt escribió –así lo califica Engels– “un excelente artículo” sobre el tomo III de *El capital*.

Pero también, Schmidt –dice Engels– abriga dudas con respecto a la ley del valor, a la que llama una “hipótesis científica”, “establecida para explicar el proceso material del cambio”.¹³ En otro lugar, el mismo autor califica de una simple ficción la ley del valor, bajo las condiciones del capitalismo.

Al igual que Sombart, –escribe Engels– tampoco Schmidt “tiene en cuenta suficientemente que no estamos ante un proceso puramente lógico, sino ante un proceso histórico y ante el reflejo especulativo de este proceso en el pensamiento, ante las consecuencias lógicas de su concatenación interna”.¹⁴

Tomando como base manifestaciones de Marx en el tomo III de *El capital*, Engels desarrolla la teoría del valor y del precio de producción. Se para a considerar las primeras formas del cambio y llega a la conclusión de que “en todo el periodo de la economía natural campesina no cabe más intercambio que aquel en que las cantidades de mercancías que se intercambian tienden a medirse cada vez más por las cantidades de trabajo materializadas en ellas”.¹⁵ En estas páginas, muestra el nacimiento y el desarrollo del valor y el campo de acción y la función de la ley del valor. Asimismo, subraya, la ley del valor mantiene su vigencia durante un periodo muy largo. Esclarece, a la luz de ejemplos concretos, cómo surgen las relaciones capitalistas y cómo, en conexión con ello, se convierte el valor en el precio de producción. Al aparecer el capital comercial, surgen la ganancia y la cuota de ganancia. Pero es el desarrollo del capital industrial el que determina el viraje gradual

¹³ *Ibid.*, p. 28.

¹⁴ *Ibid.*, p. 29.

¹⁵ *Ibid.*, p. 31.

hacia la formación de los precios. La gran industria capitalista triunfa sobre la pequeña producción y la economía natural, elimina el cambio directo entre los pequeños productores, da al traste con los obstáculos procedentes de la época del feudalismo que se oponían a la competencia y a la emigración de los capitales de unas ramas a otras. Todo ello introduce ciertos cambios en la acción de la ley del valor. La competencia entre diversas ramas conduce a la transferencia de capital de unas a otras, a la formación, sobre esta base, de la cuota general de ganancia y a la conversión del valor en el precio de producción.

Engels va siguiendo, como vemos, el proceso histórico de esta transformación. Y, a la par con ello, desarrolla la teoría de Marx sobre la naturaleza de la producción mercantil simple y pone de manifiesto cómo se halla encuadrada dentro del mismo tipo que la producción capitalista.

En el estudio inconcluso sobre “La Bolsa” destaca toda una serie de nuevos aspectos relacionados con la evolución del capitalismo hacia su fase superior, el imperialismo. Hace ver cómo, simultáneamente con el rápido incremento de la acumulación del capital producido en el último tercio del siglo XIX, aumentó también el número de rentistas, “gente cansada de la tensión acostumbrada de los negocios, deseosa de pasarlo lo mejor posible o de desempeñar, a lo sumo, cargos poco agitados, como el de director o consejero de administración de una compañía”.¹⁶

Engels subraya aquí el crecimiento de las sociedades anónimas, que iban convirtiéndose ya por entonces en la principal forma de las empresas industriales y comerciales y señala ejemplos de creación de gigantescas empresas industriales dotadas de una administración común, bajo la forma de *trusts* y otras agrupaciones parecidas.

También se refiere, en este trabajo, a la exportación de capital –acciones al extranjero–. Y cita a título de ejemplo la inversión de capital inglés en los ferrocarriles norteamericanos. El capital –dice– se dirige también hacia las colonias. “La colonización [escribe Engels] es hoy una simple sucursal de la Bolsa, al servicio de la cual las potencias

¹⁶ *Ibid.*, p. 41.

europas se han repartido el África hace un par de años y los franceses han conquistado Túnez y Tonkín. El África, arrendada directamente a compañías”.¹⁷

No era posible que Engels trazase un análisis de la nueva situación del capitalismo, porque en aquel tiempo no se había desarrollado aún ni se manifestaban con la fuerza suficiente sus signos característicos. Sin embargo, las referencias que hace a los nuevos fenómenos del capitalismo en estas páginas sobre “La Bolsa” y en sus adiciones al texto del tomo III encierran un gran interés. Engels veía en estos fenómenos la iniciación de la decadencia del capitalismo, la profundización de sus contradicciones. V. I. Lenin llevaría adelante más tarde el análisis de los nuevos fenómenos del régimen capitalista, formulando su teoría sobre el imperialismo como etapa especial del capitalismo.

Las obras escritas por Engels después de la muerte de Marx contribuyeron poderosamente a la defensa y fundamentación del marxismo. A la par que mantenía la integridad de la doctrina de Marx frente a los ataques de los enemigos, la desarrollaba sobre la base de las nuevas experiencias de la lucha de clases. Sus trabajos constituyen una valiosa aportación a la Economía política del capitalismo, del socialismo y de las formaciones precapitalistas. “No es posible [decía V. I. Lenin] comprender el marxismo ni exponerlo en su integridad sin tomar en consideración *todas* las obras de Engels”.

¹⁷ *Ibid.*, p. 42.

QUÉ ES, PARA NOSOTROS, *EL CAPITAL*¹

Queridos camaradas y amigos:

Me complace sobremanera que sea aquí, entre vosotros, donde encuentren remate los diversos actos con que desde algunas tribunas del pueblo de México he contribuido a la celebración de la fecha memorable que para la humanidad entera representan los cien años de *El capital*.² Para nosotros, el centenario de esta monumental obra, como todos los grandes hechos políticos y las grandes luchas del mundo debe ser sentido y comprendido, para que tenga un sentido cabal, en relación con lo que da significado a nuestras vidas, con el gran combate de nuestro pueblo y de nuestra patria. Y, mientras no podamos vernos en España, donde querríamos celebrar este y otros acontecimientos, aquí está nuestra casa. Aquí nos sentimos más cerca de las luchas con que los españoles, dentro de la patria, conmemoran esta gran celebración, mostrándose dignos de las enseñanzas del hombre y de la obra cuyo centenario nos congrega en la velada de esta noche. Con la mirada y el corazón puestos en ellos voy a hablaros, pues, poniendo en mis palabras todo el fervor, toda la emoción, toda la clara conciencia que la ocasión reclama.

La publicación de *El capital*

A las 2 de la mañana del 16 de agosto de 1867, escribía Marx a su fraternal amigo Engels la famosa carta anunciándole en ocho líneas

¹ Conferencia leída para conmemorar los cien años de *El capital* de Carlos Marx, en el ciclo organizado por “España Popular”, de México, el 21 de noviembre de 1967. CEMOS. Colección Wenceslao Roces. Serie B. Carpeta 12-3. Documento WR.CARP12-3.001.

² N. del edit. La conferencia se leyó en 1967, de aquí que se mencionen 100 años, para este 2025, estaríamos celebrando el 158 aniversario de la aparición de *El capital*.

que acababa de corregir los últimos pliegos de imprenta de su libro. En septiembre, comenzaban a circular por la Alemania de Bismarck, con desesperante lentitud, los primeros ejemplares, en una edición que constaba solamente de mil.

Las vicisitudes de la obra, en su publicación, son bien conocidas. Marx sólo llegó a redactar en su versión definitiva el primer volumen. No los tomos dos y tres.

Franz Mehring, su gran biógrafo, que tan de cerca conoció su vida, escribe, sobre la preparación del tomo primero de la obra: “Por fin, en los últimos días de 1865, puso término a su trabajo, en la forma de un gigantesco manuscrito que nadie, fuera de él, habría podido editar. Sobre esta masa imponente fue modelando, desde enero de 1866 hasta marzo de 1867, el primer volumen de *El capital* en su forma clásica, como un “todo artístico”; y estos meses acreditan de modo insuperable la fabulosa capacidad de trabajo de su autor. Fueron quince meses en que a la labor y revisión de su obra venían añadirse constantes enfermedades, que alguna vez, como en febrero de 1866, llegaron a poner en peligro su vida, un cúmulo de deudas que “le oprimían el cerebro” y, por si todo esto fuera poco, el agobio de las tareas preparatorias para el primer congreso de la Internacional”.

Los tomos dos y tres, abocetados e incompletos, fueron preparados más tarde, sobre las notas del autor, por Federico Engels. Durante muchos años, quedaron inéditos los copiosos materiales y apuntes reunidos por Marx para escribir lo que habría de ser el tomo iv, que en 1905-1910 dio a las prensas Kautsky bajo el título de *Teorías sobre la plusvalía*. Es la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía* traducida por mí para el Fondo de Cultura Económica, como complemento a mi versión española de *El capital*. Esta edición de Kautsky, mutilada y tergiversada, no tiene ya vigencia. El instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú ha publicado recientemente una nueva versión, atendida escrupulosamente a los materiales auténticos del filósofo y economista alemán y que sirve de base a la traducción editada ahora en La Habana.

Son, en conjunto, sumando los tres de *El capital* a los tres de la “Plusvalía”, gruesos volúmenes. A ellos hay que añadir el tomo de cerca

de mil páginas que contiene los llamados *Manuscritos económicos de 1857-1858*, masa abrumadora de materiales preparatorios de *El capital* (en cuya traducción española vengo yo trabajando desde hace tiempo para el Fondo de Cultura, sin verle todavía el fin) y el anticipo de la obra grande, publicada en 1859 bajo el título de *Contribución a la crítica de la Economía política*. Ocho volúmenes, que bien sumarán en total cerca de 5000 páginas impresas.

El capitalismo no puede, pues, quejarse de no haber encontrado en la mente y en la pluma del campeón anticapitalista el monumento de la más grandiosa biografía. Lo malo para él, para el capitalismo, es que esta biografía es, en realidad, una necrología, la sentencia de muerte del régimen estudiado. Una sentencia escrita por Marx, pero decretada por la propia Historia, que se encarga, además, de forjar las fuerzas llamadas a ejecutarla.

Al entregar a la imprenta el primer tomo de su obra, su autor se quitaba de encima –dice en una carta– una gran pesadilla. La pesadilla de muerte comenzaba ahora para el personaje fielmente retratado en sus páginas. Pues al mirarse en ellas como en un espejo veía pintada en el futuro inevitable su cadavérica faz.

La conciencia de combatiente de Marx al publicar su libro la revela la declaración de guerra de su sarcástica frase: *El capital* –nos dice– es “un proyectil lanzado a la cabeza de la burguesía”. Un proyectil cargado con la temible dinamita de la verdad, la justicia y la razón. Y, sobre todo, con el potencial formidable de la conciencia y las luchas de los trabajadores del mundo.

Cuando el primer tomo apareció, hace cien años, la gran llamarada encendida para iluminar la tierra, apenas se proyectó, muy débilmente, sobre un pequeño círculo de intelectuales. Costó mucho trabajo romper la barrera del silencio tendida en torno a ella por la incomprensión y los intereses bastardos.

Seis años tardó en agotarse la primera edición alemana y aparecer la segunda, también muy exigua. E igualmente sufrieron las traducciones inglesa, francesa y rusa, publicadas todavía en vida del autor: quedaron confinadas dentro de estrechos horizontes literarios. Hoy, sus

ediciones cubren la faz de la tierra y sus tiradas globales se cuentan por millones de ejemplares. Pero, con ser importante y revelador, no es precisamente el número, la cantidad en la circulación de la obra lo que interesa. El problema es más hondo. Medir la importancia de este libro por cifras editoriales, sería superficial. Lo importante, lo decisivo, es que sus enseñanzas, sépase o no, rigen hoy al movimiento obrero de todo el orbe. Acaba de decirlo, con cierta melancolía, un escritor francés nada marxista: *El capital* está presente, de un modo o de otro, en toda la problemática social de nuestro tiempo. Parece paradójico, pero es cierto: el mejor y el más fiel lector, aunque no lo haya leído, es el proletariado del mundo entero.

Ideas que hacen cambiar el mundo

Se dice que hay libros que hacen cambiar la faz del planeta y que las grandes ideas transforman al mundo. Si eso fuese cierto, de ninguno podría afirmarse con tanto fundamento como de *El capital* de Carlos Marx. Pero esa afirmación trillada para que tenga sentido marxista profundo y cabal, para que responda a la visión certera de nuestra filosofía, debe entenderse con su cuenta y razón. Las grandes ideas transforman al mundo cuando responden a los mandatos de las grandes fuerzas llamadas a transformarlo y las descubren, aglutinan y pertrechan con la conciencia de su misión histórica. Y cuando, al mismo tiempo, son recogidas por esas fuerzas; cuando éstas las hacen suyas y convierten, con la lucha, el potencial ideológico, en la acción política y social.

Es el medular problema de la conjunción entre el movimiento obrero y la teoría revolucionaria de ese movimiento, entre el elemento lucha y el elemento conciencia que tan a fondo estudia Lenin y que llena su vida entera y la de Marx.

En este camino forjaron los fundadores del marxismo el primer partido comunista del mundo, la Liga Comunista de 1847, bajo la bandera programática del *Manifiesto comunista*. Así nació en Rusia, al calor de las enseñanzas magistrales de Lenin y en el proceso de la

lucha, el gran partido de los bolcheviques, que hace ahora cincuenta años³ llevó a la victoria a la gloriosa Revolución de Octubre. Y en esa escuela se templó también, como la gran ruta hacia el futuro de España, sacando al movimiento obrero español de su etapa artesanal, practicante y oportunista, superando la desesperación romántica del anarquismo, dando un cauce consciente y seguro al caudal inagotable de heroísmo de nuestro pueblo, el partido de los comunistas españoles, bajo el brazo firme de nuestro inolvidable José Díaz.

Estudio y lucha; conocimiento profundo y certero de la realidad y acción ardorosa y consciente por transformarla; lucha diaria e ideas templadas en ella que la orientan y le dan el rumbo; movimiento revolucionario y teoría revolucionaria fundida con él e inseparable de él. Ése es el fundamento incommovible del marxismo. Ése es el camino claro que lo está llevando a la victoria en el mundo entero. Y en ese camino, del que nadie, por alto que se halle y por genio que se crea, puede apartarse sin caer en el fracaso, marca uno de los más luminosos jalones la obra cuyos cien años celebramos hoy.⁴

La vida y la obra de Marx, unidad inseparable

Su vida y su obra como teórico y hombre revolucionario forman una unidad indiscernible de principio a fin y de punta a punta. El formidable patrimonio que no se ha legado para que nosotros lo enriquezcamos y lo esgrimamos como él, como un “proyectil”, no puede aceptarse, como ciertas herencias, a beneficio de inventario, tomando lo que gusta y rechazando lo que desagrada. No vale quedarse con el llamado Marx maduro, el maestro y jefe del proletariado y de la revolución mundial. Pues su humanismo juvenil no es el humanismo ateniense, renacentista o siglo dieciochesco, sino el humanismo del hombre del trabajo cuya lucha contra la enajenación cobrará su sentido pleno y más alto,

³ N. del edit. En 1917 se desarrolló la Revolución de Octubre, para 1967, en que se escribió este texto, son 50 años; para 2025 son 108 años.

⁴ N. de edit. Véase nota 2.

del *Manifiesto comunista* en adelante, con la doctrina de la revolución proletaria y de su partido.

Pero tampoco es admisible echar por la borda o poner en el Índice la “Santa Madre Iglesia” marxista, como *non sanctas* algunos de los estudios del joven Marx, como se hace en la última edición de aparentes “obras completas”, que los camaradas soviéticos acaban de editar, dando en el prólogo, para tratar de justificarlo, una explicación inaceptable.

Esto es una monstruosidad. Es matar de raíz el verdadero sentido crítico, dialéctico, contradictorio, creador, doloroso como parto, del nacimiento del marxismo. Es hurtar a quienes lo estudian y tiene que educarse en él, una de las enseñanzas más aleccionadoras de su génesis. Marx –ya lo dije desde otra tribuna nació marxista del vientre de su madre, por un proceso biológico o por el milagro del Espíritu Santo–. Se forjó marxista –a él no le gustaba esta palabra en un arduo proceso intelectual, al calor de la lucha, debatiéndose titánicamente, como un Hércules del pensamiento, con su pasado ideológico neohegeliano–. Y este pasado no podía ser enterrado de la noche a la mañana. En sus primeros escritos quedan todavía adheridos, como era natural, muchos trozos de placenta de la vieja concepción idealista. Y la esforzada y victoriosa lucha discursiva contra estas adherencias es una de las enseñanzas más ejemplares para todos. Sobre todo para los intelectuales que no hemos tenido la suerte de nacer en el mundo socialista y que sentimos a cada paso gravitar sobre nuestra conciencia la herencia ideológica de nuestro pasado idealista. Y, al decir esto, pienso sobre todo –creo que es lo más importante– en la nueva generación juvenil española que, dentro de nuestra patria, vuelve los ojos al marxismo, rompiendo la espesa maraña de las tinieblas teológicas y las filosofías reaccionarias.

El otro día, publicaba un periódico de gran circulación, en México, la “Carta a su padre” del estudiante Marx. Un documento romántico e idealista, lleno de emoción filial e intelectual, pero en el que se vislumbraba ya, bajo el manto de las tradiciones de la época, el gran paladín revolucionario del mañana. Yo creo que, en nuestro medio, en el medio español, la difusión y el conocimiento de páginas como ésta contribu-

yen más a hacer claridad en ciertas conciencias sensibles muy alejadas de nosotros, pero con las que hay que contar, en las que tenemos que penetrar, que los profundos estudios doctrinales en que nosotros, que estamos ya del otro lado, tenemos que educarnos.

Y, sobre todo, ésa es la realidad –ahí reside la gran cuestión de principio la verdad histórica viva de la formación de Marx, el hombre y el héroe–, que no tenemos derecho a deformar, ni interés alguno –todo lo contrario– en torcer. No podemos caer en la puerilidad historiográfica de las vidas de santos, que borran santurroneamente de la infancia o la mocedad de sus personajes míticos, para elevarlos a los altares, los pecadillos y las travesuras de la juventud.

Eso sí que es idealismo y el peor de los idealismos: el de la mentira, el del desprecio al vigor mental de aquellos para quienes se escribe. El marxismo es cabalmente la negación de todo eso: es la palanca poderosa que sólo puede hacer cambiar la realidad partiendo de ella, viéndola, sin miedo y sin engaño, tal y como es, sin fetichismos ni supercherías. Podemos y debemos ver las cosas como son, porque somos fuertes y no tenemos miedo a la verdad, porque la verdad está a nuestro lado y es nuestra arma. La idealización, como el temor a los vendavales, es la actitud de los débiles, de los valetudinarios, de quienes no tienen consigo al futuro.

El empeñarse en enmarcar, rompiendo la trabazón y la verdad de la vida, en una revisión hacia atrás, al Marx maduro y completo, al que escribió *El capital*, sobre el Marx juvenil, neohegeliano, es tan monstruoso y fraudulento como el querer levantar una barrera entre el llamado Marx “humanista”, de Fromm, de Sartre o de Lefebvre, y el de la Internacional, el ardoroso defensor de la Comuna de París y al fundador del gran partido mundial de los comunistas. Es, en las dos vertientes, la ruptura arbitraria del proceso orgánico de la realidad. Son, en rigor, desde dos posiciones contrapuestas, la del sectarismo dogmático y la del intelectualismo desmedulado, dos lados de la misma medalla.

Me parece que ya va siendo hora de que los trabajadores españoles y nuestro pueblo, de que la joven intelectualidad de nuestra patria, que comparte sus luchas con conciencia y decisión cada día mayores, con

creciente sensibilidad ante el mundo socialista, cuenta con una edición verdaderamente completa o, por lo menos, con una selección cabal y fiel de las obras de Marx y Engels, que corresponde a las exigencias de hoy y a sus grandes inquietudes. La tradicional edición en dos volúmenes, que en su día representó una ayuda muy valiosa, es, en las condiciones de hoy, una dieta infantil. Y, francamente, me parece que los españoles hemos salido ya, en estas cosas y en otras, de la edad del biberón y reclamamos dosis de adulto.

Pero, por ello mismo, no debemos esperar a que nadie venga a ponernos el alimento espiritual en el pico. Ya debemos ganarnos la vida nosotros. Contamos con las condiciones, las posibilidades y las fuerzas para hacerlo. Y el papel activo en ello –quiero decir, en una edición verdaderamente representativa de las obras de nuestros grandes maestros– nos incumba, por diversas razones, a quienes hemos consagrado la vida y el entusiasmo a estas tareas. Pero es menester que otros nos secunden, y sé que lo harán. En este mundo ando metido yo, con el ardor juvenil de mis setenta años. Y traigo aquí el anuncio de la idea, ya en vías de proyección, porque me parece que ya ella es un homenaje a los cien años de *El capital*.

No es fácil, sin caer en el esquematismo, condensar en pocas palabras la trayectoria intelectual y de lucha que llevó Marx hasta su gran obra maestra. El esencial resultado de sus estudios juveniles fue, a mi parecer, la renovación revolucionaria del viejo humanismo antropológico, el del hombre en general. La revelación del hombre del trabajo, de la sociedad, de los hombres trabajadores y productores, como la gran fuerza creadora de la historia. Esta etapa se cierra con el *Manifiesto comunista*, que marca el paso decidido y franco hacia la acción política revolucionaria, encabezada por el partido de la clase obrera y por la cohesión internacional de ésta en una acción por objetivos comunes.

Marx y Engels habían comprendido desde muy pronto que la lucha del proletariado por su liberación y la de los pueblos tenía que cimentarse sobre los fundamentos de su vida material y no sobre postulados puramente ideales. La importancia determinante de lo económico se reveló ante el primero en cuanto comenzó a tomar contacto con las

realidades de la vida política, en los estrechos confines de su región natal, la Renania alemana. Detrás de la retórica jurídica y moral de los debates parlamentarios, su visión realista comenzó a penetrar en las luchas de los vendimiadores y campesinos del Rin por mejorar sus condiciones de vida. Era el primer luminoso atisbo de la gran ley histórica que, años más tarde, se estampará a la cabeza del *Manifiesto comunista*: “la historia de toda sociedad, hasta hoy, es la historia de la lucha de clases”. Y del programa de medidas revolucionarias que el *Manifiesto* proclama y que culminan en la colectivización de la tierra y la socialización de los medios de producción. Allí estaba ya, en germen, el método de investigación que después, en 1869, en el famoso “Prólogo” a la *Contribución a la crítica de la Economía política*, se plasmaría en los fundamentos del materialismo histórico, proyección sobre la historia y la sociedad de la filosofía del materialismo dialéctico: “no es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino su ser social el que rige su conciencia”. La teoría marxista de la revolución adquiriría sus contornos: cuando las relaciones sociales, cifradas en el régimen de la propiedad, y las instituciones políticas, engarzadas en el Estado, se convierten en trabas para el crecimiento de las fuerzas productivas, se gestan en la entraña de la historia las fuerzas llamadas a destruir las cadenas del estancamiento y la opresión.

La filosofía marxista no es nunca la definición *ex cathedra* de verdades acabadas. Es, sobre todo, el anunciado de métodos de trabajo y de caminos de lucha. Había que aplicar creadoramente el nuevo método descubierto al estudio de una forma de sociedad cuya base es el sistema capitalista de producción. Así surgió en él la idea de la obra a la que consagraría, entre indecibles sacrificios, gran parte de su vida ya la que, inmortalizando científicamente el nombre del régimen que nadie hizo tanto como él por derribar, daría título de *El capital*.

Entre los sacrificios ímprobos que Marx hubo de hacer para escribir su libro, ninguno tan grande para él como el de retraerse temporalmente y en apariencia de la lucha política activa para entregarse de lleno al trabajo de investigador y escritor. En apariencia, digo, pues su mente y su pluma, lo mismo en el cuarto de estudio que en el palenque de la

brega diaria, estuvieron animados siempre por el soplo de fuego de la revolución. Y con *El capital*, al dar cima a su obra, entregaría a las masas trabajadoras del mundo el arma revolucionaria más formidable para su combate: la legitimación científica rigurosa de la razón y justicia de éste y la certeza incommovible de su victoria.

El plan inicial de la obra, en aquella acumulación pasmosa de materiales de que al principio os hablaba, era mucho más vasto del que las fuerzas le permitirían realizar. El estudio del Estado capitalista, el del comercio internacional y el del mercado mundial, inicialmente previsto, sólo en mínima parte pudo ser abordado en el desarrollo posterior. La vida de Marx, minada por la enfermedad y la pobreza, consumida por una llama por el fuego prometeico con que alumbró al mundo, hubo de dejar su gran obra trunca, incompleta, encomendada a los cuidados de su fiel hermano de luchas, Federico Engels, el segundo de los grandes fundadores del marxismo. Abierta, sobre todo, al desarrollo de la vida misma, fuente de toda creación, y a la aportación de sus grandes continuadores, entre los que descuella con gigantesca talla, a la luz de las nuevas condiciones de nuestro tiempo, la figura gloriosa de Lenin.

El capital es una investigación rigurosa, escrupulosamente documentada, de los fenómenos económicos fundamentales de la sociedad capitalista. En el tomo primero se estudia el proceso de producción del capital, partiendo de las categorías mercancía y dinero, la transformación de dinero en capital, la producción de la plusvalía, el salario, la reproducción y acumulación del capital, las crisis y la acumulación. En el primer tomo se pone al descubierto, en el trabajo del obrero y en su explotación por el capitalista, el venero del que mana la riqueza, que no es precisamente la “riqueza de las naciones” de Adam Smith, sino la riqueza de los expoliadores, amasada con sangre y chorreando pus. Con los tomos segundo y tercero pasamos de la fábrica, la mina y la tierra al banco, a la bolsa y la oficina comercial, a los problemas de la rotación y la circulación del capital, del crédito y la usura, a las lucrativas operaciones del reparto del botín entre las diferentes clases explotadoras y sus achichincles. Al sutil mecanismo a través del cual la sangre y la vida exprimidas a los trabajadores en el tajo se convierte

en el limpio y jugoso capital financiero, en los propósitos de los bancos y los cupones de los accionistas.

Como se dice en el manual sobre la *Historia de las doctrinas económicas* escrito para los estudiantes universitarios de la URRS, *El capital* es la síntesis profunda de la experiencia viva y la historia del movimiento obrero internacional, plasmada por el genio de su autor y por la fuerza poderosa de una teoría que es invencible, como proclama Lenin, porque es verdadera.

En él, Marx nos muestra la anatomía económica del capitalismo. Bajo su implacable bisturí, el cuerpo purulento de esta sociedad, su vientre insaciable, es disecado sobre la mesa de operaciones, hasta descubrir todos los secretos orgánicos de su funcionamiento y las leyes por que se rige. Pero, como señala Lenin ya en su primera obra, *Quiénes son los amigos del pueblo*, Marx, en *El capital*, no nos presenta solamente el esqueleto económico del capitalismo, sino el cuerpo vivo de la sociedad capitalista, con sus huesos, sus músculos, su carne y su sangre, como un organismo viviente. Más que el cirujano de la metáfora anterior, es el gran biólogo y fisiólogo de la sociedad, que capta la dinámica viva de ésta y desentraña de ella la ley que preside la superación de las formas anteriores, ya sobrevividas, del feudalismo y la marcha incontenible hacia las formas superiores del socialismo.

Son muy certeras las palabras con que Rosa Luxemburgo pone fin a su estudio del *Capital*: “inacabada como ha quedado [nos dice], la obra encierra valores infinitamente más preciosos que cualquier verdad definitiva y perfecta: el acicate para la labor del pensamiento y ese análisis crítico y de enjuiciamiento de las propias ideas que es lo que hay de más genuino en la teoría que nos ha legado Carlos Marx”.

Desterrando definitivamente las leyes eternas e inmutables de la Economía llamada clásica, que santificaba la perennidad del capitalismo como el mejor de los mundos posibles, se pone al descubierto la necesaria transitoriedad de este régimen: se demuestran por modo irrefutable las leyes por virtud de las cuales ha nacido, ha vivido y tendrá que morir. *El capital*, como el marxismo todo, es una concepción profundamente histórica del mundo, con arreglo a la cual todo cambia

y se desarrolla. No se trata, pues, de un historicismo muerto, que mire hacia atrás, sino de un historicismo vivo, que capta la vida de la realidad misma, que descubre y alienta las fuerzas en movimiento. No el historicismo inerte que justifica y adora el pasado, sino el historicismo dialéctico que, recogiendo lo mejor de él, se proyecta sobre el futuro.

El capital es el más alto exponente de la ciencia económica crítica, en la que los fenómenos, conceptos y leyes de la Economía se estudian con un rigor científico absoluto. Y es este rigor científico, esta escrupulosa objetividad, precisamente, lo que lleva filósofo alemán a denunciar a los economistas académicos como vulgares corifeos de la explotación. Pero no para situarse, él, en un plano de olímpica imparcialidad, sino para abrazar apasionadamente la causa de la clase cuya sangre y cuya vida son la médula de la economía y de la sociedad: la clase del trabajo.

En esta aparente contradicción, que sólo lo es para los eruditos acartonados, reside el sentido más hondo de esta obra y de todo el marxismo: esta doctrina es profundamente científica y objetiva porque toma partido por las fuerzas que en la historia misma y en la vida marcan los derroteros del mañana. Es parcial, apasionadamente partidista, porque lo es la propia realidad, en la que lo vivo y lo vigoroso triunfa siempre de lo muerto y lo caduco. Esto es lo que jamás comprenderán los rúbulos y los escolásticos, los idealistas adoradores de los intereses más rastreros, para quienes la “imparcialidad” consiste en cruzarse de brazos ante las mayores villanías, santificando con ello el imperio de lo más vil y practicando el peor de los partidismos, que es el de la pasividad y la complicidad con el crimen.

Una de las grandes enseñanzas de *El capital* y la más alta de la vida de su autor es la identificación plena y cabal del hombre de ciencia con el hombre de acción, del teórico como el combatiente que hace honor a su teoría, del insobornable pensador con el indomable jefe del partido de los explotados.

Los conceptos económicos fundamentales del valor, de la plusvalía, del salario, del capital, de la acumulación, de las crisis, adquieran así en el análisis científico de Marx, un sentido profundamente revolucionario, basado en la investigación escrupulosa de la verdad. Y ello hace de la

lectura y el estudio de *El capital*, por áridos que a veces parezcan, una escuela insuperable de educación para la conciencia revolucionaria, lo que Harzen, el gran revolucionario ruso llamó “el régimen de la revolución”.

Todas esas chácharas y esos lugares comunes sobre la ilegalidad de esta magna obra, sobre el carácter abstruso, tedioso e indeglutible de su prosa, que estos días hemos visto de nuevo aireados en los albañales publicísticos, forman parte de la gran conspiración del silencio urdido desde el primer día contra esta obra, en cuya entraña arde el volcán de la revolución. La burguesía y sus azafatas lo saben bien; por eso tratan de que los llamados a aplicar sus doctrinas no templen los pulmones con el aire vivificador. No hay que dejarse cazar por esas trampas. Este libro fue escrito, como nos dice su propio autor, para el proletariado, para los revolucionarios. Lo que pasa es que él tenía un concepto demasiado alto de la capacidad intelectual de los obreros, para pensar que sólo podía alimentarse con los detritus de la cultura. Adentrarse en su lectura, por lo menos en la de sus páginas más ilustrativas, debe ser otro de los homenajes que le rindamos, en esta fiesta del centenario. Debéis leer, por ejemplo, los que no los conocáis, o releerlos si ya los conocéis, los capítulos admirables del primer tomo sobre la Jornada de trabajo, sobre la Maquinaria y la gran industria, sobre la Acumulación originaria y sobre la Teoría de la colonización. Y, sobre todo, las maravillosas páginas sobre la Tendencia histórica de la acumulación capitalista, recogidas en el primer volumen de las obras escogidas de Marx y Engels, al final de la cuales se abre la perspectiva esplendorosa del paso del capitalismo al socialismo por el camino de la revolución.

El capital, el fruto más alto de la ciencia crítica de la Economía, es, por ello, al mismo tiempo, una gran obra filosófica. La gran Lógica del marxismo, la llama Lenin. La Economía marxista elevada, como verdadera ciencia, al plano filosófico. La fusión de lo económico y lo filosófico, en una unidad dialéctica en que lo determinante es lo económico, es decir, la vida material; en que las grandes ideas del hombre se hallan profundamente enraizadas en la lucha por satisfacer sus necesidades materiales y por elevar sin descanso el nivel de su vida y de su cultura,

constituye la médula del libro. Desde Marx, Economía y Filosofía dejan de discurrir por cauces separados. Los filósofos que hoy quieren ser escuchados ya no pueden seguir transitando altivamente, como herederos de los teólogos, por las avenidas de su cielo filosófico. El cielo ha descendido sobre la tierra y es en ésta, con la liberación del hombre mediante la transformación del mundo, donde hay que realizarlo. Los hombres de hoy ya ni se resignan con el buen morir; quieren un buen vivir. Y los economistas dignos de este nombre no pueden contenerse con seguir siendo los técnicos de las empresas de la riqueza basada en la explotación, sino que aspiran a ser los cultivadores de un campo que es la base de la ciencia y la conciencia de la vida social.

El camino de la lucha revolucionaria

Pero *El capital*—por eso es una obra revolucionaria— es todavía más. No se limita a descubrir científicamente las raíces de la explotación capitalista y de la enajenación del hombre, a demostrar los títulos de legitimidad del proletariado y de los pueblos, para arrancar de manos de los explotadores la riqueza y la cultura de la sociedad, cuyos legítimos dueños son y que sus detentadores convierten en fuente asquerosa de lucro amasado con la miseria, en simiente de guerras, de muerte y de esclavitud. Además de esto y partiendo de esto, señala a las fuerzas revolucionarias forjadas por la historia el camino que deben seguir para hacer realidad viva las leyes que la historia traza.

El capital, como toda su obra, muestra el eslabón decisivo entre la teoría y la práctica, entre el pensamiento y la acción. Sin esto, la teoría sería una predicación en el desierto, y Marx no es profeta o un predicador, sino el maestro, el jefe y el guía universal de la lucha revolucionaria. La conciencia de las leyes, la teoría, los principios, las ideas serían, sin ello, algo inerte, inoperante, flores llamadas a marchitarse en los libros y a quedarse vírgenes, sin fecundar en la realidad. La humanidad estaba cansada de sueños generosos, pero inofensivos. Había llegado, como él mismo nos dice, la hora de transformar al mundo, sin limitarse a explicarlo. De comprender el mundo, sí, pero para hacerlo cambiar.

Y la palanca decisiva, para ello, son las luchas de los hombres, de las clases y de los pueblos, basadas en una teoría certera, revolucionaria, pero no para complacerse discursivamente en ella, para recitarla como una oración, sino para convertirla en fuerza motriz, en impulso vital.

El eslabón decisivo, que convierte el potencial histórico en motor de la historia, es la conciencia política y la organización de la clase en que la historia misma ha cifrado el secreto de la transformación del mundo. Es el partido orientador y dirigente de esta clase, en su acción revolucionaria. Es, por último, bajo una forma o bajo otra, como las condiciones históricas lo aconsejen, con el nombre que se les dé, bajo las modalidades que se impongan, pero presente en su esencia, el postulado cardinal de la dictadura del proletariado, inseparable en Marx de la ley básica de la lucha de clases y cuya vinculación con ella constituye, además, la aportación medular del marxismo. Ya sé que éste es un problema muy debatido, muy delicado y candente, hoy. Pero yo entiendo que la discusión, en este punto, a la luz de las realidades del mundo, debe verse sobre la forma y no sobre el contenido. Otra cosa sería, creo yo, desmedular al marxismo de su sentido revolucionario.

Surge así por primera vez en la historia, haciendo realidad los sueños de los más grandes pensadores, la gran filosofía plasmada en la acción social que ha hecho cambiar la faz el mundo. Y surge cuando y porque la historia viva alumbra las fuerzas necesarias para esta transformación y pone a la orden del día la necesidad y la posibilidad de llevarla a cabo.

La grandeza titánica de Marx y la fuerza y permanencia de su obra residen en que es la voz viva y poderosa de la historia. Por eso *El capital* se concibe y se escribe cuando la nueva clase, el proletariado, se inscribe en la lucha, con letras de sangre, sobre todo desde las revoluciones europeas de 1848, como la fuerza decisiva de la sociedad moderna. Asimismo se forjó, fundamentalmente, al servicio de las luchas de la clase obrera, para marcar los rumbos de su combate y demostrar la certeza de su triunfo.

La Revolución de Octubre, y la lucha del pueblo español

El capital marca el paso decisivo del socialismo como utopía, como sueño quimérico, al terreno de la ciencia rigurosa. Y se halla, como camino claro, en los umbrales de lo que, cincuenta años más tarde, será el tránsito definitivo de la ciencia al hecho, de la verdad a su realización. Por eso no es una coincidencia casual y afortunada, sino la obra de la lógica histórica, en que el mundo conmemora en estas fechas, íntimamente asociados, el centenario de la mayor obra de Marx y los cincuenta años de la gloriosa Revolución de Octubre. De la primera y más grande revolución que, con el proletariado, llevó al poder auténticamente al pueblo, despejando todos los caminos hacia el futuro de la humanidad. De la revolución que es la verdadera cuna, al acta de bautismo del hombre y de los pueblos de nuestro tiempo y que ha sentado, aunque algunos se resisten a varios, las bases para los grandes hechos que den su signatura luminosa a nuestra época.

Entre esos hechos luminosos a que el mundo de hoy mira esperanza y que rodea con su aliento y su amor, viendo en ellos algo propio, campea hoy la lucha del mil veces heroico pueblo del Vietnam, que está haciendo morder el polvo de la derrota al imperialismo y que reclama categóricamente, cada día, una eficaz solidaridad. De ese cuadro de grandiosas realizaciones, hijas de la Revolución de Octubre, forma parte también la gran Revolución china, que es el baluarte del socialismo en el inmenso continente asiático y conquista irrenunciable de la historia. Y la admirable Revolución cubana, que ha plantado la bandera del socialismo en el primer país de nuestra América, de donde nadie ya la podría arriar. Inscritos en ese cuadro se hallan asimismo los avances seguros y poderosos de los grandes pueblos de la Europa capitalista hacia la democracia y el socialismo. Y éste también, en condiciones muy complicadas, a veces llenas de peligrosa confusión, el auge del espíritu revolucionario en muchos países de Iberoamérica, en cuyo camino hacia la libertad ha caído gloriosamente, como mártir y como símbolo, y por ello debemos rendir homenaje aquí, el comandante guerrillero Che Guevara.

Ahí brilla también, jamás cancelada, jamás eclipsada, la lucha del pueblo imbatible en que nos enorgullecemos en ser hijos, de nuestro heroico pueblo español.

El combate es más largo, más duro y difícil, sigue caminos más intrincados de la guerra en nuestros años de alegre subjetivismo nos podíamos imaginar. Pero podemos estar seguros –esto es lo importante– de que es un grandioso futuro el que se está forjando para España en las luchas de hoy. Lo garantiza así, sobre todo, la decisión combativa de la juventud, dispuesta a terminar de una vez con la vergüenza del franquismo y en cuya conciencia va arraigando, cada vez más honda, la imagen de una España incorporada al progreso del mundo y a las grandes fuerzas de la humanidad. Lo garantiza la conjunción que en el fuego de la lucha se está creando entre los hombres de la intelectualidad y los del trabajo, entre el movimiento estudiantil e intelectual y el movimiento obrero. Y, en lugar muy preferente, la aglutinación de las acciones de ésta en las Comisiones Obreras, cuya autoridad y combatividad crecen diariamente y en las que se encierran posibilidades incalculables para el destino democrático de nuestro país.

Resulta realmente estimulante leer, en la versión que de él ha dado la prensa, el último discurso, las voces agrias y destempladas del amo a sus Procuradores en Cortes. Es, todo él, en el fondo, bajo bravatas, emanadas y desplantes de matón, la expresión del miedo a la decisión y las energías que están acumulándose para la hora decisiva en la entraña de nuestro pueblo. Y es, además, sin tapujos, la expresión del odio vesánico y del pavor, bien justificados, que el tirano tenebroso y su cohorte de sayones sienten contra la clase obrera y contra los comunistas, a quienes, a su mente, la de la furia esquizofrénica, rinde el mejor de los homenajes, percibiéndolos como la fuerza más segura en el combate de España por la democracia y la libertad.

Volver los ojos a las realidades alentadoras del combate de nuestro pueblo y a la acción incansable y ejemplar de nuestro partido es siempre oportuno, para nosotros. Lo es especialmente, en estos días, al calor de las dos grandes efemérides que celebramos. Y no sólo por gratitud, sino también y, sobre todo, para el fortalecimiento de nuestra conciencia

de lucha. Pues si la liberación y el futuro de España tienen que ser, lo han sido siempre, la obra propia de los españoles, éstos, cuantos en España tienen una visión clara de los problemas de hoy, y no sólo los de nuestro campo ideológico, no pueden olvidar jamás lo que en la formación de un espíritu nacional basado en las grandes corrientes de nuestro pueblo y del mundo, deben, debemos todos, a las luminosas enseñanzas de Marx y a la victoria de la Revolución de Octubre y los cincuenta años gloriosos de la Unión Soviética.

¿Ha envejecido *El Capital*?

Se habla mucho del envejecimiento de *El capital* y del marxismo. Es, en el fondo, como el tópico de la oscuridad impenetrable de esta obra, un ardid fallido para abrir un foso de separación entre las inquietudes de las gentes y las enseñanzas revolucionarias de la obra. Los cientos de millones de hombres que, en estos días, de una punta a otra del planeta, en el hemisferio socialista y el capitalista, bajo el signo de las más diversas ideologías y en los medios sociales más diversos, en centros obreros, en universidades y en la plaza pública, aclaman jubilosamente la vitalidad de esta obra centenario, den al mejor mentís a esas patrañas. Negándose a ver la realidad de las cosas, a reconocer la presencia viva y pujante de las enseñanzas de *El capital* en el mundo de hoy, son las fuerzas de la reacción y sus escuderos quienes acusan su propia decrepitud, pues la verdadera senilidad política y la arteriosclerosis social, consiste en romper las amarras con las fuerzas que rejuvenecen al mundo, con los grandes procesos de lucha en que está el secreto de la verdadera juventud histórica.

Aquello en que este valioso libro haya podido realmente envejecer –y cien años dejan su huella hasta en los gigantes– es el resultado del rejuvenecimiento del mundo. Éste no marcha hacia atrás, hacia la decencia, como postula la teoría reaccionaria de la historia, sino hacia adelante, hacia la luz, hacia el socialismo, que es la juventud del mundo. Y si el mundo se rejuvenece y es cada día más vigoroso, capaz de dar saltos cósmicos como el que va a llevar la tierra a la luna,

y saltos revolucionarios aún más portentosos como el que lleva a los bolcheviques al poder y ha clavado la bandera del socialismo en gran parte de la Tierra, ello se debe, en muy buena medida, a las enseñanzas del autor de la obra cuyo centenario nos congrega aquí. No parece que el engendrar hijos tan vigorosos, mundos nuevos, sea precisamente síntoma de sensibilidad.

Cuando esta obra se escribió, hace más de un siglo, el capitalismo puesto por él sobre la mesa de disección era el llamado capitalismo clásico, el capitalismo competitivo, de signo nacional. El capitalismo de hoy es el capitalismo monopolista, concentrado en el soberbio y desafiante capital financiero de Wall Street. Es el capitalismo supernacional que, bajo la coraza del imperialismo yanqui, esclaviza a la parte del mundo que no se ha liberado de sus tentáculos con la revolución socialista o lucha empeñosamente contra él en el movimiento de liberación nacional de los pueblos coloniales. Pero esta nueva situación, la que Lenin define como la etapa culminante y última del capitalismo, está ya implícita en las grandes leyes formuladas en *El capital* y es, en realidad, como demuestran los hechos irrecusables, el gran abismo por el que el régimen capitalista se precipita hacia su ruina.

Cuando se publicó, hace cien años, la lucha entre el capitalismo y la nueva sociedad estaba planteada por la historia en el seno de unos pocos países adelantados. Hoy, es la lucha entre dos mundos. Uno, que avanza victorioso y otro, que retrocede, pero que en la desesperación de la agonía puede descargar golpes muy serios.

En el momento en que salió de las prensas, una centuria atrás, el potencial técnico y energético apenas la era atómica y en la era de los vuelos interplanetarios, y el mundo socialista disputa victoriosamente a la potencia rectora del imperialismo la primacía sobre el inmenso potencial de las nuevas energías desencadenadas. Es una pugna en la que el triunfo del socialismo tiene que garantizar la solución positiva al más grande de los problemas de nuestro tiempo, que es el de rescatar esas energías portentosas para el futuro de la vida de la humanidad. Pero la solución de este problema crucial no depende sólo de factores técnicos, también y, sobre todo, de factores sociales. Depende de la

estructura de la sociedad a cuyo servicio se hallan las fuerzas de la ciencia y de la técnica. Y en este campo, que es el que decide, siguen brillando, más diáfanas que nunca, las ideas de *El capital*, que hoy ya no son simplemente las ideas de un libro, sino las realizaciones de más de la tercera parte de la humanidad.

Las ideas, al realizarse, caducan dialécticamente, como la flor al hacerse fruto, como la simiente al fecundar. Pero eso no es testimonio de envejecimiento, sino de vigencia y vitalidad. Esta obra envejecerá definitivamente cuando el socialismo sea realidad en el mundo entero. Pero será una vejez esplendorosa, como la de los patriarcas bíblicos, que ven una vida colmada y la tierra poblada por sus descendientes.

En uno de sus magistrales artículos sobre la obra de su gran amigo y hermano de luchas, dice Federico Engels: “Desde que existen en el mundo capitalistas y obreros, no se ha publicado ningún libro que tenga para los obreros la importancia de éste”. Así es. Por eso *El capital* no envejecerá mientras haya en el mundo trabajadores explotados, donde sea y bajo la forma que sea. Mientras el régimen de la explotación del trabajo sea, bajo una forma o bajo otra, la base económica, política, cultural y humana, del sistema social. Pues esa relación de explotación es la esencia misma del capital y el sistema que sobre ella descansa en una etapa o en otra, hasta culminar en la etapa imperialista actual, que es también, por ello mismo, como Lenin nos señala y la realidad demuestra la etapa de la revolución proletaria y de la liberación de los pueblos, es, bajo cualquier careta que lo cubra, el sistema capitalista.

Lo esencial y permanente de este escrito, lo que la realidad de nuestros días refrenda irrecusablemente en él, es la demostración del carácter histórico, transitorio, de un modo de producción y de vida desgarrado por incurables contradicciones. Es la prueba científica irrefutable de la esencia de explotación inherente a este sistema y que lleva a su punto álgido, de crisis, la enajenación del hombre. Es el descubrimiento de la plusvalía, clave de todo el mecanismo, como el gran secreto de la explotación. La socialización de los medios, la “expropiación de los expropiadores”, como único camino hacia la solución de las grandes contradicciones. Y la proclamación clara y diáfana de

la vía revolucionaria –que no quiere decir necesariamente violenta–, bajo la acción organizada y consciente de la clase obrera y su partido, en el centro de la coalición de las fuerzas de los pueblos, como la ruta central hacia esa transformación.

Bajo qué formas y modalidades, según las condiciones históricas de cada país, hayan de marchar las cosas por este camino, es ya otro cantar.

Eso es lo que hay que leer en *El capital*, lo que está allí. Eso es lo que leen y aplican creadora y revolucionariamente, en él sus verdaderos ejecutores y destinatarios, los trabajadores del mundo, luchando bajo las inspiraciones que él les traza. Dejemos que los pedantes profesora-les se entretengan académicamente, manejando sus pinzas asépticas sobre tales cuales conceptos de este libro. Dicha obra no es un tablero de ajedrez para el entretenimiento doctrinal. Es la lava ardiente que se derrama sobre toda la Tierra, limpiando el solar para la construcción de un nuevo mundo. Es una obra gigantesca, porque palpita en ella y encuentra impulso en ella la fuerza verdaderamente inmensa, que son las energías inagotables de los pueblos.

Lo que realmente podemos considerar caduco en *El capital* es lo que no está en él. Lo que jamás ha estado en las concepciones de su autor, sino en las vacuas elucubraciones de quienes no han sabido comprenderlo. Como dice el “Fausto” de Goethe, ese espíritu que abates es el tuyo, no el mío. Primero se cree un fante, que se llama marxismo, y luego se lo derriba en dos guantadas, pavoneándose en la ilusión de haber abatido al gigante marxista. ¡Qué pobre mentalidad! El fante es ese falaz determinismo mecanicista en que algunos, por crasa ignorancia, se empeñan en convertir la filosofía del marxismo. Es el carácter automático, absoluto, de estas o las otras leyes, que Marx, con ese sentido, jamás formuló.

Las leyes científicas, para el marxismo, no son nunca como las leyes físicas, ante las que el hombre pueda adoptar una actitud contemplativa, viendo cómo llueve o truene. Son tendencias generales en la marcha de las cosas, en las luchas de los hombres y de las clases. En la dialéctica de la historia, las fuerzas de lo viejo, pugnando por sostenerse en su agonía, no crean nunca por sí solas. Encuentran muchas veces (esto lo

saben bien los españoles, lo sabe y lo comprende certeramente nuestro partido) nuevas combinaciones, hasta las más audaces y temerarias, detrás de las que perpetrarse. Tomemos como ejemplo ilustrativo de esto, en el plano mundial, el fenómeno de las crisis. Una de las tesis más cacareadas entre quienes pregonan el envejecimiento de *El capital* está la de la superación de las crisis capitalistas. Lo que ocurre es que el capitalismo, hoy, revelando con ello su infamia y su peligrosidad, encuentra en las guerras de agresión, como en las de Corea y el Vietnam, y en el reforzamiento inmisericorde del despojo de los países coloniales y subdesarrollados (subdesarrollados, no por su incapacidad, por su idiosincrasia o por sus condiciones naturales, es decir, por una maldición del cielo, sino por la maldición del imperialismo) el derivativo para paliar sus crisis, descargando sobre otros, con la rapiña y el saqueo, las consecuencias de la crisis mortal del sistema.

Y, en el campo de enfrente, las fuerzas de lo nuevo no se imponen nunca por su propia virtud, ni avanzando en línea recta, sino en medio de una complejidad, pues la revolución, como dice Lenin, “no es la Avenida Nevski”. Se imponen luchando para vencer. Y demostrando luego en la práctica de la construcción que son merecedoras de los frutos de la victoria.

La clara conciencia revolucionaria contra la que nadie debe atentar

Lo más importante para que las leyes de la historia, proclamadas en *El capital*, sean ejecutadas en la clara conciencia combatiente, pues sólo de ahí pueden brotar el arrojo y la pasión revolucionarios.

Desgraciadamente, esta límpida fuente de la lucha, que debiera ser sagrada, parece encenagarse a veces, hoy, con el lodo de las querellas y de la confusión. Y también en esto saben perpetrarse las fuerzas de la decrepitud para sobrevivir. Vale la pena detenerse un poco en esto, a la sombra de este centenario.

La revista *Life*, uno de los instrumentos ideológicos más insidiosos del imperialismo yanqui en los medios de la semicultura, que, como el

camaleón, adopta distinto color, con sus ediciones diversificadas, según el país a que se destina, pero escondiendo en todas, bajo diversas caretas, la misma páfida faz, publica en el último número de su edición para México un artículo altamente revelador. Es una sarta de desahogo de un tal Castañeda, enhebrados todos en este *leitmotiv*: *El capital*, el marxismo, la Revolución de Octubre y la política comunista han perdido ya, en Latinoamérica y en otras partes del mundo, su fuerza de gravitación, sobre todo entre la juventud. He aquí, citados textualmente, algunos de los enunciados: “Para los jóvenes latinoamericanos, la Revolución de 1917 es un anacronismo” cuyos episodios se leen como una “novela pornográfica”. “La dialéctica marxista, para las nuevas generaciones, está desprestigiada”. Para “los nuevos revolucionarios”, “la mejor teoría es la acción misma”. “Los festejos del cincuentenario soviético son un síntoma de vejez y esclerosis revolucionaria”. “Las juventudes [de hoy] están más distanciadas que nunca de los partidos comunistas tradicionales”. Y por ahí adelante. Para acabar con la monserga semántica de que palabras como “imperialismo”, “explotación capitalista” y otras por el estilo han perdido su magia para la juventud actual.

Todos estos lugares comunes no merecían al honor de ser traídos aquí si no tratasen de apoyarse en una nota nueva, altamente inquietante, que es la que interesa destacar. Para rodear de un halo de romanticismo revolucionario la acometida contra los fundamentos de la revolución, contra la conciencia revolucionaria y hacer tragar a la juventud el veneno contrarrevolucionario, este paladín de la ultrarrevolución acunado en el regazo de *Life*, se parapeta como pistolero ideológico detrás de citas de palabras y actitudes de Mao Tse Tung, Fidel Castro, el Che Guevara y Debray. El artículo, coordinado con un pretendido reportaje sobre la llamada “cuarta generación soviética”, llama a la juventud a rebelarse contra los principios incommovibles de la revolución para actuar –son palabras suyas– como “verdaderos revolucionarios”.

¿No es edificante ver a la revista *Life* convertida en vocero de la “verdadera revolución”? ¿No es edificante, para decirlo en términos teológicos, ver al propio Satanás predicando la salvación del alma? Yo

creo que a quienes mantienen ciertas posiciones, con una convicción de la que no puede dudarse, debiera hacerles recapacitar el ver a una de las voces más notorias del imperialismo convertida en caja de resonancia de sus palabras y sus actitudes. “Ahora, que el cerdo me alaba, muy mal debo de bailar”, dice la fábula de Iriarte. Hasta los mejores maestros de baile, cuando pierden el ritmo, pueden dar traspies. Luego, viene el cerdito y proclama que el traspies es la verdadera danza, a ver si el maestro cae y la danza termina. Pero los cerdos cruzados de zorros no lograrán que el racimo maduro caiga en sus fauces.

Claro está que artículos como éste son una villanía. Pero no es el lado moral el que nos interesa, pues resultaría necio ir a buscar lecciones de virtud a la charca pestilente. Lo que debe interesarnos es el lado político e ideológico, y no cabe duda que estas cínicas maniobras ilustran bastante bien el lodo con que se trata de enturbiar la conciencia revolucionaria de la juventud, para desviarla de los caminos auténticos de la lucha victoriosa, empujándola por veredas que, pregonando conducir a la cima, desembocan en el abismo. Hace ya muchos años que Lenin diagnosticó y fustigó el extremismo generoso como el sarampión del comunismo. Y la revolución, hoy, es ya demasiado adulta y cargada de rica experiencia para dejarse inocular enfermedades infantiles. El heroísmo de nuestro tiempo no es el heroísmo de la desesperación, sino el heroísmo de la victoria.

Ya lo dije en otro lugar: critíquense cuanto se crea criticable, venga de donde viniera. Afírmese la propia personalidad y experiencia nacional revolucionaria frente a los que se consideran módulos extraños, que embaracen el propio ser revolucionario. Pero sin atentar, como se hace hoy, contra los fundamentos mismos sobre los que descansa la acción, contra lo que jamás se debe vacilar, contra la lúcida y limpia conciencia que da sentido a la lucha y enciende la pasión y al ardor del combatiente.

No vayamos a caer, nosotros, por esa pendiente, en la famosa divisa de la reacción mundial: la divisa de las “doctrinas exóticas, incompatibles con la propia idiosincrasia nacional. ¿Podrían algún navegante rechazar como “exótica” la brújula fabricada en el extranjero y que sirve para surcar todos los mares, aunque cada capitán, sobre sus

propias cartas, tenga que sacar sus deducciones y hacer sus cálculos para las aguas en que navega? Se dice que las leyes de la ciencia no tienen fronteras. Tampoco las tienen las de la ciencia de la revolución.

Me viene a las mentes, a este propósito, la interrupción que en un mitin de lejanos tiempos, hacía a cierto orador un minero asturiano: “¡A meterse con la madre no hay derecho!” sobre el vituperio contra lo que es el tronco mismo de que brotan y de cuya savia tienen que nutrirse todas las ramas, la matriz viva y fecunda de la revolución mundial, jamás podrá edificarse nada duradero.

El espíritu crítico, alma del marxismo

Entre otras cosas *El capital* es un ejemplo admirable de críticas revolucionarias intransigente. Pero es también escuela luminosa de los fundamentos sobre que la crítica tiene que descansar, para ser marxista, revolucionaria. El espíritu crítico así centrado, demoleedor para lo viejo constructivo y estimulante para lo nuevo, pero implacable también para cuanto desde dentro le impida desarrollarse, es inseparable de la filosofía marxista. Yo diría más: diría que es su nervio vital.

Cuando Marx, en el “Posfacio” a la segunda edición de *El capital*, en palabras inmortales, define la dialéctica materialista, racional, como el método animador de su libro y de toda su obra grandiosa, nos dice que esta visión del mundo “provoca la cólera y es el azote de la burguesía y de sus portavoces doctrinarios, porque en la inteligencia y en la explicación positiva de lo que existe abriga a la par la inteligencia de su negación, de su muerte forzosa; porque crítica y revolucionaria por esencia, esta concepción “enfoca todas las formas actuales en pleno movimiento, sin omitir, por tanto, lo que tiene de precedero y sin dejarse intimidar por nada”.

Retengamos en lo más hondo estas palabras: “el ‘azote de la crítica’ que ‘no se deja intimidar por nada’”. A veces, queridos camaradas, este “azote de la crítica” no provoca solamente “la cólera de la burguesía, sino la de nuestros propios hermanos de lucha, que se resisten a ver criticados sus errores. Y la de nosotros mismos, cuando los demás

denuncian y corrigen los nuestros. Pero sí tiene que ser, para que las cosas marchen y las aguas no se estanquen en un pantano.

Quien renuncia a la crítica mata su propia personalidad y causa con ello el peor de los daños a su partido, pues el partido de los marxistas no es una congregación de monjes, ni una tertulia de compadres, sino una vanguardia de hombres intrépidos, llamados a encabezar la lucha por los objetivos muy altos. Y si no tenemos el valor elemental de poner de relieve los errores y las anomalías que, en nuestro partido, en nuestra casa, pueda haber y de reconocer y extirpar con honestidad revolucionaria los nuestros propios, ¿cómo podría nuestro espíritu empequeñecido, enteco, lanzarse al asalto de las grandes fortalezas?

Es ésta una gran batalla cotidiana por el ser mismo de nuestro partido, en la que hay que estar vigilantes cada día. Es la batalla de la vida misma, que avanza así, que crece y triunfa desembarazándose de los cuerpos muertos que entorpecen su camino. El espíritu crítico, proyectado hacia afuera y hacia adentro, es lo que hace de nuestro partido un ariete de acero, un partido auténticamente democrático, basado en la firme convicción, por la que puede entregarse todo, y no un partido parlamentario más, fundado sobre la movediza arena de las mayorías, el que sólo se le entrega al voto.

Sin ese sentido crítico irrenunciable, ¿cómo habría podido forjarse el marxismo? ¿cómo podría desarrollarse y enriquecerse creadoramente, como el arma perennemente joven de la clase obrera y de los pueblos? ¿Cómo podría ser el camino teórico, revolucionario, de todo un mundo, en el que vive y pelea una muchedumbre de personalidades históricas y nacionales, cada una con su propio nivel de desarrollo, con sus propios problemas y posibilidades y, a tono con ello, con su propio modo de ver y de sentir?

El capital, como el marxismo todo, se forjó –por eso es acero invulnerable– sobre el yunque de la crítica. *Crítica de la Economía política* es su subtítulo. Las “armas de la crítica”, dice Marx en un pasaje famoso, son las que tienen que llevar a los pueblos a la “crítica de las armas”. *Crítica y revolucionaria por esencia*, es, como veíamos, la gran filosofía que hizo posible en dicha obra.

Pero, para que esa crítica sea verdaderamente cambiadora y constructiva, es decir, una crítica marxista, y no una crítica corrosiva, anarquista o anarcoide, que se devore a sí misma y devore a sus hijos y a sus padres, que corroa sus cimientos, tiene que descansar sobre los fundamentos de la teoría revolucionaria y de la experiencia histórica y combativa, sobre la roca granítica de los principios, que en su entraña más íntima son los mismos para todos. Ahí está la gran línea meridiana que separa la teoría y la práctica marxistas de la revolución triunfante de toda la gama abigarrada de intentos que, regados muchas veces, generosamente, con la sangre de los pueblos, llevan a estos al fracaso, al abatimiento y a la desesperación.

Largos años de lucha, muchos reveses, desilusiones y amargas han puesto a prueba la firmeza de nuestras convicciones. Pero hemos salido airosos de ella y seguimos en la brecha porque sin perder la brújula, nos hemos aferrado sin vacilar a los fundamentos de nuestra teoría y a la identificación inquebrantable con nuestro partido, que vale por ella. De otro modo, seríamos, como tantos, tablones flotando sobre las olas, después del naufragio.

El capital, enseñanza viva y perenne

Bien, queridos camaradas. Ya veis que no ha venido a hablar ante vosotros, respondiendo a vuestra honrosa invitación, para salir del paso, cumpliendo un compromiso. Yo jamás ha subido a esta tribuna sin tomar muy en serio mi encargo, sin sentir muy honda la responsabilidad de mis palabras, pues aquí, entre vosotros, está, para mí, lo más auténtico de mi ser político, mi patria y mi partido. ¿Qué mejor ocasión para ello que esta fiesta hermosa del centenario de *El capital*? Para mí, personalmente, es una fecha llena de emoción. Casi podría decir que, traduciendo y viviendo esta obra, con la pasión juvenil de treinta años, en días luminosos de afanes y esperanzas –que no han languidecido, aunque la lucha la haya endurecido en comunión viva con este libro–, desperté yo a la vida política consciente, a la vida de nuestro partido, que es y será siempre mi vida entera. Por eso le

veo tal vez con una cálida emoción humana, y no me resigno a verlo analizado fríamente, clínicamente, como una pieza atómica. Pero, no caigamos en las efusiones personales. Ya me voy alargando demasiado, y es hora de terminar.

Ahí está, ante nosotros, vivo y palpitante como el primer día, *El capital* de Carlos Marx. Uno de los monumentos imperecederos de nuestra teoría y de la cultura de la humanidad, en que los principios diamantinos, las leyes objetivas que trazan los rumbos de la historia para el mundo entero, se definen y proclaman con vigencia permanente. Es ése el patrimonio perenne que en esta obra centenaria ha legado su autor a la posteridad, que ha legado sobre todo a los combatientes por un mundo nuevo, y queremos ser fieles nosotros. Con la auténtica fidelidad que el marxismo reclama: la fidelidad nacida de la convicción; la fidelidad, no a la letra, sino al espíritu palpitante, aplicado a las realidades del presente y proyectado sobre las del mañana. No para adorarlo en los altares, sino para practicarlo en las luchas de cada día. En las luchas por la que nosotros, españoles, pasa el camino seguro hacia el futuro socialista de España, que son las grandes luchas de nuestro pueblo por la recuperación, la libertad y la democracia, la dignidad y la vida misma de nuestra patria.

El prólogo a la primera edición de *El capital* termina con la cita de unas palabras del Dante, que son, en la pluma de Marx, la afirmación del indomable orgullo del revolucionario y de su entrega intransigente a la verdad: “*Segui il tuo corso, e lascia dir le genti!*”; “*Sigue tu camino y deja que las gentes hablen*”.

El camino para nosotros, el camino de la verdad, el camino de esta obra es el camino de la lucha por la liberación de España.

ORIENTACIONES PARA EL ESTUDIO

EL CAPITAL DE CARLOS MARX¹

Estas notas se proponen ayudar al estudio individual o colectivo de la obra fundamental del marxismo. Constituyen un simple ensayo, no destinado a la publicación.

Pueden servir de introducción o ayuda para la lectura y el estudio de *El capital*, aparte de otros, los siguientes libros:

La *Economía política, manual de divulgación*, de P. Nikitin, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú; el *Manual de Economía política*, de la Academia de Ciencias de la URSS (Grijalbo); el capítulo XII de la biografía *Carlos Marx: historia de su vida* por Franz Mehring (Grijalbo), el cap. II del tomo III de la *Historia de la Filosofía* dirigida por M. A. Dynnik (Grijalbo) y los trabajos de Engels y otros citados en el transcurso de estas notas. Entre ellos se destaca el “Resumen del tomo I” hecho por Engels y traducido por mí, formando parte de la recopilación *Escritos económicos varios* de Marx y Engels, pp. 385-429 (Grijalbo).

Las presentes notas se refieren sólo al tomo I de *El capital*. Si dispongo de tiempo, las haré seguir del estudio-resumen correspondientes a los tomos II y III de la misma obra y de las *Teorías sobre la plusvalía* (tomo IV).

La Contribución a la crítica de la Economía política, anticipo de *El capital*

En enero de 1859 vio la luz la obra de Marx titulada *Contribución a la crítica de la Economía política*.

Esta obra –de la cual existe una vieja y muy defectuosa traducción española– constituye, en cierto modo, un anticipo de *El capital*. Consta

¹ CEMOS. Colección Wenceslao Roces. Serie B. Carpeta 38. Documento WR.CARP38.006.

de un prólogo y dos capítulos. “El prólogo”² es uno de los textos fundamentales del marxismo. En sus breves páginas, formula y desarrolla las tesis básicas del materialismo histórico. Define lo que son las *relaciones de producción* de una sociedad y subraya su carácter objetivo, condicionado por el nivel o grado de desarrollo de las *fuerzas productivas*. Las primeras deben hallarse en consonancia con las segundas. Las contradicciones entre unas y otras, cuando llegan a ser violentas e irreductibles, provocan la revolución social.

En este prólogo enuncia Marx los conceptos de *base económica* y *superestructura*. “El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general”. “La estructura económica de la sociedad” es “la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social”.³ Al cambiar la base económica, se desplaza también, más temprano o más tarde, la superestructura. Marx pasa revista a los regímenes o modos de producción que en su desarrollo vivió la humanidad (“el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués”), para llegar a la conclusión de que la formación social que constituye el régimen de producción burgués “cierra la prehistoria de la sociedad humana”.

De aquí parte Marx investigar el modo de producción capitalista

Los dos capítulos que forman la *Contribución a la crítica de la Economía política* desarrollan y llevan adelante el gran viraje revolucionario operado en los estudios económicos, ya desde antes, por ambos filósofos.

En mi edición de los *Escritores económicos varios* de Marx y Engels, que aparecerá dentro de unas semanas, se recogen los escritos juveniles de los dos fundadores del socialismo científico sobre temas económicos,

² Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*, t. I. Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1951, pp. 331-335.

³ *Ibid.*, p. 333.

principalmente el *Esbozo para una crítica de la Economía política*, de Engels, escrito en 1843, y los famosos *Manuscritos económicos-filosóficos* de Marx, de 1844. El estudio de estos trabajos primerizos y de otros anteriores a la década los cincuenta del pasado siglo, incluidos también en la compilación, ayudarán a ver cómo van surgiendo y madurando en Marx y Engels sus ideas económicas fundamentales, cómo se va gestando la gran revolución de la Economía política, que culminará, por último, en *El capital*.

Es muy importante, en el capítulo 1 de la Contribución a la crítica de la Economía política, el análisis que hace Marx de la *mercancía* y del *trabajo* que la produce y su exposición de la fundamental *teoría del valor*.

El problema del *valor* había comenzado a estudiarse, ya en el siglo XVIII, por los primeros representantes de la Economía burguesa clásica. El más importante de ellos, David Ricardo, había elaborado bastante a fondo, en los primeros años del siglo XIX, la teoría del valor basada en el trabajo. Los economistas burgueses –que, por aquel entonces, cuando todavía la burguesía era una clase ascendente, relativamente progresiva y aún no habían cobrado carácter virulento sus contradicciones medulares con el proletariado– sabían distinguir ya entre el *valor de uso* y el *valor de cambio*, comprendían y sostenían que la única fuente del valor en el trabajo y eran conscientes de que, como consecuencia de ello, la magnitud del valor se determina por el tiempo de trabajo necesario para producir la mercancía.

Pero entre sus concepciones y las de Marx mediaba un abismo. Como economistas burgueses que eran, no podían ver en el valor la expresión de las *relaciones sociales de producción* entre productores de mercancías. El valor, para ellos, no era un concepto social, histórico y, por tanto, transitorio y perecedero, sino la signatura de relaciones eterna, perennes e inmutables, alumbradas por la naturaleza y sustraídas, por tanto, a la voluntad de los hombres. Ni entraban tampoco a analizar a fondo el carácter del trabajo creador de las mercancías.

Dando un salto gigantesco sobre aquellos economistas, Marx proyectó el haz luminoso de su análisis sobre la mercancía, viendo en ella la célula fundamental de la sociedad burguesa. Y fue el primero

que investigó concienzudamente el carácter del trabajo productor de la mercancía, descubriendo mediante su análisis genial y su método filosófico certero, el *doble carácter del trabajo: trabajo concreto y trabajo abstracto*, trabajo individual privado y trabajo social. Este extraordinario descubrimiento del carácter dual del trabajo, en cuanto creador de mercancías, le dará el hilo conductor no sólo para la investigación científica del valor, sino también para el análisis de toda una serie de problemas importantísimos, entre ellos el proceso de creación de la plusvalía y el fenómeno de la reproducción capitalista.

¿Cómo y en qué condiciones es el trabajo fuente de valor? Los economistas burgueses anteriores a Marx no podían ni siquiera plantearse este fundamental problema, porque eso se lo impedía la cerrazón de horizontes propia de la mentalidad burguesa, la aberración de creer en el carácter eterno, inmutable, del capitalismo. Para ellos, la creación de valor era un atributo *natural* el trabajo, una virtud inherente a éste, no bajo determinadas condiciones *sociales*, sino por naturaleza. El filósofo alemán revoluciona la teoría del valor, al concebir y definir el valor como cristalización, condensación o materialización de un determinado tipo de trabajo, el que él llama *trabajo social abstracto*.

Los economistas burgueses se preocupaban de indagar la magnitud del valor y los factores que la determinan. Pero se estrellaban, inevitablemente, contra el escollo fundamental, que era su incapacidad para concebir y analizar el valor en cuanto tal. Sin esto, estaban condenados al fracaso en todo lo demás. Adam Smith, por ejemplo, sostenía la tesis de que el valor de las mercancías se determinaba por el trabajo invertido en las mejores empresas, en las más perfeccionadas y mejor equipadas. David Ricardo, por su parte, entendía que el valor se regulaba, a base de las condiciones de trabajo imperantes en las empresas más atrasadas. Ambos economistas eran incapaces de percatarse de que el valor es una entidad social, que no puede determinarse por factores individuales, por la inversión individual de trabajo, como ellos se empeñaban en creer. El filósofo y economista alemán erige el valor en una categoría social y, con ello, sienta la base inmovible que le permitirá, entre otras cosas, determinar la magnitud del valor mediante un criterio científi-

co, objetivo: el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir mercancía. La categoría social del valor conduce consecuentemente a la *medida social del valor* y de su *magnitud*.

Los economistas anteriores a Marx se habían dado cuenta de que, al aumentar la productividad del trabajo, no se altera el valor de la producción global obtenida, pero sí disminuye, en cambio, el valor de cada producto, de cada unidad producida. Registraban el fenómeno, pero no lo explicaban. Sus causas fueron puestas al descubierto, con esta explicación tan sencilla como profunda: la productividad del trabajo es una cualidad inherente al *trabajo concreto*, mientras que la creación del valor constituye un resultado del *trabajo abstracto*. Gracias a esta diferenciación de los dos aspectos o facetas del mismo trabajo, tenemos que un trabajo concreto puede producir una cantidad mayor o menor de bienes de consumo, sin que ello influya en el poder de compra o capacidad adquisitiva de los valores producidos por el trabajo abstracto. El trabajo es el mismo, fundamentalmente distinto, a la par, según el ángulo bajo el que se lo considere.

Los economistas anteriores al autor de *El capital* habían señalado ya que el trabajo podía diferir en cuanto a su complejidad y grado de calificación, aunque en el mercado los productos del trabajo más difícil y complejo podían cambiarse sin dificultad por una cantidad mayor de productos del trabajo simple o usual. Ahora bien, ¿cómo explicarse teóricamente esta reducción del *trabajo complejo* al *trabajo simple*? También esta explicación estaba reservada al genio de Marx. Fue él quien descubrió la razón que explica este fenómeno, aparentemente extraño, y es que el trabajo creador de valor es cualitativamente indistinto, es el trabajo humano general, cualquiera que él sea e independientemente de la forma concreta en que se manifieste, ya se trate de un trabajo simple o de un trabajo complejo. En cuanto productos del trabajo abstracto, es decir, en cuanto valores, las mercancías se distinguen unas de otras cuantitativamente, como cantidades, y no desde el punto de vista cualitativo.

Otro problema importantísimo en el que Marx, ya en su obra *Contribución a la crítica de la Economía política*, revolucionó la ciencia

económica, es el de la *forma del valor*. Los economistas clásicos burgueses (A. Smith, Ricardo, etcétera) jamás acertaron a desentrañar del valor su forma. Conocían, naturalmente, porque era el pan de cada día, la existencia del dinero y el fenómeno de los precios de las mercancías. Pero mercancías y dinero eran, para ellos, entidades independientes entre sí, extrañas la una de la otra, términos interrelacionados, pero heterogéneos. Fue el primero que argumentó y fundamentó la necesidad de estudiar las formas del valor de las mercancías. Siendo el valor una categoría social, expresión de las relaciones productivas entre los productores de mercancías, sólo podía manifestarse, lógicamente –decía Marx– en la relación social entre unas mercancías y otras. “El valor de cambio de cualquier mercancía no se exterioriza no puede exteriorizarse en su propio valor de uso”, dice en uno de los pasajes de la obra que comentamos.

Aquí está la raíz de lo que más tarde llamará Marx el “fetichismo de la mercancía”, que hace que, en la sociedad burguesa, las relaciones sociales entre los hombres se manifiesten bajo la forma de relaciones sociales entre las cosas. Y, por virtud de ello, el proceso histórico del cambio que, de entre todas las mercancías, se destaque una, específica, que se erige directamente en medida del tiempo de trabajo general, social, es decir, en equivalente universal. De este modo, el análisis del valor conduce al esclarecimiento del origen, de la aparición del dinero.

Al final del primer capítulo de la *Contribución a la crítica de la Economía política*, Marx hace un examen crítico de las doctrinas de una serie de economistas en torno al problema del valor, destacando los méritos y las fallas de autores como William Petty, Adam Smith, Ricardo y otros. Ya en esta obra, precursora y anticipo directo de *El capital* resalta, como vemos, la preocupación de su autor por exponer, junto al examen teórico de los problemas fundamentales, la historia crítica de las doctrinas de sus antecesores, lo que más tarde, refiriéndose a *Las teorías sobre la plusvalía*, llamará la parte “crítico-literaria”. Marx jamás pretendió construir sobre la nada, como una especie de Jehová, pues las revoluciones, en el mundo del pensamiento como en el de la sociedad, son siempre fenómenos históricos, que transforman

radicalmente lo existentes, apoyándose en ella para negarlo dialécticamente, es decir, para superarlo, para elevarlo a una etapa superior. Como economista, el filósofo alemán es la cumbre gigantesca a la que se asciende la superación crítica de toda la ciencia económica anterior y desde la que se atalaya la economía del mundo nuevo, del socialismo.

El análisis del dinero y, junto a él, el de la *circulación simple* forman el tema del capítulo segundo de la obra de que nos ocupamos. Los representantes de la Economía clásica burguesa habían sentado las bases para la teoría científica del dinero. Ya ellos habían visto y expuesto que el dinero es una mercancía cuyo valor, al igual que el de otra cualquiera, se determina por el trabajo. Y llegaban a la conclusión acertada de que el valor no se incrementa en la operación de cambio de mercancías por dinero, de que no es ahí donde hay que buscar la fuente de lo que Marx llama plusvalía. Rechazaban, finalmente, la errónea concepción de que el dinero había surgido por obra de una decisión del Estado y sostenía acertadamente que la aparición del dinero era un producto o resultado del proceso de la circulación.

Ahora bien, al no pararse a investigar el valor y sus formas, aquellos economistas no podían explicar cómo y por qué una mercancía se había convertido en dinero. Ni podían comprender tampoco la esencia del dinero como una mercancía especial, como una encarnación del valor. Por otra parte, sin analizar la esencia misma del dinero, resultaba imposible descubrir las funciones de éste. La esencia del dinero se reduce, según su criterio, a una sola de sus funciones: la de medio de circulación. Las demás constituían, en su modo de ver, simples variantes de ésta.

La esencia y las funciones del dinero aparecen investigadas por primera vez en el capítulo II de esta obra de Marx, en el que se critican también las teorías burguesas acerca del dinero, principalmente la de los mercantilistas y la teoría cuantitativa del dinero sostenida por Ricardo y sus partidarios.

La gran importancia de este libro a que nos referimos reside, ante todo, en que sienta y expone la teoría del valor-trabajo específicamente marxista, en la que, según él mismo dice, se halla la clave para comprender toda la fisiología de la sociedad burguesa.

En su vano empeño por disminuir, por desconocer la grandiosa personalidad de Marx, como creador de la única Economía política realmente científica, como revolucionador de toda la ciencia económica, los economistas burgueses tratan, no pocas veces, de identificar la teoría marxista del valor por el trabajo con la teoría de Ricardo. Pretenden con ello, al mismo tiempo, facilitar el camino para la refutación de la teoría del valor basada en el trabajo, aprovechándose de las fallas que en Ricardo presenta esta teoría.

Pero, aunque Marx, como hemos visto, estudiara concienzudamente las obras de sus antecesores y aprendiera de ellas, su teoría del valor se distingue radicalmente de la de Ricardo y es una teoría sustancialmente nueva.

A raíz de editarse el libro de su gran amigo y compañero de luchas, Engels, para romper la “conspiración del silencio” que en torno a él urdió el gremio de los economistas burgueses, publicó en un periódico alemán de Londres titulado *Das Volk (El Pueblo)* un importantísimo artículo en dos partes, en el que, con la claridad y la brillantez que le son características, resume el contenido de la obra de Marx y señala sus formidables aportaciones a la ciencia económica.⁴

Engels, en este artículo, destaca muy certeramente, el criterio sobre el que descansa la concepción marxista de la Economía política, cuando dice: “La Economía no trata de cosas, sino de *relaciones* entre personas y, en última instancia, entre clases; si bien estas relaciones van siempre *unidas a cosas y aparecen como cosas*”.⁵

En la parte II de su artículo, examina Engels, con mucha profundidad, el método seguido por Marx para el estudio de la Economía, que representa la unidad armónica del método lógico y el histórico y que, apoyándose en Hegel, pero colocando sobre sus pies la dialéctica hegeliana, establece las bases filosóficas para revolucionar la Economía, la historia, la vida social y la concepción entera del mundo.

⁴ *Ibid.*, pp. 336-345

⁵ *Ibid.*, 344.

Trabajo de preparación de *El capital*

La vida de Marx fue un constante entrelazamiento revolucionario de estudios teóricos, trabajos de publicista (impuestos, muchas veces, por la perentoria necesidad de ganarse la vida) y actividades prácticas, de organización y lucha en el movimiento obrero. Ciencia y acción se armonizaban cabalmente en él, bajo el signo superior y común de la lucha revolucionaria.

De 1859 a 1861, Marx se vio distraído de sus investigaciones económicas por trabajos apremiantes de otro orden. En 1861 se entregó de nuevo a sus estudios de Economía con la pasión acendrada que ponía en todo. Preveía un nuevo ascenso del movimiento revolucionario y quería aprovechar el tiempo para dar cima a su obra científica fundamental. Pero las ímprobos labores de preparación de *El capital* no interrumpieron, ni mucho menos, sus tareas de dirigente del movimiento obrero. En septiembre de 1864 se fundó la Primera Internacional, cuyo manifiesto y cuyos estatutos el autor redactó personalmente, además de sinnúmero de proyectos de resoluciones, mensajes y documentos de dicha organización.

El 27 y el 29 de junio de 1865, en sesión del Consejo General de la Internacional, dio lectura Carlos Marx a un importantísimo informe sobre problemas económicos y sindicales, publicado años más tarde (en 1898, ya muerto su autor) bajo el título de "Salario, precio y ganancia". Este informe salía al paso de una intervención desorientadora y negativa de un miembro inglés de la I Internacional, partidario de Owen, llamado Weston. Éste negaba la necesidad de que el proletariado luchara por elevar los salarios, alegando que esta lucha conducía inevitablemente a la subida de precios de las mercancías, lo que determinaban, en consecuencia, el descenso de los ingresos reales de los trabajadores.

Marx somete a una demoledora crítica –que sigue siendo actual, todavía hoy– esta burda teoría burguesa. Analiza a fondo los factores que determinan la productividad del trabajo y la influencia de ésta en el valor de las mercancías.

En este informe o conferencia expone su teoría, fundamental, sobre la *fuerza de trabajo*. Es aquí donde por vez primera se pone de relieve un descubrimiento importantísimo y preñado de consecuencias para las investigaciones económicas del marxismo, a saber: el hecho de que lo que el obrero vende al patrono no es precisamente el *trabajo* –como hasta entonces venía enunciando Marx–, sino la *fuerza de trabajo*, es decir, la capacidad o el poder de trabajar. Y establece, además, cómo se determina el valor de esta mercancía específica y peculiar.

Expone aquí, en forma concisa, los fundamentos de su teoría sobre la producción de plusvalía y sobre el grado de explotación de los obreros. Pone de manifiesto cómo la plusvalía se divide en *la ganancia*, *la renta de la tierra* y el *interés*. Y, fijándose en las proporciones en que el valor se descompone entre el salario y la plusvalía, llega a la conclusión de que “una subida general de salarios determinaría una disminución de la cuota general de ganancias; pero no haría cambiar los valores”.⁶

En las citadas páginas, analiza Marx las formas más importantes de lucha de los obreros por la subida de los salarios o en contra de su reducción. Señala que la lucha de la clase obrera es siempre la reacción o respuesta del proletariado en contra del recrudescimiento de la explotación a que se ve sometido. Si la clase obrera renunciara a estas acciones de resistencia, se convertiría, degradándose, en una masa informe de entes desventuradas y tullidas, sin salvación posible, incapacitadas para todo movimiento revolucionario. Pero, al mismo tiempo, Marx previene a los obreros contra la tendencia a convertir la lucha de los sindicatos por las diarias reivindicaciones y el mejoramiento pasajero de la situación de la clase obrera en la forma fundamental de lucha de esta clase. Los trabajadores no deben perder de vista –dice– que “estas luchas diarias” van dirigidas “contra los efectos, pero no contra las causas que los engendran”, que lo más que pueden hacer es “contener el movimiento descendente, pero no cambiar su dirección”, “aplicar paliativos, pero no curar la enfermedad”.⁷

⁶ Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*, t. II. Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1951, p. 403.

⁷ *Ibid.*, p. 414.

Este interesante opúsculo titulado “Salario, precio y ganancia” figura en la mencionada edición de las *Obras escogidas*.⁸

Entre los años 1862 y 1867 Marx –según señala Engels en el prólogo al tomo II *El capital*– escribió el borrador de los dos últimos libros de esta obra y, además, preparó para la imprenta el primer tomo, todo ello sin prejuicio de desarrollar una gigantesca labor, relacionada con la fundación y las actividades de la Primera Internacional, de la que él fue cabeza y alma.

También hubo de trabajar sobre *El capital*, su obra maestra, en condiciones increíblemente duras y difíciles. La penuria y el exceso de trabajo habían ido minando su salud y no disponía de recursos ni de tiempo para curarse. Todo lo sacrificaba a la gran pasión de dar cima a su obra fundamental.

En la *Correspondencia de Carlos Marx a Federico Engels* una carta de Marx a su amigo y correligionario S. Neyer, en la que leemos lo siguiente:

¿Que por qué nunca le contesté? Porque estuve rondando constantemente al borde de la tumba. Por eso tenía que emplear *todos* los momentos en que era capaz de trabajar para poder terminar el trabajo al cual he sacrificado mi salud, mi felicidad en la vida y mi familia. Espero que esta explicación requiera más detalles. Yo me río de los llamados hombres “prácticos” y de su sabiduría. Si uno resolviera ser un buey podría, desde luego, dar las espaldas a las agonías de la humanidad y mirar por su propio pellejo. Pero yo me habría considerado realmente impráctico si no hubiese terminado por completo mi libro, por lo menos en borrador.⁹

No seríamos justos si no señaláramos, a este propósito, la grande, constante y desinteresada ayuda que para sus trabajos recibiera de Engels, su amigo fraternal y camarada de luchas, y que el propio Marx encarecía en todo su valor. He aquí, por ejemplo, lo que escribe a Engels,

⁸ *Ibid.*, pp. 367-415.

⁹ Carlos Marx a Federico Engels, *Correspondencia*. Buenos Aires, Cartago, 1957, p. 157.

en carta del año 1867: “A no ser por ti, jamás habría podido dar cima a esta obra, y te aseguro que todo el tiempo me ha atormentado la conciencia como una pesadilla el saberte desperdiciando en el comercio y dejando oxidarse tus excepcionales capacidades, principalmente para ayudarme a mí”.

En 1861, Marx prosiguió sus trabajos de preparación y redacción de *El capital*. De agosto de 1861 a junio de 1863, escribió un nuevo manuscrito de 1472 páginas de extensión. Los problemas examinados en él serían elaborados más tarde en los tomos I y III. Según el plan primitivo, los problemas reservados al tomo III ocupaban la sección titulada “Teorías sobre la plusvalía”, en que se exponía la historia crítica de las doctrinas en torno a este problema. En el manuscrito o borrador a que nos estamos refiriendo no figuraban todavía los temas del tomo II.

En este manuscrito de 1861-1863 no se seguía aún el orden de exposición que más tarde se adoptará para el libro. Aquí, el estudio sobre esta obra y la teoría de la plusvalía se interrumpen para dar paso al análisis de las formas especiales de la plusvalía y a la crítica de las teorías burguesas. Fue en el proceso de trabajo sobre el manuscrito de 1861-1863 cuando surgió en Marx la idea de agrupar toda la obra bajo el título genérico de *El capital*.

Así se lo comunica a su amigo el doctor Kugelmann, en carta de 28 de diciembre de 1862. En la misma le hace saber que, de manera conjunta con su libro de 1859 (*Contribución a la crítica de la Economía política*), el nuevo manuscrito contenía la quintaesencia de todas sus investigaciones.

Los economistas burgueses suelen dar a sus estudios doctrinales el nombre de fundamentos o principios de Economía política. A Marx jamás se le habría pasado por la mente un título semejante para su obra. Lo que él se propone desde el primer día “es hacer con punzante escalpelo la disección crítica del capitalismo y de la Economía política”, subrayando con ello, sin dejar lugar a dudas, el carácter crítico-polémico, combativo, de sus investigaciones. Este mismo propósito es el que Marx pretende destacar con toda su fuerza en su obra maestra, al ponerle como subtítulo *Crítica de la Economía política*. Pero señalando,

con todo vigor, en el título mismo, que en su investigación recaía, cabalmente, sobre el conjunto de relaciones de producción que forman *El capital* y que imprimen su sello y su carácter específicos a la formación económica de la sociedad burguesa; a ésta precisamente, y no a otra.

El cambio de título impuso también ciertas modificaciones en cuanto a la proyectada estructura de la obra. En carta a Kugelmann de 13 de febrero de 1866, Marx dice que la obra constará, probablemente, de cuatro libros, por este orden: libro I, el proceso de producción de *El capital*; libro II, el proceso de circulación de *El capital*; libro III, formas y modalidades del proceso, visto en conjunto; libro IV, sobre la historia de la teoría. Los dos primeros libros se proponía Marx publicarlos formando un solo tomo. Pero el volumen del libro primero cobró tal extensión, que fue necesario reservar para el segundo tomo el análisis del proceso de circulación de *El capital*.

Durante los años 1863 y 1865, Marx reelaboró y redactó de nuevo los materiales destinados a los tres primeros tomos. Fue esta la primera variante sistemáticamente refundida de los tres tomos de la obra. Estos tres manuscritos constituían ya tres libros independientes, el contenido de cada uno de los cuales correspondía, sobre poco más o menos, a uno de los tres primeros volúmenes de *El capital*. El borrador del tomo IV permaneció en su estado primitivo. Acerca de esto, escribía a Engels:

Todavía falta escribir tres capítulos para completar la parte teórica (los tres primeros libros). Luego queda por escribir aún el cuarto libro, el histórico-literario, que es la parte relativamente más fácil para mí [...] Pero no puedo ponerme a despachar nada antes de tenerlo como completo. Cualesquiera que [sean] los defectos que puedan tener, el mérito de mis escritos es que constituyen un conjunto artístico, y esto sólo se puede lograr con mi método de no publicarlos mientras no los tengan ante mí como un *todo*.¹⁰

¹⁰ Federico Engels, "Carta del 31 de julio de 1865", en C. Marx, *Teorías sobre la plusvalía*.

En el transcurso de su trabajo sobre *El capital*, Marx gustaba de comunicar a Engels sus pensamientos y de recabar de éste sus consejos, por medio de cartas, y mantenía también un intercambio de ideas con otros amigos y camaradas. La correspondencia sostenida entre ambos a propósito de este libro brinda especial interés, pues nos revela, en algunos aspectos, cuán concienzudamente trabajaba Marx y cuáles eran sus métodos de investigación. Las más importantes de estas cartas han sido traducidas y publicadas por mí en los apéndices a los tres volúmenes de mi edición española de esta obra.

En 1865-1866 Marx dio su redacción definitiva al texto del tomo I. En abril de 1866 fue entregado el original a la imprenta. Al corregir las galeras, el autor introdujo gran número de modificaciones. Y escribió, además, un apéndice estudiando el desarrollo de la forma del valor.

Aparición del tomo I de *El capital*. Idea central de la obra

En 1867 vio la luz el primer tomo de *El capital*. La aparición de esta obra representó un gran acontecimiento histórico. Los publicistas burgueses trataron de silenciarlo, pero en vano. Marx y Engels libraron una enérgica batalla contra esta “conspiración del silencio”. En los años de 1867-1868, Engels escribió nueve artículos sobre dicho tomo. Los envió a diferentes periódicos y revistas. Algunos de ellos no llegaron a publicarse, en aquel tiempo. Siete aparecen recogidos en el tomo que comento ahora.¹¹ Son, todos ellos, de gran interés y ayudan a comprender la importancia incalculable de la obra y algunos de los problemas en ella estudiados. “Desde que existen en el mundo capitalistas y obreros no se ha publicado ningún libro que tenga para los obreros la importancia de éste”.¹² La lectura íntegra de este artículo de Engels, que en su día se publicó en el *Demokratisches Wochenblatt* (*Semanario Democrático*) de Leipzig, es altamente recomendable para quien desee abordar el estudio *El capital*.

¹¹ Carlos Marx, *El capital*, t. I. Trad. de Wenceslao Roces. México, FCE, 1946, pp. 733-751.

¹² *Ibid.*, p. 745.

Mientras preparaba estos artículos, Engels comenzó a componer un extracto o compendio del tomo 1. “Sería magnífico [le decía a Marx, en carta de 16 de septiembre de 1868] que tú te decidieses a escribir un folleto pequeño de divulgación”. Lo animaba a hacerlo, con destino al público obrero, para salir al paso de posibles tergiversaciones de su obra bajo el manto de divulgarla.

Marx prefirió autorizar a su amigo a que lo hiciera y, a la vista de ello, Engels se puso a formar el deseado compendio, que no debería exceder, según el proyecto de ambos, de dos pliegos de imprenta.

En este compendio o resumen, Engels nos ofrece un brillante ejemplo de cómo debe abordarse el estudio de *El capital*. Siguiendo a Marx, subraya el carácter histórico de las categorías económicas, las cuales no son otra cosa que el reflejo del proceso histórico real. Y pone de manifiesto, sintetizando la exposición de Marx, pero ajustándose en un todo a sus ideas, como, partiendo del desarrollo de la producción de mercancías, surge el capital, la cooperación capitalista deja el puesto a la manufactura y la manufactura es desplazada por la fábrica. Engels, en su resumen, fija su atención principalmente en la agudización de las contradicciones del capitalismo y en la creación de las premisas para la revolución socialista. Los problemas que con mayor cuidado compendia Engels son los que se refieren a la teoría de la plusvalía, a los rasgos característicos que forman la esencia de la explotación capitalista y a los comienzos de la lucha de clase obrera contra la burguesía.

El extracto de Engels no llegó a terminarse. La parte redactada resume, en la mayoría de los casos, con palabras del propio Marx, el contenido de las cuatro primeras secciones del tomo 1 de *El capital* no tardó en darse a conocer con cierta extensión entre los obreros alemanes. A ello contribuyó la afanosa labor de divulgación llevada a cabo por Engels. Y asimismo preparó el terreno para que las ideas de esta obra se abrieran paso en la conciencia de los trabajadores el nuevo auge del movimiento obrero producido en aquellos años. En el “Posfacio” a la segunda edición del tomo 1, fechado en Londres en 1873, escribe Marx: “No podía apetecer mejor recompensa para mi trabajo que la rápida

comprensión que *El capital* ha encontrado en amplios sectores de la clase obrera alemana”.

La obra no tardó en ser traducida a diversas lenguas. En 1872 vio la luz la versión francesa, revisada por el propio autor. En el mismo año se publicó la traducción rusa, calificada por Marx de “excelente”. En 1866 salió de las prensas, ya muerto Marx, la edición inglesa, presentada y revisada por Engels. La primera edición española del tomo I la realizó el socialista argentino Juan B. Justo, y apareció ya en los primeros años del siglo actual.

El capital dice Lenin, que es “la obra principal y fundamental que expone el socialismo científico”.¹³ En ella condena la doctrina económica de Marx, quien escribe en el prólogo: “La finalidad última de esta obra es [...] descubrir la ley económica que preside el movimiento de la sociedad moderna”.¹⁴ Y, en el mismo prólogo, subraya que contempla el desarrollo de una formación económica como si se tratara de un proceso encuadrado dentro de la historia natural. Lenin, citando esta frase de Marx, señala que es en ella precisamente donde se cifra la idea central de *El capital*. Antes de esta obra, su autor había escrito una serie de importantes trabajos sobre temas económicos, entre ellos los manuscritos *En torno a la crítica de la Economía política*, redactados en los años cuarenta de hace dos siglos. Pero es en *El capital* donde aborda y resuelve íntegramente la tarea de investigar la fisiología de la sociedad burguesa. Sigue, aquí, paso a paso, el desarrollo del capitalismo, desde sus primeras fases hasta el momento en que puede, fundadamente, pronosticar su inevitable derrumbamiento.

Su publicación marcó un viraje radical y completo en el campo de la Economía política. A partir de ahora, la ciencia económica gira en torno a la *teoría de la plusvalía*, que es, como dice Lenin, la piedra angular de la teoría económica del marxismo. Con esta teoría, Marx descubre la ley económica fundamental del capitalismo, la ley que esclarece el misterio de la explotación capitalista.

¹³ V. I. Lenin, *Quiénes son los ‘amigos del pueblo’ y cómo luchan contra los socialdemócratas*. Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1978, p. 116.

¹⁴ C. Marx, *El capital*, t. I, p. XV.

Junto a esta ley y en torno a ella investiga Marx, en esta su obra maestra, otras leyes económicas del capitalismo, tales como la ley de la acumulación capitalista, la ley de la población inherente a esta sociedad, etcétera.

Es aquí donde pone de manifiesto la lucha de clases y el papel de Estado burgués, criticando a fondo la ideología de la burguesía:

Esta obra [dice Lenin refiriéndose a *El capital*], ha puesto ante los ojos del lector toda la formación social capitalista como organismo vivo, con los diversos aspectos de la vida cotidiana, hechos que son manifestaciones sociales del antagonismo de clases propio de estas relaciones de producción, con su supraestructura política burguesa destinada a asegurar el dominio de la clase de los capitalistas, con sus ideas burguesas sobre la libertad, la igualdad, etcétera, con sus relaciones familiares burguesas.¹⁵

En esta obra se contiene una profunda síntesis de la experiencia práctica del movimiento obrero internacional. La elaboración a fondo y en todos y cada uno de sus aspectos de la teoría:

[...] que une un rígido y profundo cientifismo (siendo como es la última palabra de la ciencia social, al revolucionarismo, y los une no casualmente, no sólo porque el fundador de la doctrina unía en sí personalmente las cualidades del científico y del revolucionario, sino que los une en la teoría misma con lazos internos e insolubles.¹⁶

Esta indisoluble conexión interna entre la teoría y la práctica revolucionaria se destaca por encima de todo en el hecho de que *El capital* razona, argumenta y demuestra científicamente la inevitabilidad de la revolución socialista y de la dictadura del proletariado. La ciencia

¹⁵ V. I. Lenin, *Quiénes son los 'amigos del pueblo' y cómo luchan contra los socialdemócratas*, p. 79.

¹⁶ V. I. Lenin, apéndice III a su citado estudio, t. I de la edición española de las *Obras completas*. Moscú, Progreso, 1891, p. 347.

económica más rigurosa sirve, así, de fundamentación a la acción revolucionaria del proletariado, y su partido que encuentran en esta obra genial un arma teórica poderosa.

En *El capital* se perfilan claramente la meta histórica del movimiento obrero y los caminos para su consecución. Tiene razón Lenin cuando dice que, con la aparición de este libro, “el marxismo se lanza a la palestra como una teoría armada de pies a cabeza”.

El método de *El capital*

Sería equivocado ver en *El capital* solamente una obra extraordinaria de Economía política. Es eso, pero es, además, una formidable obra filosófica. En ella no sólo se aplican, sino que se ahondan y se desarrollan creadoramente el materialismo dialéctico y el materialismo histórico. En los *Cuadernos filosóficos* de Lenin se contiene el siguiente juicio, muy certero: “Si es cierto que Marx no nos dejó una ‘Lógica’ (con mayúscula), nos legó, en cambio, la lógica de *El capital* [...] En [ella, concluye Lenin] Marx aplica a una sola ciencia [es decir, la ciencia económica] la lógica, la dialéctica y la teoría del conocimiento del materialismo”.¹⁷

En el prólogo al tomo I caracteriza su método de investigación. Nos dice que este método no sólo difiere radicalmente del de Hegel, sino que es en un todo lo opuesto a él. Esta contraposición estriba, sobre todo, con el hecho de que Hegel era idealista y Marx, por el contrario, materialista. El idealismo tenía también las concepciones de los economistas anteriores al economista y filósofo alemán. Para ellos, los fenómenos y procesos económicos eran un fruto de la razón humana. Adam Smith, por ejemplo, explicaba la aparición del cambio por una tendencia natural del hombre. Y también la división del trabajo era presentada por los economistas burgueses como un principio nacido de la razón humana.

El autor de *El capital*, consecuente con su filosofía materialista y dialéctica, rechazaba el enfoque idealista de las leyes y categorías eco-

¹⁷ V.I. Lenin, *Cuadernos filosóficos*. Trad. de Wenceslao Roces. Buenos Aires, Cartago, 1960.

nómicas. Ponía de manifiesto su carácter íntegro, en cuanto expresión que era de una realidad objetiva: las relaciones de producción. Las cuales, a su vez, se hallaban determinadas –según ponía de manifiesto– por las fuerzas productivas, por el carácter y grado de desarrollo de éstas. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, el crecimiento de las fuerzas productivas conduce necesariamente al cambio de las relaciones de producción. Y, al cambiar dichas relaciones, cambian también, consecuentemente, las leyes y categorías económicas que las expresan. Fue, por tanto, el primero en descubrir que las categorías económicas no son eternas o inmutables, como entendían los economistas anteriores a él, sino históricamente transitorias, temporales.

Marx parte del hecho de que la base sobre la que descansa la vida de la sociedad es la producción material. La producción ejerce una acción determinante sobre la distribución, el cambio y el consumo. Antes de él, muchos economistas asignaban un lugar primordial a la distribución y al cambio. Según ellos, la Economía política debía estudiar las leyes de la distribución de la riqueza. Marx fue el primero que sentó la tesis de que el carácter y las formas de la distribución dependen por entero de la producción.

Abordar con un criterio materialista el estudio de los procesos económicos quiere decir reconocer la primacía del mundo material y la secundariedad de la conciencia. La conciencia es lo secundario, porque se limita a reflejar el ser. Lo cual, aplicado a la Economía política, significa que el orden lógico en que se analicen las categorías económicas debe reflejar la marcha real del desarrollo histórico. La trayectoria lógica de desarrollo de las categorías económicas reproduce fielmente el curso seguido por el desarrollo del capitalismo. Por eso Lenin dice, en los citados *Cuadernos filosóficos*, que en *El capital* se contiene “la historia del capitalismo y el análisis de los conceptos en que esa historia se resume”.

Los adversarios del marxismo tratan de presentar la teoría de Marx, tergiversándola, como una construcción lógica especulativa, en que los conceptos se mueven y desarrollan por sí mismos. Esto es absolutamente falso. Él comienza el análisis del capitalismo por la producción mercantil simple y la circulación. Es decir, por donde comienza la historia

misma del capitalismo, que surgió de la producción mercantil simple. Investiga también el desarrollo de las formas del valor comenzando por la más simple de todas, la forma fortuita, y acabando por la forma monetaria, por el dinero. Y también este proceso refleja el desarrollo real de la producción de mercancías y del cambio. En el cap. ii del tomo I de *El capital*, se corrobora esto con una serie de datos históricos.

El análisis de la vida económica plantea grandes dificultades. La ciencia económica no puede valerse, como las ciencias naturales –la física, la química, etcétera– de procedimientos experimentales, de experimentos realizados en laboratorios y bajo condiciones especiales, artificiales, dando de lado a los aspectos o a los fenómenos que nos impiden contemplar en toda su pureza el fenómeno estudiado. “En el análisis de las formas económicas de nada sirven el microscopio ni los reactivos químicos. El único medio de que disponen este terreno es la capacidad de abstracción”.¹⁸

Sólo recurriendo a la abstracción, prescindiendo de los rasgos secundarios y penetrando en la misma entraña de los fenómenos y procesos, podemos destacar sus perfiles fundamentales y descubrir las leyes que los rigen. La posibilidad de subrayar los trazos fundamentales de los fenómenos y los procesos nos la ofrece la abstracción en el sentido marxista de la palabra, la abstracción que refleja la realidad en lo que tiene de más profundo y establece las leyes y categorías económicas, las cuales, a su vez, no son sino la expresión teórica de las relaciones de producción realmente existentes y en desarrollo.

También los mejores economistas anteriores a Marx, un Adam Smith o un Ricardo, habían empleado en su investigación las abstracciones científicas. Pero no apreciaban la abstracción en todo su fuerza y significación. Muchos de los errores de estos economistas nacían precisamente de su insuficiente “capacidad de abstracción”.

Mediante la *abstracción científica*, Carlos Marx no sólo penetra en la esencia de los fenómenos característicos del modo de producción capitalista, sino que descubre, además, las formas bajo las que esta

¹⁸ C. Marx, “Prólogo”, en *El capital*, t. I, p. XIII.

esencia se manifiesta. Los economistas anteriores al filósofo alemán fracasaron en este empeño. Adam Smith, cuando analiza la esencia de los fenómenos económicos, se limita, no pocas veces, a describirlos. En sus investigaciones, la esencia y el fenómeno aparecen, con harta frecuencia, emparejados, paralelamente y, al mismo tiempo, como independientes la una del otro. Lo cual da pie para que se enfoque contradictoriamente, a veces, el mismo fenómeno. Y en Ricardo sucede lo contrario. Éste tiende, con frecuencia, a confundir, a identificar el fenómeno y la esencia, las formas simples y las complejas. Identifica, por ejemplo, el valor con el costo de producción y la plusvalía con la ganancia. También por este camino se cae en contradicciones y se pierde la noción exacta de la realidad.

El modo materialista de abordar el estudio de los procesos económicos, es decir, el método elaborado y manejado por Marx, entraña el reconocimiento de la *cognoscibilidad de las leyes económicas*. La Economía burguesa clásica contenía ya ciertos elementos científicos que permitían formarse una idea exacta de la realidad. Pero, en los años treinta del siglo XIX, al agudizarse la lucha de clase del proletariado, sonó la campana funeral de la Economía política burguesa. En aquellas condiciones, solamente el portavoz ideológico de la clase obrera, en su obra inmortal, podía llevar a cabo hasta sus últimas consecuencias un análisis verdaderamente profundo y científico de las leyes económicas del capitalismo.

Los economistas anteriores veían en el capitalismo una forma de producción natural, eterna e inmutable. Y asimismo consideraban como inmutables, como algo ajustado a la naturaleza humana, las categorías económicas del régimen de producción capitalista. Era la suya una concepción metafísica. A diferencia de ellos, el filósofo y economista alemán, considera el capitalismo en su proceso de nacimiento y desarrollo. En el posfacio a la segunda edición del tomo I de *El capital* dice su autor que concibe y enfoca todas las formas de desarrollo como formas en movimiento, sorprendiendo también, consiguientemente, los aspectos que marcan en ellas fases de transición.

El desarrollo del capitalismo descansa sobre la profundización de

las contradicciones a él inherentes. Sus antecesores pusieron de relieve, como fenómenos sueltos, algunas de las contradicciones esenciales del capitalismo. Marx hubo de señalar que lo que hay de nuevo o importante en Ricardo se desarrolla en un terreno “abonado” por las contradicciones. Ricardo vio la discordancia de intereses que mediaban entre obreros y capitalistas, entre capitalistas y terratenientes.

A pesar de lo cual ni él ni Smith llegaron a comprender todo el carácter internamente contradictorio que informa los fenómenos de la producción capitalista. La contradicción era suplantada por ellos, muchas veces, por la identidad. Y, al llegar a la Economía política vulgar, esta tendencia a esconder las contradicciones lo invade todo.

Por oposición a los economistas burgueses, Marx parte del principio de que toda relación económica, dentro de la producción mercantil, lleva consigo, inevitablemente, *contradicciones internas*. Y pone al descubierto estas contradicciones, cuya expresión se halla en las categorías económicas.

Los economistas anteriores a Marx veían en el *desarrollo* solamente un crecimiento *cuantitativo*, sin saltos, sin que brotaran en él cualidades nuevas. Ricardo, por ejemplo, tenía conciencia del desarrollo de las fuerzas productivas y abogaba calurosamente en pro de él. Pero, tal como las concebía, las relaciones de producción capitalista eran la forma eterna y natural que las fuerzas productivas estaban llamadas a revestir. No se le pasaba por las mientes la idea de que pudieran existir contradicciones entre unas y otras y de que, al llegar a una determinada etapa, las relaciones de producción hicieran y fueran sustituidas por otras nuevas. Cierto es que este economista comprendió que el descenso de la cuota de ganancia opone una barrera al rápido desarrollo de las fuerzas productivas.

Pero este fenómeno representaba para él algo puramente cuantitativo, y no una relación cualitativa

Antes de Marx, los economistas no se paraban nunca a investigar el contenido cualitativo de las categorías económicas. Nada tiene, pues, de extraño que no acertaran a ver tampoco el nacimiento de las nuevas cualidades y tendieron a reducir todo el proceso de desarrollo

simplemente a cambios cuantitativos. Fue el primero en señalar que el desarrollo presenta una *forma cuantitativa* y *otra cualitativa* y es siempre un proceso de tránsito de los cambios cuantitativos a cambios de cualidad. En carta de 22 de junio de 1867, dice Marx a Engels:

Si lees el final de mi capítulo III, donde se apunta la transformación del maestro artesano en capitalista –como resultado de cambios puramente *cuantitativos*– verás que cito en el texto el descubrimiento de Hegel sobre la *ley del trueque* de los *cambios meramente cuantitativos en cualitativos*, como una ley comprobada también por la historia y por las ciencias naturales.¹⁹

También investiga las características cualitativas que se acusan en las diversas fases de desarrollo de la producción capitalista y que van preparando la destrucción de la cualidad de que se trata y la aparición de otra nueva.

Finalmente, para Marx el desarrollo es un proceso de constante *negación de lo viejo y nacimiento de lo nuevo*. En *El capital* se refleja el curso real de desarrollo de la sociedad. Es –como dice Lenin, en su estudio sobre Carlos Marx– “un desarrollo que al parecer repite etapas ya recorridas, pero que las repite de otro modo, sobre una base más elevada (‘negación de la negación’), un desarrollo, por decirlo así, en espiral y ni en línea recta”.²⁰

Estructura del tomo I de *El capital* y problemas principales tratados en él

En el tomo I de *El capital*, Marx estudia la mercancía y el dinero. El análisis del capitalismo arranca del estudio de la mercancía, porque el capitalismo es la forma superior de la producción mercantil o producción de

¹⁹ *Ibid.*, p. 691.

²⁰ Vladimir I. Lenin, “Carlos Marx”, en *Marx, Engels y el marxismo*. Moscú, Progreso, 1950, p. 16.

mercancías, en la que se convierte en mercancías no sólo el producto del trabajo, sino la fuerza de trabajo misma. La mercancía es, por tanto, la célula económica de la sociedad burguesa. Además, era necesario arrancar de la investigación de las relaciones mercantiles para ajustarse, con ello, a la génesis histórica del capitalismo. En efecto, las relaciones de carácter mercantil precedieron al modo de producción capitalista, que surgió y se desarrolló a base de la producción simple de mercancías.

En el cap. I, investiga los dos factores de la mercancía: el *valor de uso* y el *valor* y señala que la contradicción existente entre estos dos factores obedece al doble carácter del trabajo creador de la mercancía. En este punto, se pone de manifiesto la contradicción de la producción mercantil, la que media entre el trabajo privado y el trabajo social. Marx analiza el desarrollo de la *forma de valor*, explicando con ello la esencia del dinero. Este capítulo termina en el estudio del fenómeno del fetichismo de las relaciones de producción, bajo las condiciones propias de la economía mercantil.

El cap. II trata del proceso del cambio, descubre la esencia de las contradicciones que surgen en él y pone de manifiesto cómo éstas se resuelven en el proceso mismo del cambio. Y, en relación con esto se desentraña el proceso de la aparición del dinero.

En los dos primeros capítulos se analizan la mercancía y el dinero en cuanto expresión materializada, a través de cosas, de las relaciones entre productores de mercancías. En el cap. III se pasa ya a investigar la *circulación mercantil*. Y, en este contexto, se hace una exposición minuciosa de las funciones del dinero y se profundiza en la teoría anteriormente expuesta acerca de su naturaleza.

La circulación de mercancías es el punto de partida del capital, y el dinero, producto final de la circulación mercantil, constituye la forma inicial o primera del capital. He ahí por qué en la sección segunda de la obra estudia Marx la *transformación del dinero en capital*. Es aquí donde comienza la investigación de la *plusvalía*: se pone en manifiesto su esencia y las condiciones en que surge y se caracteriza lo que es la *fuerza de trabajo* en cuanto mercancía. A este propósito, Marx refuta a los teóricos burgueses que buscan en la circulación la fuente de la

ganancia. La fuente de la plusvalía se halla, como demuestra Marx, en la esfera de la producción capitalista.

La producción de la plusvalía es investigada por Marx en la sección tercera. Ésta se consagra al estudio de la producción de la plusvalía absoluta, que constituye, según las palabras de Marx, “la base general sobre que descansa el sistema capitalista y el punto de arranque para la producción de plusvalía relativa”.²¹

La sección tercera abarca cinco capítulos, del v al ix. En el cap. v el autor analiza el *proceso de trabajo* y el *proceso de valorización*, es decir, la incrementación del valor; dicho en otras palabras, explica cómo se opera la producción de plusvalía. Se pone de relieve aquí la contradicción que media entre el proceso de trabajo, considerado como condición de la existencia de la sociedad, y su forma capitalista. Y se hace la crítica de las fundamentales teorías burguesas en torno a la ganancia.

En el cap. vi titulado “Capital constante y capital variable”, se estudia la participación de las diversas partes del capital en el proceso de creación de valor y de plusvalía.

Después de investigar la esencia de la plusvalía, procede a trazar sus rasgos cualitativos. Sobre esto versa el cap. vii, que lleva por epígrafe “La cuota de ganancia”. En él Marx esclarece las características de la *explotación capitalista*, lo que le permite completar la caracterización cualitativa de la plusvalía.

El estudio de la plusvalía lleva al examen de la jornada de trabajo, sus partes y la correlación entre ellas. Es el problema sobre que carea el cap. viii. La sección tercera termina con el análisis de la *cuota* y la *masa de plusvalía* (cap. ix).

En la sección cuarta (“La producción de la plusvalía relativa”) Marx analiza en todos sus aspectos el papel de las relaciones capitalistas de producción, como el más importante factor de desarrollo de las fuerzas productivas. Y, al mismo tiempo, pone de relieve los límites que al desarrollo de estas fuerzas oponen las relaciones de producción del capitalismo.

²¹ C. Marx, *El capital*, t. I, p. 426.

En el cap. X, con que se abre la sección cuarta, se define el concepto de *plusvalía relativa* y se esclarece el papel que ésta desempeña en el *desarrollo de las fuerzas productivas*. En los caps. XI, XII y XIII el autor estudia las tres etapas de desarrollo del capitalismo en la industria: la cooperación, la manufactura y la fábrica. Asimismo, va siguiendo, aquí, el ritmo ascendente de *socialización de la producción*, dentro de los marcos de la propiedad privada capitalista. Se pone de relieve el carácter cíclico de la producción capitalista, se esclarecen las contradicciones y los límites del empleo capitalista de las máquinas y se analiza en todos y cada uno de sus aspectos la acción que la maquinaria, en manos de los capitalistas, ejerce sobre la situación de la clase obrera. En estas páginas, pinta con terribles colores, fieles a la realidad, la pavorosa situación de los obreros bajo las condiciones del capitalismo.

En la sección quinta, titulada “La producción de la plusvalía absoluta y relativa”, examina el *proceso de la producción capitalista considerado en su conjunto*, como unidad de producción de ambas clases de plusvalía.

Se inicia esta sección en el cap. XIV, en el que se señala la unidad y la diferencia entre la *plusvalía absoluta* y la *relativa*, se esclarecen las premisas históricas de la aparición de la plusvalía y se precisa el concepto de *trabajo productivo*.

En cap. XV se consagra a estudiar la correlación entre el *precio de la fuerza de trabajo* y la *magnitud de la plusvalía*. Señala aquí los méritos y las fallas de Ricardo en la investigación de este problema. El último capítulo de esta sección, el XVI, versa sobre las diversas fórmulas en que se expresa la *cuota de plusvalía*. El autor pone de manifiesto las fórmulas acertadas y falsas propuestas por los representantes de la Economía clásica burguesa.

En el tomo I *El capital* ocupa el lugar predominante en la *investigación sobre la plusvalía*. Cuatro de las siete secciones de que consta el tomo (la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta) están dedicadas a este problema. La sexta y la séptima se desprenden de este análisis y descansan sobre él.

En la sección sexta, expone Marx su teoría del *salario*. En el cap. XVII demuestra cómo se disfraza el proceso de producción de plusvalía

mediante la transformación del valor de la fuerza de trabajo en el salario. En los caps. XVIII y XIX, se investigan las dos formas fundamentales del salario, el salario por tiempo y el salario por piezas. Esta sección termina con el estudio de las diferencias nacionales en los salarios (cap. XX).

La sección séptima aborda el proceso de *acumulación del capital*. Mientras que hasta aquí Marx había investigado de qué modo aparece la plusvalía del capital, ahora estudia cómo y por qué caminos nace el capital de la plusvalía. En estas páginas, se pone de manifiesto cómo se producen las relaciones de producción bajo capitalistas y se esclarece la esencia de la reproducción bajo el capitalismo.

Marx comienza por el análisis de la *reproducción simple* (cap. XXI), pasando de aquí a la *reproducción ampliada* (cap. XXII), que, bajo el capitalismo, adopta la forma de acumulación del capital. A la par con ello, entra a criticar a fondo las teorías burguesas sobre este fenómeno. En el cap. XXIII investiga la influencia de la acumulación de capital sobre la suerte de la clase obrera. Analiza el aumento de la *composición orgánica del capital* y aclara la esencia de la *superpoblación relativa*, sus formas y las causas que la provocan. Y, como resumen y conclusión de todo lo anterior, formula y analiza en todos y cada uno de sus aspectos la *ley general de la acumulación capitalista*.

La acumulación capitalista fue precedida en la historia por la acumulación originaria, que constituyó el punto de partida de la producción capitalista. Al estudiar la acumulación originaria del capital se consagra el cap. XXIV del tomo I. En él expone los brutales procedimientos a que se recurrió para despojar de sus medios de producción a los productores directos. Las conclusiones de todo el tomo I de *El capital* se resumen en el apartado 7 que pone término a este capítulo donde el autor enuncia la "tendencia histórica de la acumulación capitalista".²²

El capítulo final del tomo I, el XXV, se extiende sobre la *teoría de la colonización*. El autor de esta teoría, un economista burgués de Inglaterra llamado Wakefield, hablando de las colonias, dejó traslucir, sin querer, en su charlatanería, la verdad sobre las relaciones capitalistas imperantes en

²² *Ibid.*, pp. 647-649.

las metrópolis. Marx desenamora a los economistas burgueses empeñados en ocultar y embellecer la explotación capitalista.

Desarrollo de la teoría del valor

El tomo I de *El capital* desarrolla y ahonda la *teoría marxista del valor*. Las tesis fundamentales de esta teoría habían sido dadas a conocer ya en 1859, en la obra titulada *Contribución a la crítica de la Economía política*. En el prólogo a dicho tomo dice Marx que se limita a resumir aquí el contenido de aquella obra anterior. Era necesario hacerlo así para dar a la exposición mayor cohesión e integridad. Aparte de esto, la exposición misma resulta mejorada, en la versión *El capital*:

Aquí [dice Marx en el citado prólogo] aparecen desarrollados, en la medida en que lo consentía la materia, muchos puntos que allí no hacían más que esbozarse; en cambio, algunas de las cosas que allí se desarrollaban por extenso han quedado reducidas aquí a un simple esquema.²³

En su citada obra, el filósofo alemán distinguía ya entre *el valor*, considerando como cristalización del trabajo abstracto, y *sus formas*. Pero allí todavía daba el valor al nombre tradicional de valor de cambio. En este libro, el análisis gira en torno al valor por antonomasia, al valor sin objetivo alguno.

En esta obra se contiene una teoría desarrollada sobre *la forma del valor*. Analizando la forma simple del valor, Marx descubre las formas relativa y equivalencial, que representan – así los llama él– los dos polos de expresión del valor. Asimismo, investiga aquí, paso a paso y desde los puntos de vista, el desarrollo de la forma del valor, que va desde la forma simple de la forma-dinero. En este primer tomo, el autor va siguiendo en todas sus fases el proceso de desarrollo del cambio, cuyo reflejo teórico es el análisis de la mercancía y el valor.

²³ C. Marx, “Prólogo”, *ibid.*, p. XIII.

Como corresponde el análisis más minucioso del desarrollo de la forma del valor, en *El capital* encontramos también una teoría más detallada acerca del *origen del dinero*.

La idea de que las relaciones de producción entre personas se manifiestan a través de relaciones entre cosas, que aparecen, así, dotadas de propiedades sociales, figuraba ya en la *Contribución a la crítica de la Economía política*. Pero en *El capital* esta tesis se desarrolla y estudia a fondo, en el apartado 4 del cap. I, que lleva por epígrafe “El fetichismo de la mercancía, y su secreto”.

El estudio de la mercancía y el valor constituyen el necesario punto de partida para el análisis de la plusvalía y de las demás categorías del modo capitalista de producción, que es, según veíamos, la forma más desarrollada de la producción mercantil. Fue David Ricardo el primer economista que atisbó la importancia de la teoría del valor-trabajo como base para investigar las demás categorías del capitalismo, y en eso veía Marx el gran relieve histórico del economista ante la ciencia económica. Ricardo se esforzaba en reducir todas las categorías económicas entonces conocidas al valor basado en el trabajo. La teoría ricardiana del valor y su método adolecen, sin embargo, de fallas y defectos achacadas a la limitación burguesa de horizontes de este economista, que le impedían llevar sus posiciones a la últimas y obligadas consecuencias. Y, así, nos encontramos en su doctrina conceptos como los de ganancia, ganancia media y renta de la tierra que contradicen a su teoría del valor.

En el prólogo al tomo II de *El capital*, Engels señala los méritos de Marx como economista y dice para poder investigar lo que es la plusvalía, es decir, el valor excedente, lo primero es un saber qué es el valor. Pregunta a la que filósofo alemán da cumplida y cabal respuesta en los primeros capítulos de su obra magistral.

Un descubrimiento de Marx que reviste especial importancia es el del *doble carácter del trabajo* creador de la mercancía.

Él mismo lo dice en su famosa carta a Engels del 24 de agosto de 1867: “Lo mejor de mi libro es: 1º [en esto descansa toda la comprensión de los hechos] el doble carácter del trabajo, que se pone de relieve ya

en el primer capítulo, según que se exprese en valor de uso o en valor de cambio”.²⁴

Tomando como base el análisis del carácter dual del trabajo, Marx no sólo determinó de un modo nuevo el valor y sus causas, esclareció la necesidad de la forma del valor y la esencia del dinero y descubrió la contradicción que lleva consigo la producción simple de mercancías, sino que investigó, además, otros importantísimos problemas económicos del capitalismo. También demostró que la contradicción entre el proceso del trabajo y el proceso de incrementación del valor no es sino la aparición en el proceso de producción de mercancías de la contradicción existente entre el trabajo concreto y el abstracto. En la teoría del doble carácter del trabajo se apoya, asimismo, para analizar la división del capital en constante y variable.

El análisis del carácter dual del trabajo permite a Marx seguir el proceso de nacimiento y profundización de lo que constituye la contradicción fundamental del capitalismo. Y le ayuda, además, a esclarecer el problema de la acumulación del capital y a refutar el dogma de Adam Smith. A su vez, la investigación de la esencia de la plusvalía y de las formas concretas en que ésta se manifiesta determinó el desarrollo ulterior de la teoría del valor-trabajo y demostró la exactitud de esta teoría. Fue Marx y solamente él quien, en la teoría de la plusvalía, puso de manifiesto que la existencia de la ganancia y de la renta de la tierra no contradicen a la ley del valor basado en el trabajo. Esto no habían podido hacerlo sus antecesores, los economistas burgueses clásicos. Por su parte, los economistas vulgares, en vista de la imposibilidad de explicar la ganancia manteniéndose en la posición de la teoría del valor-trabajo de Ricardo, optaron por abandonar y echar por tierra esta teoría.

La teoría de la plusvalía

El problema central en torno al cual gira el tomo I de *El capital* es la investigación del *proceso de producción de plusvalía*.

²⁴ *Ibid.*, p. 688.

Los gérmenes de la teoría de la plusvalía se contienen ya en los economistas anteriores a Marx. Engels señala en el prólogo al tomo II de esta obra que ya mucho tiempo antes se había advertido la existencia de la parte del valor del producto a que hoy damos el nombre de plusvalía y, con mayor o menor claridad, se enunciaba también en qué consistía, a saber: en los productos del trabajo por lo que quien se los apropiaba no pagaba equivalente alguno. Pero no se pasaba de ahí. Los representantes de la Economía burguesa clásica se limitaban a indagar la proporción cuantitativa en que el producto del trabajo se divide entre el obrero y el capitalista. Los socialistas utópicos, por su parte, encontraban esta división injusta y cavilaban los medios que podrían emplear para acabar con la injusticia.

“Fue entonces [dice Engels] cuando apareció Marx. Y apareció en directa contraposición con todas sus predecesoras. Allí donde éstos veían una *solución*, Marx vio solamente un *problema*. Vio que aquí no se trataba [...] ni de la simple comprobación de un hecho económico corriente, ni del conflicto de este hecho con la eterna justicia y verdadera moral, sino de un hecho que estaba llamando a revolucionar toda economía y que daba –a quien supiera interpretarlo– la clave para comprender toda la producción capitalista”.²⁵

Los economistas anteriores a Marx no apreciaban diferencia alguna entre el trabajo y la fuerza de trabajo. Fue él el primero que descubrió esta diferencia. Y su esclarecimiento encierra una enorme importancia, ya que nos da la clave para comprender el origen de la plusvalía.

Los economistas anteriores al filósofo y economista alemán consideraban que el obrero vende al capitalista su trabajo. De ahí que no acertaran a compaginar el cambio efectuado entre el trabajo y el capital con el concepto del valor basado en el trabajo.

Partiendo del supuesto de que el obrero vende al capitalista su trabajo, necesariamente se llega a la conclusión de que la transacción entre capitalistas y obreros infringe a cada paso la ley del valor, ya que el obrero rinde más trabajo que el materializado en el salario que se le abona.

²⁵ C. Marx, *El capital*, t. II, Trad. de Wenceslao Roce. México, FCE, 1959, p. 19.

Por otra parte, si se parte del supuesto de que el capitalista paga íntegramente el trabajo de los obreros, es decir, de que la transacción que se efectúa entre trabajo y capital es un cambio de equivalentes, es evidente que la ganancia no puede nacer del trabajo. A base de este supuesto, todo el trabajo sería trabajo retribuido. Lo cual se halla también en contradicción con la teoría del valor basado en el trabajo, según la cual es el trabajo la única fuente del valor, y el salario y la ganancia constituyen, sencillamente, dos partes del valor extraído del trabajo. Fue esta la primera contradicción contra la que se estrelló y se vino a tierra la teoría del valor y de la plusvalía de Ricardo.

Pues bien, Marx resolvió brillantemente esta contradicción. Puso de manifiesto que el obrero vende al capitalismo, no el trabajo, sino la fuerza de trabajo, es decir, su capacidad para trabajar. El capitalista paga con el salario la fuerza de trabajo, es decir, su capacidad para trabajar. El capitalista paga con el salario la fuerza de trabajo comprada por él, lo que le da derecho a consumir esta mercancía. Y, al consumirla, resulta que la fuerza de trabajo rinde más valor del que pagó por ella al obrero. El excedente constituye precisamente la plusvalía, que *El capitalista* se apropia gratuitamente.

Y todo esto, según pone de relieve Marx, ocurre sin que se atente para nada contra la ley del valor; antes bien, al amparo de esta ley. Y lo expresa así: “Y todas las condiciones del problema se han resuelto sin infringir en lo más mínimo las leyes del cambio de mercancías. Se ha cambiado un equivalente por otro”.²⁶

En la operación de compra-venta de la fuerza de trabajo, capitalista y obrero actúan como poseedores de mercancías libres e iguales en derechos. Así se presentan las cosas, en apariencia. Pero, en el curso de su investigación, Marx pone al descubierto el verdadero carácter de las relaciones existentes entre el capitalista y el obrero.

Antes que él, nadie se preguntaba por el origen de la plusvalía. Ese problema ni siquiera se planteaba. Aquellos economistas veían en la plusvalía (que ellos llamaban ganancia) algo inherente por su virtud

²⁶ C. Marx, *El capital*, t. I, p. 145.

intrínseca al régimen capitalista de producción, al que consideraban –para decirlo una vez más– como un régimen eterno y natural.

Tomemos al mejor de los economistas anteriores a Marx, a David Ricardo. Según éste, la causa determinante de la ganancia y de sus cambios era la productividad del trabajo. De la productividad del trabajo dependen, a juicio suyo, el valor de los medios de vida y también, por consiguiente, el salario. Y de la magnitud del salario depende, a su vez, la ganancia. Por donde la productividad del trabajo influye en la ganancia, a través del salario. Pero, cuando habla de la productividad del trabajo, Ricardo no busca en este factor precisamente la causa que explica la existencia de la plusvalía, sino solamente la causa a que obedece su cuantía, su magnitud.

Algunos de los seguidores de Ricardo alcanzaron a expresarse con mayor precisión, declarando que la causa de la ganancia estriba en que el trabajo produce más de lo necesario para su sustento. Pero ni él ni la escuela ricardiana llegaron a plantearse siquiera el problema de por qué la productividad del trabajo, en vez de ser fuente de ganancias, no enriquecían al mismo productor, de por qué el obrero tiene que limitarse a percibir lo estrictamente indispensable para su subsistencia. “Un cierto instinto les decía a aquellos economistas burgueses que era demasiado peligroso ahondar demasiado en el candente problema de los orígenes de la plusvalía”,²⁷ señala irónicamente Marx.

Marx es el primero que investiga el *proceso de la producción de plusvalía*. Descubre el doble carácter de la producción capitalista, que es, a un tiempo mismo, un *proceso de trabajo* y un *proceso de valorización* o incrementación de valor. Con ello, pone de relieve el carácter propio y específico de la producción capitalista, que los economistas burgueses no habían acertado a ver. Con su división del capital en constante y variable, ilumina y contribuye poderosamente a esclarecer el proceso de producción de la plusvalía.

Los economistas burgueses no habían sabido abstraer el *concepto general de la plusvalía* de las formas concretas bajo las que se presenta

²⁷ *Ibid.*, p. 423.

en la esfera de la distribución. Unos economistas (Petty y los fisiócratas) reducían la plusvalía a la renta de la tierra, otros (Adam Smith) a la ganancia y la renta, otros (Ricardo) a la ganancia media. Carlos Marx fue el primero que, mediante la abstracción, descubrió y formuló el concepto general de la plusvalía, por encima de las formas concretas que ocultan y disfrazan su esencia.

En la ya citada carta a Engels de 24 de agosto de 1867, señala que lo mejor de su libro, además de la investigación del doble valor del trabajo, es “el estudio de la *plusvalía independientemente de sus formas específicas*, como son la ganancia, el interés, la renta del suelo, etcétera. El modo como la Economía clásica estudia las formas específicas, confundíendolas constantemente con la forma general, es una olla podrida”.²⁵

Ricardo identifica la *ganancia* unas veces con la *plusvalía* y otras veces con la *ganancia media*, lo que origina en él una gran confusión de conceptos. Este autor sienta, por ejemplo, la hipótesis de que la ganancia tiende a descender a medida que se desarrolla la sociedad. En realidad, la tendencia al descanso se acusa en la cuota media de ganancia. Pero no ocurre así, en modo alguno, en lo que se refiere a la *cuota* y la *masa de plusvalía*, ni tampoco, por consiguiente, en lo tocante a la *masa de ganancia*.

La investigación de la plusvalía, como entidad general, independientemente de sus formas específicas, permitió a Marx desentrañar en todos y cada uno de sus aspectos el origen de la plusvalía, poner al descubierto la fuente común de que manan todos los ingresos de los capitalistas y los terratenientes. En la plusvalía en cuanto tal el filósofo alemán descubrió el secreto de la explotación capitalista y puso al desnudo las características propias y específicas de este tipo de explotación. Los economistas anteriores al autor de *El capital* se habían interesado solamente por la magnitud de la plusvalía. Fue éste el primero que analizó la plusvalía misma como uno de los rasgos fundamentales, como la médula de la producción capitalista y trazó su fisonomía cualitativa.

²⁵ *Ibid.*, p. 688.

Pero, además, estudió y caracterizó la fisonomía cuantitativa de la plusvalía, estableciendo para ello nuevas categorías, a saber: la cuota de plusvalía, la masa de plusvalía y el grado de explotación. Estudió las relaciones entre estos conceptos y fijó diversas fórmulas para expresar la norma y la masa de la plusvalía.

Todo esto es, como el concepto central de la plusvalía, una aportación totalmente nueva y original, desconocida de sus predecesores.

Analizando el origen de la plusvalía, descubrió e investigó la *plusvalía absoluta* y la *relativa*. En su teoría de la ganancia, Ricardo hablaba ya, de hecho, de la plusvalía relativa. Según él, la única fuente de incrementación de la ganancia era el aumento de la productividad del trabajo. Pero, Marx pone de manifiesto que la plusvalía puede acrecentarse también mediante la prolongación de la jornada de trabajo y la elevación de la intensidad de éste. Haciendo caso omiso de la plusvalía absoluta, los economistas anteriores a Marx perdían de vista lo que constituye la base general sobre la que descansa el sistema capitalista y el punto de partida para la formación de la plusvalía.

En su análisis de la plusvalía relativa, resolvió por vez primera la contradicción contra la que se estrellaban los mejores economistas anteriores a él. ¿Cómo es posible –se preguntaban éstos, cayendo en la contradicción a que nos referimos– que el capitalista, interesado como se halla en aumentar el valor de cambio de sus mercancías, de hecho, lo haga descender? Marx explica que, al disminuir el valor de las mercancías, desciende también el valor de la fuerza de trabajo, lo que determina el crecimiento de la plusvalía. De donde se desprende que la plusvalía relativa es directamente proporcional a la capacidad productiva del trabajo.

Después de haber examinado desde todos los puntos de vista la plusvalía absoluta relativa, Marx señala la función y el comportamiento de cada una de ellas en las diversas etapas del capitalismo.

Nadie, antes que el filósofo y economista alemán, había sabido ver, ni por asomo, en la producción de la plusvalía la ley general que informa el nacimiento, el desarrollo y el hundimiento del régimen capitalista.

Marx puso de manifiesto que la producción de plusvalía constituye la ley absoluta del capitalismo. El hombre de plusvalía, el afán

por obtener y amasar plusvalía es el acicate y el resorte propulsor que mueve el desarrollo de las fuerzas productivas, bajo *El capitalismo*. “La producción de plusvalía, la obtención de lucro: tal es la ley absoluta de este sistema de producción”.²⁹ La ley de la plusvalía, acicateada por la competencia, propulsa el desarrollo de las fuerzas productivas, impulsa la socialización de la producción y refuerza la explotación de la clase obrera.

En el primer tomo *El capital* se descubren e investigan tres etapas históricas de desarrollo del capitalismo: la *cooperación*, la *manufactura* y la *fábrica*. La cooperación capitalista simple aparece estudiada por vez primera aquí. Marx es también el primero que señala los rasgos generales y las diferencias entre la división del trabajo en el seno de la sociedad y dentro de la manufactura. Adam Smith, que había dedicado gran atención a estudiar este problema, confundía e involucraba constantemente estos dos tipos de división del trabajo. Según señala el autor de esta obra la diferencia entre ellos estriba en la diferencia que existe en cuanto a las formas de relación entre los hombres, en cuanto a los métodos seguidos para la distribución del trabajo y en cuanto a las distintas premisas económicas necesarias para el establecimiento de esos métodos. Marx llega a la conclusión de que, bajo el capitalismo en el que existen los dos tipos de división del trabajo, la anarquía de la producción en la sociedad coexiste con la vigencia de proporciones rigurosamente establecidas dentro de la manufactura.

Al llegar el régimen capitalista a una determinada etapa de desarrollo, la manufactura es sustituida por la fábrica. Surge la gran producción industrial a base de maquinaria. Marx fue el primero que definió científicamente la máquina e investigó los límites con que tropieza el empleo de máquinas por el capitalismo y las contradicciones inherentes a la producción capitalista maquinada. Y demuestra que al aumentar la maquinaria en la producción empeora la situación de la clase obrera, a la par que refuta las necesidades de los economistas burgueses cerca de las compensaciones ofrecidas a los obreros desalojados por las máquinas.

²⁹ *Ibid.*, p. 522.

Tomando como base la investigación de la plusvalía, puso de manifiesto, por vez primera, cómo se van creando las premisas materiales y los factores subjetivos para la *revolución socialista*, cómo surge y se ahonda la contradicción fundamental del capitalismo. Nadie antes de él había formulado, y mucho menos analizado a fondo, esta contradicción, basada en la que media entre el carácter social de la producción y el carácter privado, capitalista, de la apropiación.

En esta fundamental contradicción, sobre la que descansan las *contradicciones* todas del capitalismo, no habían llegado a penetrar los economistas anteriores al filósofo alemán, ni los representantes de la Economía burguesa clásica ni los economistas pequeñoburgueses o los socialistas utópicos. Su mirada se detenía en la superficie y sólo llegaba a percibir diversas contradicciones sueltas y aisladas.

El estudio de la producción de plusvalía sirvió a Marx de hilo conductor para indagar otros importantes problemas del capitalismo. Así, fue él el primero que abordó el problema de la jornada de trabajo. Para los economistas burgueses este problema ni siquiera existían, ya que consideraban la *jornada de trabajo* simplemente como un determinado número de horas de labor. Puso de manifiesto que la jornada de trabajo, aun formando una unidad, se divide en dos partes completamente distintas –la parte del trabajo necesario y la del *plustrabajo* o *trabajo adicional*–, cada una de las cuales se regula de un modo muy diferente. La distinción entre las dos partes de la jornada es verdaderamente fundamental, pues, según demuestra Marx, en la relación entre el tiempo de trabajo necesario y el tiempo de trabajo adicional se manifiesta el antagonismo de intereses entre obreros y capitalistas. Se explica, pues, que en *El capital* se investiguen a fondo estas dos categorías fundamentales distintas de trabajo.

Además de descubrir el secreto de la explotación capitalista, pone de manifiesto cómo se esconde y disfraza esta explotación. Una de las formas que adopta este disfraz es el *salario*.

Los economistas anteriores a Marx consideraban el salario como el precio del trabajo. Visto en apariencia, es decir, deteniéndose en la superficie de los fenómenos de la sociedad capitalista, el salario se

presenta, en efecto, como el precio del trabajo y el trabajo del obrero parece, en su integridad, trabajo retribuido. Pero, en la realidad, las cosas son muy distintas. El filósofo alemán descubrió que el trabajo no posee un valor ni es una mercancía. La mercancía, lo que se compra y vende, no es el trabajo mismo, sino la fuerza de trabajo. El salario es, por tanto, la forma transfigurada de valor y el precio de la fuerza de trabajo. Y lo que en realidad paga el capitalista, tal como lo demuestra Marx, no es el trabajo íntegro del obrero, sino solamente una parte de él. Quien por vez primera introduce en la Economía política el término de “forma transfigurada”, que le sirve para poner de manifiesto una de las formas, la más importante, bajo las que se disfraza la explotación capitalista. Los economistas burgueses no mantuvieron ni podían llegar a mantener una doctrina como ésta, ya que, según dice Marx a Engels en una de sus cartas a propósito *El capital*, en la mente de estos economistas “sólo se refleja directamente la *forma de manufactura* las relaciones, pero no los *nexos internos* entre ellos”.

La teoría del capital

El análisis del capital había sido iniciado ya por los economistas anteriores a Marx, por los fisiócratas, Adam Smith y David Ricardo. Pero, todos ellos identificaban el capital con las cosas, con los medios de producción, con el dinero. Marx hizo saber, ya desde sus primeros escritos, que el capital no es una cosa, sino una relación social, una relación de explotación de los obreros asalariados por los propietarios de los medios de producción. Con su teoría de la plusvalía, Marx descubrió el secreto de la explotación capitalista. Y, a la par con ella, desarrolló la teoría del capital.

En su estudio del proceso de producción de plusvalía, puso de manifiesto que los diversos elementos del capital ejercen una función diferente en la creación del valor. Los medios de producción no crean ni pueden crear valor nuevo. Su valor se trasfiere simplemente al nuevo producto por la noción del trabajo vivo concreto que los maneja y elabora. A diferencia de lo que ocurre con la fuerza de trabajo o mano de

obra, cuyo empleo en el proceso de producción repone el valor de ella misma y crea un valor adicional, la plusvalía. Marx da una definición precisa de la función que las diversas partes del capital desempeñan en el proceso de creación del valor y establece la división del capital. División a que no habían llegado ni podía llegar los economistas anteriores, ya que estos no entraban a analizar la fuente de la plusvalía ni esclarecían la esencia del capital. Distinguían solamente dos clases de capital, el fijo y el circulante, pero también en este punto adolecían de grandes fallas.

Marx investiga desde todos los puntos de vista la relación entre el capital constante y el variable en el proceso de acumulación del capital. E introduce, en relación con esto, tres nuevos conceptos, que caracterizan la estructura del capital: la composición del capital en cuanto al valor, la composición técnica y la composición orgánica del capital.

Especial importancia tiene la composición orgánica del capital. En ella se reflejan los cambios operados en las fuerzas productivas de la sociedad capitalista, así como también la agudización de las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones capitalistas de producción.

Los economistas anteriores a Marx, particularmente Adam Smith, presentaban la acumulación simplemente como el consumo o la utilización del producto adicional creado por los obreros. Esta manera errónea de concebir la acumulación por parte de Smith y sus continuadores daba pie para su falsa idea de que la demanda de fuerza de trabajo aumentaba proporcionalmente al incremento de la acumulación. De donde Adam Smith llegaba a la no menos errónea conclusión de que los salarios subían a medida que se iba acumulando el capital. Pero, en realidad, según demostró Marx, la plusvalía se divide entre las dos partes del capital, el constante y el variable.

Marx investiga detalladamente la influencia que la acumulación del capital ejerce sobre la situación de los obreros. Y pone de manifiesto que los límites del salario vienen dados por la misma acumulación. En términos matemáticos podría decirse, observa Marx, que la magnitud

de la acumulación es una magnitud independiente y variable, mientras que la magnitud del salario constituye una magnitud subordinada a otra.

A medida que crece la composición orgánica del capital, en consonancia con el desarrollo de las fuerzas productivas, la demanda de trabajo aumenta en menor medida que la acumulación. Y cuanto más rápidamente crece la composición orgánica del capital menor es la demanda de trabajo complementario.

Marx llega, asimismo, a la conclusión de que al aumento de la composición orgánica del capital lleva aparejadas la *concentración y centralización de capitales*, que, a su vez, conducen al fortalecimiento de la producción capitalista y a la concentración del poder sobre ella en manos de un puñado de magnates del capital. El capital, al fortalecerse, manifiesta una demanda menor de mano de obra, lo que provoca una superpoblación relativa. De este modo, por primera vez en la historia de la ciencia económica, Marx descubre las causas de la desocupación obrera y demuestra que ésta constituye, bajo el capitalismo, un fenómeno inevitable.

Los socialistas utópicos y los economistas pequeñoburgueses, los primeros críticos del capitalismo, habían señalado ya el empobrecimiento de las masas trabajadoras, la existencia de la *desocupación obrera* y el enriquecimiento cada vez mayor de los capitalistas. Pero no acertaban a razonar científicamente, teóricamente, el porqué de estos fenómenos; no veían ni comprendían que estos hechos respondían a una ley económica objetiva, a la ley general de la acumulación capitalista. Esta ley fue descubierta por Marx. Las tesis generales de dicha ley habían sido expuestas ya por él en las conferencias pronunciadas en 1847 en la Asociación Obrera alemana de Bruselas y publicadas más tarde bajo el título de "Trabajo asalariado y capital".³⁰ La ley general de la acumulación capitalista aparece formulada y desarrollada en el cap. XXIII del tomo I *El capital*.

A continuación, Marx investiga la que él llama *acumulación originaria*, que histórica y lógicamente precede a la acumulación

³⁰ C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, t. I, pp. 57-91.

capitalista. Los economistas burgueses o bien negaban en general la acumulación originaria, considerando al capitalismo como un régimen de producción eterno, que venía existiendo desde siempre, o bien atribuían esta acumulación originaria del capital, al revelar el proceso de expropiación de los productores directos y la consiguiente transformación de los medios de producción en capital. En este estudio, se destaca el papel desempeñado por la violencia y por el estado en el proceso de la acumulación originaria. La verdadera realidad de este proceso nada tiene que ver con la pintura idílica que de estos hechos solían trazar los economistas burgueses. La verdad es que, como dice Marx, *El capital* viene al mundo chorreando sangre y fango por todos sus poros. El recuerdo de la expropiación de los pequeños productores “ha quedado inscrito en los anales de la historia con trazos indelebles de sangre y fuego”.³¹

En las investigaciones sobre el capital tiene una importancia grande el análisis de la *reproducción* y la *reproducción ampliada*.

Marx pone de manifiesto, por vez primera en la historia de la Economía, que la reproducción no se limita, en modo alguno, a reproducir el producto social, sino que reproduce también las relaciones sociales y la fuerza de trabajo.

En su análisis de la reproducción capitalista ampliada, Marx señala cómo las leyes de la propiedad inherentes a la reproducción simple de mercancías se convierten en las leyes de la apropiación capitalista. Originariamente, en la economía mercantil simple, el derecho de propiedad funciona como un derecho basado en el trabajo personal. Pero, bajo el capitalismo nos encontramos con que la propiedad es, para el capitalista, el derecho a apropiarse el trabajo ajeno no retribuido, mientras que para el obrero significa la imposibilidad de hacer suyo el producto de su trabajo. Marx establece que el modo capitalista de apropiación no nace de la infracción de las leyes de la producción mercantil, sino que surge, por el contrario, a base de ellas. El cambio entre obreros y capitalistas se opera teniendo como fundamento la ley del valor, como

³¹ C. Marx, *El capital*, t. 1, p. 609.

ya había sostenido Marx en la sección segunda del tomo I *El capital*. Y en esta misma sección subraya que el consumo de la fuerza de trabajo pertenece al capitalista, lo mismo que el consumo de cualquier mercancía comprada pertenece a su comprador, por lo cual el producto del trabajo de los obreros pasa a ser propiedad del capitalista. Además, esta relación entre obrero y capitalista se reproduce constantemente. “De este modo [concluye Marx] el *divorcio entre la propiedad y el trabajo* se convierte en consecuencia obligada de una ley que parecía basarse en la identidad de estos dos factores”.³²

Marx pone al desnudo el *irreductible antagonismo de intereses entre obreros y capitalistas*. Ya David Ricardo había señalado la contraposición de intereses existentes entre dichas dos clases. Pero, según él, la contraposición se daba solamente en la esfera de la distribución del producto creado y no radicaba en las relaciones sociales, sino en la decreciente fertilidad de la tierra y en el aumento de la población. Fue el primero que descubrió la base económica de la lucha de clases y puso de relieve el irreconciliable conflicto de intereses entre obreros y capitalistas. Con ello, anotó un golpe demoledor a las teorías burguesas sobre la armonía de clases en el seno de la sociedad burguesa y sobre la posibilidad de que el capitalismo, por su propio impulso, se transformara pacíficamente en socialismo.

La convicción de la necesidad de la *dictadura de la clase obrera* para la construcción del socialismo data ya, en Marx, de la década del cuarenta. Esta convicción encuentra su fundamentación científica en *El capital*, en la teoría de la plusvalía y en la ley general de la acumulación capitalista.

He aquí las palabras categóricas e inmortales de Marx, en una de las últimas páginas del cap. XXIV de *El capital*:

El monopolio del capital se convierte en grillete del régimen de producción que ha crecido con él bajo él. La centralización de los medios

³² *Ibid.*, p. 492.

de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Ésta salta hecha añicos. *Ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.*³³

La fuerza capaz de realizar esta expropiación y que la lleva a cabo es la clase obrera, como lo señala. A la par con el incremento de la socialización de la producción pertenecientes en propiedad a un puñado de capitalistas, crecen la opresión y la miseria, pero también la indignación y la pujanza de la clase obrera. Ésta aprende, se une y se organiza por el mecanismo del propio proceso de la producción capitalista. Y la misión de la clase obrera estriba en convertir la propiedad privada capitalista en propiedad social, en expropiar el puñado de usurpadores de las riquezas de la sociedad.

El capital es una obra profundamente polémica. Marx forjó y desarrolló su doctrina en inalcanzable lucha contra las teorías burguesas y pequeñoburguesas. En el tomo 1 de dicha obra, encontramos una profunda caracterización crítica de la Economía burguesa clásica.

La teoría de Adam Smith se estudiaba, aquí, en relación con el análisis de la acumulación del capital, a propósito de la división del trabajo en la manufactura y de otros problemas. En las notas que figuran al pie de las páginas, Marx cita con frecuencia a Ricardo, Turgot y otros representantes de la Economía clásica burguesa.

En todos los problemas fundamentales, critica las concepciones de los economistas burgueses vulgares. Examina y fustiga, por ejemplo, la teoría del “fondo de trabajo”, la teoría de la “hora final” de Senier, la teoría de la “abstinencia”, etcétera; también se refiere constantemente a Say, a Roscher, a MacCullech y a otros autores por el estilo, desenmas-carando sus elucubraciones apoloéticas.

El tomo 1 de *El capital* contiene muchas valiosas digresiones sobre las *sociedades precapitalistas* y destaca, de pasada, algunos rasgos del modo de producción socialista. Por ejemplo, en el apartado en que habla

³³ *Ibid.*, cap. XXIV, pp. 648-649.

del fetichismo de la mercancía, Marx traza una estampa de la economía campesina patriarcal bajo las condiciones del modo de producción antiguo. En el capítulo VIII, en el apartado que lleva por título “Fabricante y boyardo”, caracteriza la esencia de la explotación bajo las condiciones del feudalismo. En una nota del capítulo IV, se detiene a examinar algunas de las características de la explotación en la sociedad esclavista. Marx se refiere, en un pasaje bellísimo de su obra³⁴ a la asociación de obreros libres que trabajan con medios colectivos de producción y con arreglo a un plan; es decir, adentro de un régimen socialista. Todo el producto del trabajo constituye, aquí, un producto social. Y pone de manifiesto cómo, en principio, se distribuye el producto, en estas condiciones. Las relaciones de los hombres con respecto a los productos de su trabajo –dice– son, aquí, claras y transparentes, así en la tocante a la producción como en lo que se refiere a la distribución.

En el tomo I de su obra maestra el autor señala cómo la abolición de la forma de producción capitalista permitirá limitar la jornada de trabajo al trabajo necesario. Pero las marcas del trabajo necesario se enunciarán inevitablemente, al abolirse el capitalismo, ya que aumentarán las necesidades de vida del obrero y, además, en el socialismo, habrá que sumar el trabajo necesario al trabajo destinado a formar el fondo social de reserva y el fondo de acumulación.³⁵

Tenía mucha razón Carlos Marx cuando, en carta a su amigo Johana Becker escrita el 17 de abril de 1857, a raíz de la aparición del primer tomo de *El capital* y refiriéndose a la significación revolucionaria de este libro, le decía: “No creo que se haya dispersado ningún proyectil tan mortífero como este contra la cabeza de la burguesía (sin excluir tampoco a los terratenientes)”.

³⁴ *Ibid.*, t. I, cap. I, p. 43.

³⁵ *Ibid.*, p. 443.

EL TOMO II DE *EL CAPITAL*¹

“En el primer tomo de *El capital* [dice Rosa Luxemburgo, en las páginas escritas por ella para la biografía de Marx por Mehring], Marx se enfrenta con el problema cardinal de la Economía política: ¿de dónde brota la riqueza? ¿cuál es la fuente de la ganancia?”² Pero:

[...] el capitalista necesita [...] vender las mercancías paridas por el obrero asalariado, con la plusvalía que encierran. Necesita sacar de los almacenes y graneros las mercancías y lanzarlas al mercado; de las oficinas de su fábrica, el capitalista se traslada a la Bolsa, y de aquí al mostrador de la tienda, y nosotros con él, siguiéndole los pasos.³

Es este el dominio en que el capitalista realiza hace efectiva la plusvalía (ilegible) como se ha visto en el tomo I. El libro segundo, encuadrado en este volumen, lleva como epígrafe “El proceso de circulación del capital”. El enunciado del primero era “El proceso de producción del capital”.

Marx, cuya muerte sobrevino el 14 de marzo de 1883, no alcanzó a dar su redacción definitiva a los tomos II y III de su obra maestra. Esta labor y esta grave responsabilidad corrieron a cargo de su gran compañero de luchas, cofundador de su teoría y cofundador firme de su obra, Federico Engels.

El tomo II de *El capital* fue publicado por Engels en 1885.

En la introducción al tomo III, Marx resume en muy pocas palabras el contenido de los dos tomos anteriores:

¹ CEMOS. Colección Wenceslao Roces. Serie B. Carpeta 59. Documento WR.CARP59.004.

² Carlos Marx, *El capital*, t. I. Trad. de Wenceslao Roces. México, FCE, 1946, pp. 392 y ss.

³ C. Marx, *El capital*, t. II. 2a. ed. Trad. de Wenceslao Roces. México, FCE, 1959.

En el libro I [dice] se investigaron los fenómenos que ofrece el *proceso de producción* capitalista, considerado de por sí, como proceso directo de producción, prescindiendo por el momento de todas las influencias secundarias provenientes de causas extrañas a él. Pero este proceso directo de producción no llena toda la órbita de vida del capital. En el mundo de la realidad aparece completado por el *proceso de circulación*, sobre el que versaron las investigaciones del libro II.⁴

El proceso de la circulación, en ciertos aspectos, no es ajeno al proceso de la producción. Marx se refiere a él en el tomo I, cuando habla de la circulación mercantil simple, que es la de las mercancías y el dinero y al analizar la conversión del dinero en capital. Para adquirir sus medios de producción y comprar la fuerza de trabajo, es decir, para producir, el capitalista necesita acudir a la esfera de la circulación. Pero lo que de la circulación se dice en el tomo I tiene solamente carácter auxiliar, para poder comprender el proceso de la producción. De ahí que, según señala el propio Marx en el cap. I del tomo II, no se examinarán en el primer volumen “las diversas formas que reviste el capital en sus distintas fases y que unas veces asume y otra abandona en sus repetidos ciclos”. Estas formas son cabalmente las que se investigan de cerca en el tomo II y, a la par y a tono con esto, las funciones especiales que el capital desempeña bajo cada una de ellas.

Como es natural, el estudio de la circulación del capital descansa sobre el análisis de la producción capitalista realizado en el tomo I. El examen de la circulación del capital presupone, lógicamente, el conocimiento de su naturaleza, de su esencia. El estudio sobre la investigación del capital viene a completar el análisis de la producción, a concretar y desarrollar la teoría de la plusvalía y el conocimiento de las contradicciones del capitalismo.

Producción y circulación se hallan relacionadas entre sí, como procesos unidos y, al mismo tiempo, diferentes. Marx resuelve acertadamente este problema, en el que habían fracasado los economistas

⁴ C. Marx, *El capital*, t. III. 2ª. ed. Trad. de Wenceslao Roces. México, FCE, 1972, p. 45.

anteriores a él. Los *mercantilistas* se ceñían exclusivamente al estudio de la circulación, ya que, según ellos, la fuente de la riqueza se hallaba en el comercio exterior, y no en la esfera de la producción. Los *fisiócratas* tuvieron el mérito de centrar la investigación del problema del origen de la riqueza en el terreno de la producción material. La circulación, según ellos comprendieron certeramente, se limita a realizar y distribuir la riqueza ya creada. Sin embargo, los autores de la tendencia fisiocrática no supieron descubrir los verdaderos nexos existentes entre la producción y circulación, cosa explicable, ya que tomaban como base la agricultura, es decir, aquella rama de producción que, como Marx dice, puede estudiarse por separado, al margen de todo vínculo con la circulación.

Por su parte, Adam Smith y Ricardo, que investigaron la producción capitalista en todos y cada uno de sus aspectos, no dieron un solo paso de avance con respecto a los fisiócratas en lo relacionado con la circulación.

Para ellos, la circulación era una esfera en que se movía e incrementaba el capital, ni más ni menos que la producción. Los representantes de la Economía política burguesa clásica, confundiendo la apariencia con la realidad, sostenían que el capital rendía beneficios por igual en ambos campos, el de la producción y el de la circulación. De ahí que no pudieran comprender ni la acción determinante de la producción sobre la circulación ni la diferencia entre una y otra. Y no digamos la *Economía política vulgar*, sucesora de los clásicos, la cual, haciendo caso omiso de la producción y de su estudio, colocaba en lugar predominante la circulación, el campo en el que la esencia de los fenómenos del capitalismo reviste una forma transfigurada, enmascarada.

Marx pone de manifiesto cómo la producción capitalista condiciona y determina la circulación y cómo existe una relación de unidad entre las dos esferas de la reproducción. Pero, al mismo tiempo, señala y explica las diferencias que median entre una y otra. La más importante de todas consiste en que mientras que el proceso de producción crea el valor y la plusvalía, la circulación se limita a cambiar la forma social del capital y a realizar el valor creado.

Partiendo de aquí, define de un modo totalmente nuevo la esencia de la circulación. Sus antecesores, como sabemos, identificaban el capi-

tal con las cosas, principalmente con los medios de producción, lo que les llevaba a ver en la circulación simplemente el desplazamiento de estas cosas en el espacio, con el consiguiente cambio de propietarios. Marx revoluciona la economía, al demostrar que el capital constituye, en realidad, una determinada relación social de clase, establecida por medio de las cosas. Y la circulación no es otra cosa que el cambio de las formas sociales propias de esta relación de clase.

Otra diferencia, esencial que los economistas anteriores a él no llegaron a comprender y que éste esclarece es la que media entre dos tipos fundamentales distintos de circulación: la circulación mercantil simple y la capitalista.

En el campo de la circulación, ni más ni menos que en el de la producción capitalista, se enfrentan y contraponen dos clases antagónicas: obreros y capitalistas. Nota específica de la circulación capitalista es el hecho de que la fuerza de trabajo interviene como una mercancía. Y el factor determinante de esto hay que buscarlo en la producción y no en la circulación como tal.

En el cap. I del tomo II leemos:

El dinero funcionaba ya desde mucho antes [es decir, con anterioridad a la llamada economía pecuniaria] como comprador de los que se llama servicios, sin que por ello se convirtiese en el capital-dinero y sin (falta) por tanto, se transformase el carácter general de la economía.⁵

Para que la fuerza de trabajo pueda comprarse y venderse hace falta que su poseedor, al trabajador, le sean arrancados los medios de vida y los medios de trabajo, para convertirlos en propiedad ajena, lo que presupone, que es natural, un determinado régimen de producción. Al convertirse el trabajo en trabajo asalariado, los productos del trabajo no circulan ya simplemente como mercancías y dinero, sino como determinadas formas del capital. Es decir, la circulación mercantil simple se ha convertido, así, en circulación capitalista.

⁵ C. Marx, *El capital*, t. II, cap. I, p. 31.

Las tres secciones en que se divide el tomo II son: 1) “Las metamorfosis del capital y su ciclo”; 2) “La rotación del capital”, 3) “La reproducción y circulación del capital en conjunto”.

La sección primera versa sobre el movimiento del capital individual. En ella vemos cómo el valor-capital invertido por el capitalista cambia su forma pecuniaria por la del capital productivo y capital-mercancías. De aquí pasa Marx a investigar el ciclo recorrido por el capital-dinero, que es, teórica e históricamente, el punto de partida de la producción capitalista. Además, el ciclo del capital-dinero constituyen la forma más clara más diáfana en que se acusa lo que es la meta y el móvil propulsor del capital: la incrementación del valor. El examen de esta forma del ciclo nos ofrece, por tanto, la base para llegar a comprender las restantes formas del ciclo del capital. En esta sección, la primera del tomo II, Marx define lo que es el capital industrial y estudia el tiempo de circulación y los gastos de ésta.

En la sección segunda, analiza y el autor lo que llama la rotación del capital. “El ciclo del capital, considerado no como un fenómeno aislado, sino como un proceso periódico, se llama su “rotación”.⁶

De los once capítulos que forman esta sección cuatro se dedican a estudiar el papel que desempeñan en la circulación del capital fijo y el capital circulante. En uno de ellos el autor examina críticamente las ideas de los economistas burgueses acerca de este problema.

Pasa a investigar después, minuciosamente, la rotación del capital variable, dedicando a ello un capítulo especial, por la serie de peculiaridades que presenta esta parte del capital circulante.

Un capítulo, el XVII, sobre “la circulación de la plusvalía” pone fin a las investigaciones sobre la rotación del capital, objeto de esta sección. Los dos apartados de que consta este capítulo corresponden a cada una de las dos formas de movimiento de la circulación de plusvalía en la reproducción simple y en la ampliada. Aquí estudia cómo el ritmo de la rotación del capital influye en la circulación de la plusvalía y plantea, además, el problema de las fuentes del dinero necesario para la formación del plusproducto o producto adicional.

⁶ *Ibid.*, p. 138.

La sección tercera versa sobre la reproducción de todo el capital social, es decir, del capital social visto en conjunto. Después de plantear el problema, Marx entra a analizar críticamente las ideas de los economistas anteriores (fisiócratas, Adam Smith, David Ricardo y otros) en torno a este tema.

Enseguida, estudió la reproducción y la circulación de todo el capital social, bajo las condiciones de la reproducción simple, ya que sin ello no era posible desentrañar las leyes fundamentales que presiden el movimiento del capital social. Es justificado el que se haga, aquí, caso omiso de la acumulación, ya que la reproducción simple constituye la parte más importante y la base de la reproducción ampliada. Como subraya, las principales dificultades con que se tropieza en el estudio de estos problemas no nacen precisamente de la acumulación, sino de la reproducción simple.

Marx completa su estudio de la reproducción con el de la acumulación y la reproducción ampliada. Explica las fuentes y las condiciones de la acumulación del capital y pone de manifiesto cómo la acumulación en el sector II depende de la que se opera en el sector I.

Y expone las condiciones a que se halla sujeta la realización en la reproducción ampliada.

Las investigaciones sobre la *plusvalía* continúan en el segundo tomo de *El capital*. Este tema ya no es, aquí, el problema central, como en el tomo I, pero es objeto de estudio, por cuanto la obligada realización de la plusvalía se lleva a cabo en la esfera de la circulación. El tomo II examina las formas concretas que reviste la realización de la plusvalía, es decir, su conversión en dinero.

Se reitera aquí la tesis fundamental de que la plusvalía nace exclusivamente de la producción, y no de la circulación. En su análisis del ciclo del capital, Marx distingue dos fases: el tiempo de producción y el periodo de trabajo. El valor y la plusvalía se crean solamente durante este periodo, en el que la fuerza de trabajo se consume. El deslinde entre el tiempo de producción y el tiempo del proceso de trabajo (el periodo de trabajo) es importantísimo. El filósofo y economista alemán hace ver cómo los economistas burgueses, MacCulloch, James Mill y otros, que identifica-

ban estas dos categorías distintas, se veían llevadas a formular a este propósito teorías disparatadas.

En este segundo tomo, Marx esclarece por vez primera la influencia que la rotación del capital ejerce sobre la cuota anual de plusvalía. Por virtud de la diferencia en cuanto al ritmo de rotación del capital variable, capitales iguales por su magnitud rinden al cabo del año diferente plusvalía. Fenómeno este que, en apariencia, contradice a la ley del valor.

Este fenómeno [observa Marx] parece indicar como si la cuota de plusvalía no dependiese solamente de la masa y del grado de explotación de la fuerza de trabajo movilizadora por el capital variable, sino, además, de factores inexplicables, procedentes del proceso de circulación; así ha querido interpretarse, en efecto, este fenómeno, pero la explicación ha sufrido una derrota completa, aunque no bajo esta forma pura, sino bajo su forma más compleja y recóndita (la de la cuota de ganancia anual), en la escuela ricardiana, desde comienzos de la década del veinte.⁷

Mediante el esclarecimiento de este fenómeno, Marx establece la cuota de plusvalía anual, en la que se manifiesta, además de la cuota misma de plusvalía, la función que desempeña la rotación del capital variable.

Se ve, así, cómo la circulación modifica la cuota de plusvalía. Y, al mismo tiempo, se pone en claro algo muy importante, y es que el proceso de ciclo del capital oculta, enmascara, la fuente de la plusvalía, que aparece ya aquí como fruto de todo el capital desembolsado. El estudio que Carlos Marx hace de la circulación del capital constituye, de este modo, un importante eslabón para el análisis del proceso mediante el cual se convierte la plusvalía en ganancia. Análisis que, como es natural, no podían ofrecer los economistas anteriores a él, quienes identificaban la cuota de plusvalía de cuota de ganancia.

También la *teoría del capital* aparece desarrollada en el tomo II. He aquí lo que dice Marx:

⁷ *Ibid.*, p. 265.

El capital, como valor que se valoriza, no encierra solamente relaciones de clase, un determinado carácter social, basado en la existencia del trabajo como trabajo asalariado. Es un movimiento, un proceso cíclico a través de diferentes fases, que, a su vez, se halla formado por tres diferentes etapas. Sólo se le puede concebir, pues, como movimiento, y no en estado yacente. Quienes consideran una pura abstracción la sustantivación del valor olvidan que el movimiento del capital industrial es precisamente esta abstracción hecha realidad.⁵

Hasta Marx, los economistas consideraban el capital como una cosa en estado de quietud. No alcanzaban a comprender el proceso del ciclo rotatorio del capital ni la variedad de sus formas (la pecuniaria, la productiva y la mercantil), integradas en unidad. No distinguían en absoluto diversas formas del ciclo del capital y tomaban como punto de partida, indiferentemente, sin distinguir, una forma cualquiera de él. Los mercantilistas, por ejemplo, partían del ciclo del capital pecuniario o capital-dinero, que sólo caracteriza el modo capitalista de producción en uno de sus aspectos, a saber: como dinero que se valoriza o incrementa a sí mismo. El capital, para ellos, era dinero; las demás formas escapan a su conocimiento.

Basándose en el ciclo rotatorio del capital-dinero, los mercantilistas –dice Marx– delataban simplistamente el secreto de la producción capitalista: la avidez de ganancias. Pero veían la fuente de éstas en la circulación en la producción.

Los representantes de la Economía burguesa clásica, llevados de su crítica contra los mercantilistas, caían en el extremo contrario. Los fisiócratas, al investigar la producción agrícola, partían de hecho del ciclo del capital-mercancías. Pero en este ciclo rotatorio se esfuma lo que hay de peculiar y específico en el modo de producción capitalista, que es la producción de plusvalía. El capital, en el ciclo M1-M2 aparece solamente bajo la forma de mercancía, más aún, bajo la forma de valores de uso. Smith y Ricardo tomaban como ciclo de partida el capital

⁵ *Ibid.*, p. 94.

productivo en el que el dinero actúan solamente como medio necesario de circulación. Como señala Marx, el ciclo del capital productivo en el que el dinero actúa solamente como medio necesario de circulación. Asimismo, el ciclo del capital productivo facilitaba a los economistas clásicos burgueses la posibilidad de hacer caso omiso de la forma capitalista del proceso de producción y de concebir como la meta de la producción el incremento y abaratamiento de los productos fabricados.

En su estudio de la circulación, Marx superó la unilateralidad de los economistas anteriores. Demostró que las tres formas del capital, el capital productivo, el capital-dinero y el capital-mercancías no son precisamente tres tipos de capital independientes el uno del otro, sino tres formas funcionales específicas del capital industrial. Y define por vez primera lo que es este capital. “El capital que, a lo largo de su ciclo global, reviste y abandona de nuevo estas formas” (la del capital-dinero y la del capital-mercancías), “cumpliendo en cada una de ellas la función correspondiente, es el *capital industrial*”.⁹

En el tomo II desarrolla Marx su teoría acerca de la estructura del capital, investigando la división en capital fijo y circulante. Los iniciadores de esta teoría, que sentaron las bases para dicha división, fueron los fisiócratas. Partían, para ello, del diferente modo en que las distintas partes del capital participan en los gastos de producción, en vez de los valores) y referían esta división al capital productivo solamente. Pero sólo consideraban productivo el capital invertido en la agricultura, pues entendían que el incremento de la riqueza era atributo exclusivo de esta rama de la producción. Los fisiócratas seguían moviéndose en el horizonte visual del feudalismo; no reconocían el capital invertido en la industria y ello les impedía remontarse a una idea sintética, conjunta, del capital, sobre la que pudiera descansar su división de éste.

El concepto sintético del capital –el fijo (que Smith llamaba constante) y el circulante– fue introducido en la Economía política por Adam Smith, quien, sobreponiéndose a la limitación feudal de horizontes propia de los fisiócratas, proyectaba su mirada sobre todas las ramas

⁹ *Ibid.*, p. 49.

de la economía. Pero su mérito no pasaba de ahí. Su modo de abordar la división del capital en fijo y circulante era falso, pues consideraba como el criterio de la división entre estas dos partes del capital la manera cómo cada una de ellas aportaba la ganancia. El capital circulante, según él, extraía la ganancia de la circulación, del paso del capital de unas manos a otras. En cambio, el capital fijo rendía ganancias sin intervenir en la circulación. El error de Adam Smith estriba en su falso modo de concebir la esencia del capital y de la circulación. Veía en ésta una transferencia, un desplazamiento de objetos, y no un cambio en cuanto a las formas materiales del capital. Es cierto que las máquinas y los edificios quedan afectados a la esfera de la producción hasta su desgaste total, pero su valor es transferido por partes al nuevo producto, mediante el trabajo vivo. Es lo que no comprendía quien negaba la circulación del capital fijo. Por separarse a examinar los elementos materiales del capital fijo y el circulante, Smith perdía de vista sus funciones en el ciclo rotatorio del capital. Así se explica, por ejemplo, que incluyera en el capital fijo los edificios y las máquinas, aunque éstas no siempre son capital productivo, sino que actúan también, a veces, como capital-mercancías. Como parte del capital fijo consideraba, asimismo, la calificación de los obreros, lo que atestigua cuán grande era la incomprensión de la esencia de clase del capital. En el capital circulante incluía, no sólo las materias primas y los materiales, sino también los medios de vida de los obreros, y hasta el dinero. Confundía, como vemos, el capital circulante con el capital fijo. Para Ricardo, la base sobre la que descansaba la división del capital era criterio de su duración más o menos larga, criterio que más tarde haría suya toda la Economía política burguesa posterior a él. Ahora bien, la longevidad es, como señala Marx, un concepto puramente relativo, que no puede servir de base para la división del capital en las dos citadas categorías. Ricardo sólo considera capital circulante lo gastado en pago de salarios. Las materias primas y los materiales quedan sencillamente descartados en su teoría, puesto que no entran ni en definición del capital fijo ni en la del circulante.

En los capítulos X y XI de este libro segundo Marx analiza críticamente las doctrinas de sus predecesores, para sentar por vez primera sobre bases científicas que la división no responde a la esencia misma del capital, es decir, a la producción de plusvalía, ni se deriva tampoco de las cosas materiales que componen el capital. Capital fijo y circulante son, simplemente, dos formas distintas de circulación del capital productivo. Expresan dos modos distintos de ser transferido el valor al producto. El trabajo concreto transfiere de distinto modo al producto el valor de los medios de producción. El valor de las materias primas y de los materiales auxiliares consumidos íntegramente en el proceso de trabajo se transfiere al producto en su totalidad. Por su forma de circulación, también el capital variable forma parte del capital circulante; lo que ocurre es que su valor no se transfiere simplemente, sino que se reproduce. La maquinaria y los edificios empleados para la producción no se desgastan de repente; de ahí que su valor vaya transfiriéndose paulatinamente, por partes, al nuevo producto. De donde se desprende que todo el capital productivo desembolsado se divide en dos partes: el valor de una de ellas se transfiere íntegramente al producto durante un solo ciclo, mientras que el de la otra parte opera su rotación completa a lo largo de muchos ciclos.

La división del capital en fijo y circulante encerraba gran importancia para esclarecer la influencia que la rotación del capital ejerce sobre el proceso de producción y el proceso de incrementación del valor. Partiendo de aquí, Marx estudia la influencia de la rotación sobre la magnitud del capital invertido, sobre la cuota de ganancia anual y sobre otros problemas. A base del análisis de la rotación del capital fijo, desentraña el fundamento material sobre el que descansa la periodicidad de crisis económicas provocadas por la contradicción fundamental del capitalismo. Las contradicciones del capitalismo se ahondan y agudizan, según demuestra Marx, a medida que crece el capital fijo.

En su estudio de la rotación del capital, Marx pone de manifiesto que éste sólo puede producir ininterrumpidamente plusvalía a condición de que otra parte del capital permanezca pasiva, es decir, en reserva. Los economistas burgueses –dice Marx– se olvidan de esta parte del

capital que se mantiene en estado pasivo. Se trata, sin embargo, de algo muy importante para poder comprender la economía burguesa. Marx hace ver que la contradicción entre el capital activo y el pasivo se resuelve por la vía del crédito y el desgajamiento del capital comercial. De este modo, establece ya aquí las bases para explicar más adelante como se plasman en cuanto a entidades aparte del capital a interés y el capital comercial.

Es importantísima, en este tomo segundo, la investigación que Marx lleva a cabo de la reproducción del capital social visto en conjunto, tema de la sección tercera.

El problema de la reproducción había sido estudiado ya en el tomo I:

En el libro I hemos analizado el proceso capitalista de producción, tanto de por sí como en cuanto proceso de reproducción: la producción de plusvalía y la producción del propio capital. Los cambios de forma y materia que el capital experimenta dentro de la órbita de la circulación se daban por supuestos, sin detenerse a estudiarlos.¹⁰

En el tomo I, Marx puso de manifiesto la esencia de la reproducción capitalista, investigando el capital como relación específica de clase, que va reproduciéndose en escala ampliada.

En las secciones primera y segunda de este tomo II se estudian las formas en que el capital revista en su proceso cíclico. Pero solamente las que se refieren al movimiento del capital individual. Ahora bien, los ciclos de los capitales individuales se combinan y entrelazan, se presuponen y condicionan mutuamente. Y así, entrelazándose, forman el movimiento de todo el capital social, del capital social visto en conjunto. Cuando se investiga el movimiento del capital social, lo que se destaca en lugar predominante no es el cambio de forma del capital, sino el cambio material, el cambio de objetos, o sea la realización de todo el producto social: dicho en otros términos, lo que aquí se investiga es cabalmente lo que había servido de premisa al estudiar la rotación del capital individual.

¹⁰ *Ibid.*, p. 315.

El primero que planteó el problema de la reproducción, y ése es su gran mérito, fue Quesnay. Pero no llegó a resolverlo, ni podía hacerlo, ya que consideraba la agricultura como la única esfera en que se incrementaba la riqueza. Y tampoco Adam Smith podía imprimir un avance al análisis de la reproducción, debido principalmente a un dogma profesado por él y mantenido en pie por sus continuadores. En efecto, al dar por supuesto erróneamente que el valor de todo el producto social estaba integrado por una serie de ingresos y se descomponía, en definitiva, en otros tantos, Smith se cerraba el camino para poder comprender no solamente la reproducción ampliada, sino incluso la simple. La raíz de su error se encuentra, según demuestra Marx, en la identificación del valor del producto anual con el valor de nueva creación.

Al no comprender la esencia del capital, los economistas burgueses abordaban el problema de un modo naturalista: veían en el capital un medio de producción y en el ingreso una serie de objetos de consumo. Pero, puesto que consideraban como el fundamental signo distintivo del capital la aportación de ganancia, los objetos de consumo resultaban ser capital cuando se hallaban en manos del comerciante y eran, en cambio, un ingreso en manos del obrero. Y ninguno de los economistas anteriores a Marx podía resolver esta contradicción.

Marx puso de manifiesto que tanto el capital como los ingresos expresan relaciones de producción del capitalismo. El dinero y las mercancías, al pasar de unas a otras manos, actúan unas veces en concepto de exponentes materiales de un capital y otras como la forma material de un ingreso.

Marx fue el primer que dio una definición exacta del capital social. Demostró que, bajo el capitalismo, todo el producto social es al mismo tiempo capital. El capital social es la suma o el conjunto de todos los capitales individuales, vinculados entre sí y dependientes los unos de los otros. Y, al investigarlos, se pone de manifiesto cómo se opera dentro del marco de toda la sociedad el cambio de unos tipos de valores de consumo por otros, o lo que es lo mismo, la realización de todo producto global de la sociedad. Procediendo al análisis de la reproducción de todo el capital social, Marx establece por primera vez en la historia

de la ciencia económica que todo el producto y, consiguientemente, toda la producción de la sociedad se divide en dos grandes secciones: I, medios de producción, o sean mercancías cuya forma las destina a entra o, por lo menos, les permite entrar en el consumo productivo, y II, objetos de consumo, o mercancías destinadas, por su forma, a servir para el consumo individual de la clase capitalista o de la clase obrera. Y este descubrimiento de Marx sirvió de clave para el análisis de la reproducción, ya que el cambio dentro de la sociedad se opera, primordialmente, entre las dos secciones indicadas.

Como bajo el capitalismo el producto social es al mismo tiempo capital, la dicha división equivale, a la par con ello, a la división del capital –mercancías en medios de producción y objetos de consumo–. Según el planteamiento del problema de Marx, los medios de producción se compran con capital constante y los objetos de consumo con capital variable y plusvalía. Atendiendo a su valor, la fórmula de la división del producto social, es por consiguiente, ésta: $c+v+p$. Y, partiendo de aquí, superó y descartó por completo el dogma smithiano, que identificaba todo el valor de las mercancías con el valor de nueva creación.

Del estudio de la correlación entre las secciones I y II deduce Marx las leyes de la reproducción simple y la reproducción ampliada. Llega a la conclusión de que para que exista reproducción ampliada es necesario que la sección I ($c+v$) crezca más rápidamente que la sección II (c). Esta conclusión, así como la teoría sobre el crecimiento de la composición orgánica del capital, expuesta en el tomo I, sirvieron de base para la ley, formulada por Lenin, del incremento preferente de la producción de medios de producción sobre la de artículos de consumo.

El análisis trazado por Marx de la reproducción de todo el capital social permitió resolver el problema de la *renta nacional*, contra el que se habían estrellado los economistas anteriores.

Tomando como base el análisis de la reproducción del capital social, desarrolló Marx su teoría de las *contradicciones del régimen de producción capitalista*, prosiguiendo en este segundo tomo el estudio ya hecho explicada allí, en relación con el carácter cíclico de la producción capitalista, cuya meta no es otra que la producción de la plusvalía.

En el tomo II, deteniéndose a estudiar el ciclo rotatorio del capital productivo, indica Marx que la cantidad de mercancías creadas por la producción capitalista se determina por el potencial de esta producción y por el imperativo de su constante ampliación, pero no, en manera alguna, por las necesidades o el volumen del consumo que se pueda satisfacer. En una nota puesta por Marx al apartado III del capítulo XVI del tomo II sobre “la rotación del capital variable”: “Contradicción del régimen capitalista: los obreros, como compradores de mercancías, son importantes para el mercado. Pero, como vendedores de su mercancía –de la fuerza de trabajo– la sociedad capitalista tiende a reducirlos al mínimo del precio”.¹¹

Esta afirmación echa por tierra los desatinos de los enemigos del marxismo cuando sostienen que la producción capitalista se desarrolla totalmente al margen del consumo personal y sin relación alguna con él. Nada de eso. Marx pone de relieve, aquí, la contradicción que media entre la tendencia de la producción capitalista a ampliarse sin cesar y la limitación de la demanda de la población solvente. En el tomo II, Marx observa que la circulación ininterrumpida entre las diversas partes del capital constante se opera al principio sin relación alguna con el consumo personal, en el sentido de que jamás se destina a éste, pero añade que, en última instancia, la producción del capital constante se halla delimitada también por el consumo personal, ya que nunca se efectúa en gracia a sí misma, sino siempre en función a la sección II, es decir, teniendo como meta final la producción de artículos de consumo.

Carecen totalmente de fundamento y son, incluso, calumniosas para Marx las necias afirmaciones de que en el tomo II de *El capital* se hace un estudio de la producción capitalista como tal y de su desarrollo armónico, sin ninguna clase de desproporciones. V. I. Lenin refuta esta necesidad, en los términos siguientes:

De esta teoría [de la teoría de la realización] se dice que, aun cuando la reproducción y la circulación del conjunto del capital social idealmente uniformes y proporcionales, no podría evitar la contradicción

¹¹ *Ibid.*, p. 283.

entre el incremento de la producción y los límites (ilegible) del consumo. Además, el proceso de realización no desenvuelve, en la realidad según una proporción idealmente uniforme, sino sólo a través de “dificultades”, [ilegible], de “crisis”, etcétera.¹²

En su análisis de la reproducción capitalista, Marx siente una serie de tesis que encierran también gran interés para el proceso de la reproducción en las condiciones del socialismo. Así lo señala Lenin en sus glosas y observaciones al libro de Bujarin “La economía del periodo de transición”.

Bujarin sostenía, entre otras cosas, que, al desaparecer la economía mercantil capitalista, se acabaría también la Economía política. “No es cierto”, replica Lenin. Y, en apoyo de ello, se pregunta: “¿Incluso en el comunismo puro, aunque nos refiramos solamente a la relación entre $v+p$ y c ? ¿o a la acumulación?” Huelga decir que, aquí, Lenin no quiere referirse precisamente al capital constante y variable, sino a la división del producto social en medios de producción y artículos de consumo y a la correlación entre ambos sectores en el proceso de la reproducción. No cabe duda de que, bajo otras condiciones, son también aplicables a la sociedad socialista las conclusiones a que llega Marx en la tocante al plusproducto o producto adicional, como única fuente de la acumulación, y a la acumulación como fuente única de la reproducción ampliada. Claro está que, ya en el socialismo, todas estas categorías expresan relaciones de producción sustancialmente distintas, presentan otro carácter y actúan de diferente modo.

El tomo II de *El capital* encierra una importancia muy grande para la historia de las doctrinas económicas. Marx critica aquí a fondo las teorías de los fisiócratas, de Adam Smith y David Ricardo acerca del capital fijo y el capital circulante. También en torno al problema de la reproducción se examinan las ideas de los fisiócratas, Smith, Ricardo

¹² V. I. Lenin, en su trabajo titulado “Volviendo sobre el problema de la teoría de la realización”, recogido en el tomo IV de la edición española de sus *Obras completas*. Pekín, Ediciones de Lenguas Extranjeras, 1978, p. 85.

y Destutt de Tracy. Y, en relación con el análisis de la acumulación, se critican, asimismo, las doctrinas de Sismondi, Say, John Stuart Mill, MacCulloch y otros. Marx cita, en este volumen, extractos de la obra del socialista utópico inglés Thompson, quien criticaba a los economistas burgueses porque, destacando en primer plano el capital, desdeñaban el trabajo vivo.

En el tomo II se establecen las premisas para el estudio de los problemas que serán objeto del tomo III. Por ejemplo, se pone de relieve la necesidad y la posibilidad de desglosar el capital comercial, el capital a interés, señalándose la fuente principal de que nace el segundo. Y en la sección tercera del tomo que acabamos de resumir se estudia ya la reproducción capitalista como un todo, como la unidad de producción y circulación. Su análisis se mantiene todavía, sin embargo, en el plano de lo abstracto. Es la transición directa al tomo III, donde se estudiará cómo se manifiestan, en toda su variedad concreta, las leyes fundamentales del capitalismo.

LAS TEORÍAS SOBRE LA PLUSVALÍA¹

Los materiales editados luego bajo este título estaban destinados, en el plan de su autor a formar el tomo IV de *El capital*. Se trata de un esbozo crítico de la historia de la Economía política, de la historia de las doctrinas económicas, en torno al problema fundamental de esta ciencia. El manuscrito que sirve de base a las “Teorías sobre plusvalía” fue elaborado por Marx entre los años 1861-1863. Representa la continuación de aquel primer cuaderno de la obra de Economía publicado en 1859 bajo el título de *Contribución a la crítica de la Economía política*.

En el plan inicial de la obra, Marx se proponía completar el análisis del proceso de producción del capital con una crítica de la teoría de la plusvalía. Pero, sobre la marcha, en el curso de desarrollo del trabajo, este esbozo acerca de las doctrinas de la plusvalía alcanzó una enorme extensión, hasta abarcar toda la evolución de la Economía política burguesa. Y, al cambiar su plan inicial en torno a la obra proyectada *Contribución a la crítica de la Economía política* y dar a su estudio el título de *El capital*, decidió formar con los materiales críticos acerca de la historia de la Economía política un tomo especial, que debería haber sido el IV de la obra.

Refiriéndose a su nueva reelaboración del manuscrito de 1861-1863, Marx escribía a Engels, en carta de 31 de julio de 1865:

Me falta redactar tres capítulos para terminar la parte teórica (los tres primeros libros). Luego habrá que acometer la redacción del libro cuarto, la historia de las doctrinas, que es para mí, relativamente, la parte más fácil de todas, puesto que todos los problemas han quedado

¹ CEMOS. Colección Wenceslao Roces. Serie B. Carpeta 38. Documento WR.CARP38.007.

resueltos en los tres primeros libros y este último no será, por tanto, más que una repetición en forma histórica.²

Marx, abrumado por sus trabajos, no logró realizar su propósito de reelaborar esta parte del manuscrito de 1861-1863. A su muerte, no dejó más que una variante de los materiales destinados al tomo IV de *El capital*. Engels abrigaba la intención de editar estos materiales, después de dar cima a la edición del tomo III. En su prólogo al tomo II, hace referencia al citado manuscrito y a su propósito de publicarlo como tomo IV de *El capital*. Pero tampoco Engels consiguió lo que se proponía. Los materiales sobre las teorías de la plusvalía fueron a parar a manos de Kautsky, quien los publicó en su lengua original, es decir, en alemán. La primera edición alemana, vio la luz, en tres tomos entre los años 1905-1910.

Apartándose de la línea expresa y claramente establecida por Marx y Engels, Kautsky consideró que estos materiales constituían una obra aparte, que debía editarse al margen de *El capital*.

Además, al ordenar y preparar para la imprenta el manuscrito, Kautsky incurrió en toda una serie de burdas tergiversaciones. Haciendo caso omiso del plan que figuraba en el manuscrito, desplazó y trastocó arbitrariamente diversas partes de la obra, lo que equivalía a romper el nexo lógico establecida por el autor y la continuidad de la exposición. El editor quebrantaba, de este modo, el nexo interno que Marx anuda entre la investigación histórico-crítica y la investigación teórica.

Kautsky puso epígrafes de su propia cosecha a los diferentes capítulos y apartados de la obra. Por regla general, estos epígrafes o enunciados confunden y embrollan los problemas de la lucha de clases y presentan un carácter neutral, imparcial, puramente descriptivo. El editor, por otra parte, llegó sencillamente a eliminar de la obra, sin más exposiciones, algunas partes del manuscrito. Así lo hizo, por ejemplo,

² Wenceslao Roces, "Prólogo", en Carlos Marx, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. Trad. de W. Roces. México, FCE, 1945, t. I, p. X.

con un pasaje en que Marx habla de las premisas económicas de la decauperación absoluta de la clase obrera, bajo el capitalismo.

Esta versión de Kautsky, falseada, amputada y tergiversada, era la única que existía, hasta ahora. La obra encontró una gran difusión, en Alemania y en otros países. La quinta edición alemana apareció en 1923. El libro fue traducido al francés, al inglés, al ruso, al japonés y a otras lenguas.

En 1945, se publicó en México, por el Fondo de Cultura Económica, en tres volúmenes, la traducción española hecha por mí, que en la actualidad está totalmente agotada.

Se halla en curso de publicación la nueva edición crítica, totalmente revisada sobre el texto original bajo los cuidados del Instituto de Marxismo-Leninismo del CC del PCUS Paralelamente a la edición rusa su publica la alemana, dirigida por el Instituto de Marxismo-Leninismo del PSU de la República Democrática Alemana, de la que han visto la luz dos de los tres tomos (Berlín, Dietz Verlag, 1956-1959). Tomando esta edición como base, se plantea la necesidad de revisar cuidadosamente la traducción española, para ofrecer a nuestros lectores un texto escrupuloso y auténtico de una obra tan importante en la teoría marxista.

En los tres primeros tomos de *El capital*, su autor critica las ideas de los economistas burgueses en todos los problemas fundamentales. En lo que habría de ser el tomo IV, es decir, en las *Teorías sobre la plusvalía*, trazó críticamente la trayectoria de la Economía política burguesa, con lo que termina el análisis del capitalismo. En su prólogo al tomo II de *El capital*, dice Engels que en esta parte de la obra “se contiene una historia crítica detallada de lo que constituye el punto cardinal de la Economía política: la teoría de la plusvalía”.³ Es el problema central en torno al cual giran las investigaciones del filósofo y economista alemán en los tres primeros tomos de su libro. Los economistas burgueses jamás habían penetrado en el análisis de la plusvalía en cuanto tal; no encontraremos en ellos ni el nombre ni el concepto de este fenómeno fundamental del capitalismo. Su atención recaía solamente sobre algunas formas

³ Federico Engels, “Prólogo”, en Carlos Marx, *El capital*, t. II. 2a. ed. Trad. de Wenceslao Roce, 1959, t. II. México, FCE, p. 8.

o manifestaciones de la plusvalía por separado: la renta de la tierra, la ganancia y el interés del dinero. En muchos casos, al hablar de las ganancias, estos economistas, sin embargo, caracterizaban sin darse cuenta de ello diferentes aspectos sueltos del fenómeno de la plusvalía. De ahí que Marx consideraba posible descubrir y poner de manifiesto en los economistas anteriores a él algunos elementos de la plusvalía.

Indagando los gérmenes de la teoría de la plusvalía, hace ver cómo toda la concepción, toda idea, descansa sobre las condiciones económicas concretas, sobre una determinada trama de relaciones entre las fuerzas de clase. Descubre y pone de manifiesto las raíces de clase y las raíces gnoseológicas de cada una de las teorías, su trabazón con una determinada política económica. Señala el puesto que corresponde a cada economista en la historia de la ciencia económica, sus méritos y sus fallas. Y pone de relieve el entronque que existe entre cada teoría y las que la precedieron. Todo ello hace que las *Teorías sobre la plusvalía*, destinadas a ser el tomo IV de *El capital*, contengan por primera vez historia auténticamente científica de la Economía política desde el siglo XVI hasta mediados del XIX.

Sabemos que los materiales destinados al tomo IV fueron escritos con anterioridad a los tres tomos anteriores. Hay una carta de Marx a Sigmund Schott, de 3 de noviembre de 1877, en las que leemos:

En realidad y para mí, comencé a redactar *El capital* exactamente en el orden inverso (arrancando de la tercera parte, de la parte histórica) de aquel en que la obra se ha presentado al público; más tarde, el tomo I, el último que había preparado, fue elaborado rápidamente para entregarle la imprenta, mientras los otros dos permanecían bajo la forma tosca que en sus inicios presenta toda la investigación.⁴

El estudio de los materiales del tomo IV ayuda a ver, paso a paso, cómo Marx fue forjando su propia teoría a la luz de la crítica de las doctrinas de los economistas burgueses. Los materiales destinados a

⁴ *Cartas de C. Marx y F. Engels sobre El capital*. Berlín, Dietz, 1954, p. 134.

este tomo nos permiten asomarnos, por decirlo así, a su taller, a su laboratorio creador.

La importancia de este cuarto volumen no se limita, por tanto, a lo que representa como esbozo histórico-crítico. En él se contienen, además, muchas tesis teóricas relevantes, que vienen a complementar diferentes problemas tratados en los tomos I a III de *El capital*.

Las *Teorías sobre la plusvalía*, editadas ahora como tomo IV de la obra que se viene ensayando (nueva edición crítica, 1954-1960, en ruso), constan de tres partes, cada una de las cuales corresponde a un volumen. En la primera, Marx estudia en las teorías de los mercantilistas, de los fisiócratas y de Adam Smith. En la segunda, se analiza críticamente la teoría de Ricardo. En la tercera y última se pone de manifiesto la evolución de la Economía política vulgar. Aquí, se contiene también la crítica de los socialistas-ricardianos.

La primera parte de las *Teorías sobre la plusvalía* consta de siete capítulos y trece apéndices. En el capítulo I, el autor hace una caracterización de las ideas de James Steuart, a quien considera como el exponente racional del sistema monetario y mercantilista. Estos últimos fueron los primeros que trataron de explicar el nacimiento de la plusvalía bajo la forma de ganancia. La fuente de la ganancia había que buscarla, según ellos, en el cambio. Steuart no se sobreponía a esta errónea concepción de los mercantilistas. Tuvo, sin embargo, como señala Marx, la virtud de haber sabido renovar “científicamente” este punto de vista de la vieja escuela. De ahí que lo considere como representante del mercantilismo, aunque sea un “mercantilismo tardío”.

A continuación, el autor de *El capital* analiza las doctrinas de los fisiócratas, que aparecen en escena como críticos del mercantilismo. Llama a los fisiócratas los padres de la Economía política, ya que fueron, a su juicio, quienes ofrecieron el mejor análisis del capital, dentro de los límites del horizonte visual de la burguesía. Situaron la investigación sobre los orígenes de la plusvalía en la esfera de la producción y sentaron, con ello, el fundamento para el análisis del capitalismo.

En relación con el examen crítico de las doctrinas de los fisiócratas, Marx se detiene en los elementos de esta doctrina en Adam Smith, quien

consideraba erróneamente la renta de la tierra como un don de la naturaleza. “Smith hace valer todavía, aquí, el periodo prehistórico de la gran industria y, por tanto, la concepción fisiocrática [escribe Marx], al paso que Ricardo le contesta desde el punto de vista de la industria moderna”.⁵

En el capítulo III, Marx analiza minuciosamente la doctrina del filósofo escocés, quien dio un considerable paso de avance en la teoría de la plusvalía, aunque sus ideas se hallan todavía fuertemente influidas por las de los fisiócratas. En estas páginas se estudian y ponen al descubierto, detalladamente, los errores en los cuales incurre en la teoría del valor. El filósofo y economista alemán se detiene, especialmente en el modo como Smith plantea y trata el problema de la productividad del trabajo. Hace hincapié en esto por una razón y es que la teoría del economista escocés fue ampliamente utilizada, en este aspecto, por todos los economistas burgueses posteriores. Éstos tomaron como base la errónea definición de la productividad del trabajo de Smith y declararon, a la vista de ella, que todo trabajo retribuido era productivo. Lo cual les permitía clasificar entre los trabajadores productivos a los funcionarios, los criados, etcétera. Pero Marx no se limita a criticarlo, sino que entra a estudiar también las ideas mantenidas acerca de la productividad del trabajo por los economistas anteriores y posteriores a aquél.

En el breve capítulo V trata de las concepciones del político y economista francés Necker, quien ya en el siglo XVIII había intentado exponer las contradicciones entre las clases, bajo el capitalismo.

En el capítulo VI, vuelve a los fisiócratas y analiza el “Cuadro económico” de Quesnay. Pero no se crea que esta ordenación de los materiales es caprichosa. Lo que ocurre es que la teoría de Adam Smith constituye, en general, un paso considerable de avance en el desarrollo de la Economía político-burguesa. A eso se debe el que Marx lo estudie después de los fisiócratas. Ahora bien, en lo tocante a la reproducción, Smith da un paso atrás con respecto a los fisiócratas. Y ésta es, sin duda, la razón de que el “Cuadro económico” de Quesnay se analice después de examinar la teoría de Smith.

⁵ Carlos Marx, *El capital*, t. I, p. 26 de la nueva edición alemana.

En el capítulo VII, que es también muy corto, se detiene en la teoría de un crítico de los fisiócratas, el político y publicista francés Linguet.

En los apéndices a la primera parte de esta obra, se caracterizan las ideas económicas de una serie de autores, tales como Pettym, Hobbes, Locke, North, Berkeley, Hume y Massie. En sus doctrinas apuntan ya, como se pone de manifiesto, los gérmenes de la teoría del valor basada en el trabajo y de las teorías del valor basada en el trabajo y de las teorías del capital, el interés, la ganancia y la renta de la tierra. En las páginas finales de los apéndices, las que figuran como apéndice doce, el autor critica la concepción apologética del trabajo, productivo bajo del capitalismo, que define científicamente.

En la segunda parte de las *Teorías sobre la plusvalía* ocupa el lugar central el análisis de la teoría de Ricardo, en cuyas obras llega a su apogeo la Economía política clásica burguesa. Pero, antes de abordar el estudio de Ricardo, Marx hace tres digresiones.

En el capítulo VIII, con el que comienza la segunda parte de la obra, el autor analiza y critica en detalle la teoría de la renta del economista vulgar alemán Rodbertus, quien hizo el intento de desarrollar, la teoría de la renta absoluta, que se echa de menos en David Ricardo.

En el capítulo IX, traza un breve bosquejo histórico en torno al desarrollo del concepto de la renta diferencial en los economistas burgueses. Comienza examinando las ideas que acerca de este problema expresa Anderson, un agricultor práctico inglés, que cultivaba tierras en arriendo, y pasa luego a Thomas Malthus, quien plagia y deforma las ideas de aquél. Marx lo fustiga y denuncia como plagiaro profesional, cuya característica reside en el bajo nivel del pensamiento. Poniendo al economista británico en contraste con Ricardo. Señala la honradez científica del segundo, condicionada por el hecho de que Ricardo expresaba los intereses de una burguesía que era todavía, en su tiempo, una clase progresiva.

Después de estas digresiones de los capítulos VIII y IX, Marx pasa a estudiar en todos y cada uno de sus aspectos la teoría ricardiana. Comienza con el análisis de la teoría del valor y examina, a este propósito, el método de investigación seguido por Ricardo. Aquí, Marx se

detiene en la teoría vulgar del costo de producción de Adam Smith y en su concepción de la ganancia y del salario.

Los capítulos XI, XII y XIII se consagran al análisis crítico de la teoría de la renta de la tierra en Ricardo. Y, en relación con esto, Marx completa y desarrolla algunas de las tesis de su teoría sobre la renta.

En el capítulo XV se estudia la teoría ricardiana de la plusvalía. Ricardo no distinguía entre plusvalía y ganancia, en realidad, lo que el autor llamará más tarde, plusvalía. He aquí por qué destaca y analiza a fondo, los gérmenes de la teoría de la plusvalía en Ricardo.

El capítulo XVI versa sobre la teoría ricardiana de la ganancia, Marx critica aquí la errónea confusión en que incurre Ricardo de la ganancia y la ganancia media y pone de manifiesto las falsas premisas de la concepción ricardiana acerca del descenso de la cuota de ganancia.

El capítulo XIII se dedica a examinar la teoría de la acumulación en David Ricardo, partiendo del dogma de Adam Smith, que el autor de *Principios de economía política y tributación* hace suyo. Marx pone de relieve sus errores en cuanto al problema de la acumulación del capital y de las crisis. Y, en relación con esto, desarrolla su propia teoría sobre las contradicciones antagónicas de la producción capitalista. Se analizan también en este mismo capítulo las ideas de Ricardo en torno al problema de la influencia de las máquinas en la situación de la clase obrera. Y en las páginas finales examina Marx las concepciones del economista inglés del siglo XIX John Barton, uno de los representantes de la Economía política clásica.

La tercera parte de las *Teorías sobre la plusvalía* está principalmente, consagrada a criticar la Economía política vulgar. En los dos volúmenes anteriores Marx había desenmascarado las ideas de los economistas vulgares acerca de determinados problemas. En este volumen tercero se pone de manifiesto el proceso de la desintegración de la escuela ricardiana y la aparición y el desarrollo de la Economía burguesa vulgar.

En el capítulo XIX, el primero de la tercera parte, se hace una crítica completa de la teoría de Malthus. Marx examina a fondo el modo vulgar como éste plantea y trata el problema del valor y su teoría de la acumulación y de las crisis. Y pone al desnudo las contradicciones

internas de su teoría y su esencia de clase. En varios lugares de mismo capítulo, caracteriza Marx las concepciones de Sismondi y recoge las manifestaciones de algunos críticos de la teoría malthusiana.

El capítulo xx se dedica a estudiar la descomposición de la escuela ricardiana. Los continuadores de Ricardo, aparentando defender su doctrina, renunciaban de hecho a la teoría del valor-trabajo. Marx analiza aquí las doctrinas de los economistas ingleses Torrens, James Mill y MacCulloch. Y se detiene también en la crítica de las obras de aquellos economistas burgueses que se mostraban abiertamente en contra de la teoría de Ricardo. Marx hace notar que en el periodo que va de 1820 a 1830 se produjeron muchos debates teóricos en pro y en contra de la teoría ricardiana. Se publicaron durante esos años una serie de obras anónimas, las más importantes de las cuales reseña y analiza Marx aquí.

En el capítulo xxi se analizan las ideas de las ricardianas socialistas. Son los economistas que, salidos de la escuela de Ricardo, intentaron refutar la teoría ricardiana del valor en contra de la burguesía y en interés de los trabajadores. Es mérito de estos economistas, a la cabeza de los cuales figuran Hodgskin y Ravenstone, su crítica del capitalismo, haciendo hincapié en la explotación capitalista. Desde su punto de vista, la ganancia, el interés del dinero y la renta de la tierra no eran sino el resultado del trabajo no retribuido de los obreros. Y salían resueltamente al paso de las teorías apologéticas acerca de la productividad del capital. Sin embargo, y a la par con éste como pone de manifiesto Marx, los ricardianos socialistas no demostraban estar en condiciones de llevar adelante la teoría de Ricardo acerca del valor basado en el trabajo ni de reconstruir los fundamentos de la Economía política. Según señala Marx en el capítulo xx de la obra que estamos tratando, estos autores, pese a su actitud crítica, “tomaban como formas eternas todas las premisas de la misma producción capitalista, pretendiendo abolir solamente el capital”.

Los tres últimos capítulos del tercer volumen, los capítulos xxii, xxiii y xxiv, analizan las ideas de los economistas burgueses Ramsar, Cherbuliez y Richard Jones. Marx descubre en ellos algunos méritos tales como el de su intento por establecer la diferencia entre el capital

constante y el variable. Pero la limitación burguesa de horizontes en que se mueven les impide desarrollar una concepción certera en cuanto a la estructura del capital. Predomina en ellos la concepción vulgar acerca del capital y la ganancia.

La tercera parte de las *Teorías sobre la plusvalía* termina con un gran apéndice titulado “Los intereses y sus fuentes. La economía política vulgar”. En su investigación acerca de las fuentes de los ingresos, Marx pone al descubierto el carácter anticientífico de la Economía política vulgar, que no cala por debajo de la superficie externa de los fenómenos.

En las *Teorías sobre la plusvalía* hace Marx un análisis completo de la *Economía política burguesa clásica*.

El análisis de las doctrinas de los fisiócratas comienza destacando los méritos de estos economistas. “El gran mérito de los fisiócratas [escribe Marx] consiste en haber sabido analizar el *capital*, dentro de los límites del horizonte visual burgués en que se movían. Este mérito es el que hace de ellos los verdaderos padres de la Economía política moderna” (son las palabras con que comienza el capítulo II del volumen I de las *Teorías sobre la plusvalía*). Y, más adelante, hacia el final del capítulo VI, refiriéndose al “Cuadro económico” de Quesnay, dice Marx: “Este intento, llevado a cabo en el segundo tercio del siglo XVIII, en el periodo de infancia de la Economía política, era una idea extraordinariamente genial, sin disputa la más genial de todas las que la Economía política había destacado hasta entonces”.

Los fisiócratas centraron en la esfera de la producción el estudio acerca del origen de la plusvalía, con lo que sentaron las bases para el análisis del capitalismo. Otro gran mérito de los fisiócratas fue el considerar las formas burguesas de producción como formas objetivas, independientes de la voluntad de los hombres.

Pero, al mismo tiempo, Marx pone de relieve las ideas erróneas mantenidas por los fisiócratas acerca de la agricultura, que consideraban como la única esfera en que se creaba el producto neto, acerca del papel de la naturaleza, como fuente del producto neto, etcétera. Además, esclareció las causas objetivas de las erróneas ideas de los fisiócratas. Y, sobre esta base, fue el primero que enfocó certeramente

la esencia de la doctrina fisiocrática, que los ideólogos de la burguesía y del feudalismo no alcanzaban a comprender.

Puso de manifiesto que esta doctrina, de contenido burgués, aunque de forma y apariencia feudales, sólo pudo surgir bajo las condiciones del incipiente capitalismo, cuando éste no se había desprendido aún de su envoltura feudal.

En las *Teorías sobre la plusvalía* se contiene una breve caracterización de la doctrina de William Petty, fundador de la Economía burguesa clásica inglesa. Fue precisamente Marx quien lo reivindicó, los inicios de la teoría del valor basada en el trabajo. Éste reconoce en el economista inglés los rudimentos del concepto de la plusvalía y examina su teoría de la renta de la tierra. Asimismo encontramos en él –escribe Marx en el apartado 2 del apéndice al volumen I, consagrado a William Petty “la primera noción de la renta diferencial”.⁶ Según señala, este autor penetra profundamente en la esencia del problema, al estudiar el precio de la tierra.

Marx hace un análisis minucioso de la doctrina del destacado representante de la Economía política burguesa clásica. Va siguiendo las ideas acertadas y erróneas tomadas por Smith de los fisiócratas. Y, a la par con ello, destaca lo que de nuevo aporta este autor a la Economía política y descubre sus errores. He aquí lo que escribe Marx en el de las *Teorías sobre la plusvalía*: “Con Adam Smith, la Economía política se desarrolla hasta formar una cierta totalidad y se delimita en cierto modo el terreno abarcado por ella”.⁷

En estas páginas hace un estudio completo del método seguido por Adam Smith. Por una parte, nos dice, sigue los nexos internos ente las categorías económicas, pero al mismo tiempo establece las relaciones que los unen en la superficie visible de los fenómenos informados por la competencia. Estos dos métodos se entrelazan y contradicen el uno al otro constantemente. Claro está que, a juicio de Marx, este entrelazamiento de los dos métodos tiene su razón de ser, ya que este autor

⁶ C. Marx, *Teorías de la plusvalía*, vol. I. Trad de Wenceslao Roces. México, FCE, 1959.

⁷ *Ibid.*, vol. II. Trad de Wenceslao Roces. México, FCE, 1962, cap. X, (apartado A) 2).

no sólo intentó penetrar en la fisiología de la sociedad burguesa, sino que fue, además, el primero que trató de describir las formas de vida de esta sociedad.

Marx analiza la teoría del valor del filósofo escocés. Y pone de manifiesto que su identificación del trabajo y el producto del trabajo “comienza ya a dar pie aquí, ciertamente, para la confusión entre la determinación del valor de las mercancías por la cantidad de trabajo contenido en ellas y por la cantidad de trabajo vivo que esas mercancías pueden comprar, o sea su determinación por el valor del trabajo”.⁸

Marx critica en todos y cada uno de sus aspectos el modo vulgar como Adam Smith aborda y trata el valor. Y pone de relieve el círculo vicioso en que se mueve la concepción smithiana del “precio natural”, como la suma del salario, la ganancia y la renta de la tierra.

Se analiza con toda la minuciosidad los puntos de vista de Adam Smith acerca de la productividad y no productividad del trabajo. Según él, es productivo todo trabajo que crea productos materiales. Pero, además otra definición según la cual sólo es productivo el trabajo que arroja una ganancia. Marx señala la contradicción que media entre estas dos definiciones, entrecruzadas en él.

El autor de *El capital* descubre en el economista escocés un nuevo desarrollo de los gérmenes de la teoría de la plusvalía. Smith, nos dice, “deriva la ganancia del trabajo que el obrero rinde después de ejecutar el que paga su salario, reponiéndolo con un equivalente. De este modo, reconoce el verdadero origen de la plusvalía”.⁹ El interés del dinero es concebido por quien escribe *La riqueza de las naciones*, según señala Marx, como la participación del prestamista en la ganancia y en la renta de la tierra. Y también, ésta es reducida por él al concepto de la plusvalía, o sea al tiempo de trabajo no retribuido del obrero. Pero, el mismo tiempo, pone totalmente al descubierto el error de Smith, al considerar la ganancia como una de las fuentes del precio de las mercancías.

⁸ *Ibid.*, vol. I, apartado 2, cap. III.

⁹ *Idem.*

La teoría de la renta es estudiada con todo detalle por quien subraya tanto los méritos que corresponden al economista en la elaboración de dicha teoría como las posiciones extremadamente contradictorias que mantenían por él ante este problema. “No cabe duda [dice Marx] de que aquí se trasluce ya en Smith la concepción vulgar de que el salario proviene del trabajo y la ganancia y la renta [independientemente del trabajo del obrero] del capital y de la tierra como fuentes aparte, de las que brota, no la apropiación del trabajo ajeno, sino la riqueza misma”.¹⁰

Marx, dedica especial atención a la crítica del dogma smithiano, recogido por toda la Economía política burguesa posterior a Adam Smith. Y pone al descubierto las contradicciones que se contienen en las ideas de este economista sobre el ingreso bruto y el ingreso neto. En su empeño por reducir “la cuarta parte del precio” (el valor de los medios de producción consumidos) a tres clases fundamentales de los ingresos, el salario, la ganancia y la renta, A. Smith –observa Marx– “en vano nos envía de Poncio a Pilatos”.

Estas idas y venidas de Adam [añade Marx un poco más adelante], sus contradicciones y su empeño en no abordar el problema, indican que ha caído en el atolladero y que tiene necesariamente que persistir en la confusión, después de convertir el salario, la ganancia y la renta en las tres partes integrantes constitutivas del valor de cambio o precio total del producto.¹¹

En las *Teorías sobre la plusvalía* estudia detalladamente la doctrina de Ricardo, el autor en quien alcanzó su grado más alto la Economía burguesa clásica inglesa.

Marx se detiene en la caracterización del método de Ricardo. Éste, partiendo de la determinación del valor por el tiempo de trabajo, indaga si las demás categorías económicas contradicen a esta determinación del valor. Marx reconoce la exactitud histórica y la necesidad científica

¹⁰ *Ibid.*, vol. II, apartado 1, cap. XIV.

¹¹ *Ibid.*, vol. I, cap. VIII.

de este método, pero pone de manifiesto, igualmente, sus insuficiencias. El método ricardiano lleva conclusiones erróneas, ya que, “saltando por sobre eslabones intermedios necesarios, trata de demostrar de un modo inmediato la congruencia entre unas y otras categorías económicas”.¹² Marx subraya la honestidad científica de Ricardo, al examinar sus ideas acerca del problema de cómo influye la producción maquinizada sobre la situación de la clase obrera.

Ricardo estaba en lo cierto al tomar como punto de partida de su investigación la determinación del valor a base del tiempo de trabajo. Y, situándose sobre esta base, analizaba todas las categorías de la Economía política conocidas en aquel tiempo. “En esto, cabalmente, estriba la gran importancia histórica de Ricardo para la ciencia”, señala Marx un poco más adelante del pasaje anteriormente citado. Pero, al mismo tiempo, pone al descubierto el hecho de que Ricardo no llegó a comprender las formas del valor. No supo –nos dice– investigar el carácter del trabajo creador del valor de cambio. A ello se debe –concluye Marx– el que no penetrara en la conexión existente entre este trabajo y el dinero. “Habla siempre, desde el primer momento, de la *magnitud del valor*, y solamente de ella”.

Marx discierne en Ricardo lo que él mismo no había llegado a discernir: su teoría de la plusvalía, “teoría que, indudablemente [escribe Marx] se contiene en Ricardo, aunque él no llegue a definir la *plusvalía*, distinguiéndola de sus formas especiales, de la ganancia, la renta de la tierra y el interés del dinero” (obra y lugar citados). Ricardo caracterizaba acertadamente la ganancia como una parte del valor creado por el trabajo de los obreros. Pero, al partir del erróneo supuesto de que el obrero vende al capitalista su trabajo, no podía explicar cómo se opera el cambio de trabajo por capital. Ni siquiera llegaba a advertir –indica Marx– que mediaba aquí una contradicción con la ley del valor. “No sólo no resuelve el problema, sino que ni siquiera lo plantea”, concluye Marx, en el cap. xv, B, 1, de la obra a la que nos estamos refiriendo.

Marx esclarece detalladamente el error en que incurre Ricardo al confundir la plusvalía con la ganancia y ésta, a su vez, con la ganancia

¹² *Ibid.*, vol. II, cap. X, 2.

media. Ricardo parte desde el primer momento de la existencia de una ganancia media, lo que le lleva a identificar el valor con el precio de producción.

Uno de los puntos más importantes que se contienen en el sistema ricardiano es la ley del descenso de la cuota de ganancia. Ricardo dice Marx, hace descansar esta ley:

[...] en dos premisas falsas: 1) el falso supuesto de que la existencia y el incremento de la renta de la tierra obedecen a la fertilidad cada vez menor de la agricultura; 2) el supuesto falso de que la cuota de ganancia es igual a la cuota de la plusvalía relativa y sólo puede aumentar o disminuir en proporción inversa al descenso o el aumento del salario.¹³

A propósito de la teoría de Ricardo sobre la renta, señala Marx (cap. XI, apart. 3) que “el mérito teórico de Ricardo estriba en la relación directa consciente que establece entre la teoría de la renta y la determinación del *valor*”. Pero, haciéndole constar así, pone de manifiesto, además, las fallas de que adolece el modo ricardiano de tratar el problema de la renta. Para Ricardo –nos dice Marx–, la renta diferencial se deriva del descenso absoluto de la productividad de la agricultura, circunstancia que, en realidad, no determina para nada la renta diferencial. Y, junto a ésta, analiza Marx otras importantes deficiencias que se adviertan en la teoría ricardiana de la renta diferencial, así como la negociación por Ricardo de la renta absoluta.

En su teoría de la crisis, Ricardo deja traslucir muy claramente elementos y aspectos vulgares. Así, vemos que niega la posibilidad de las crisis de superproducción, admitiendo la errónea hipótesis de que las posibilidades de expansión del mercado interior son ilimitadas. Ricardo –dice Marx, en relación con esto equivocado concepción– nos pinta las relaciones burguesas con colores idílicos. “Son éstas [comenta Marx, después de resumir los puntos de vista de Ricardo sobre este problema]

¹³ *Ibid.*, vol. II, cap. XVI, apartado 3.

chácharas infantiles que estarían bien en la pluma de un Say, pero que son indignas de Ricardo”.¹⁴

En las *Teorías sobre la plusvalía*, Marx estudia también las tesis e ideas muy importantes de otros representantes de la Economía burguesa clásica, tales como Massie, quien ya antes de Adam Smith deducía la plusvalía de la ganancia, lo que representaba un paso de avance con respecto a William Petty.

La Economía burguesa clásica –nos dice Marx– culmina en Sismondi. En sus *Teorías sobre la plusvalía*, Marx señala el lugar que este autor ocupa en la historia de las doctrinas económicas. “Sismondi hace una crítica demoledora de las contradicciones de la producción burguesa, pero *no las comprende*, razón por la cual no puede tampoco comprender el proceso que lleva a su solución”.¹⁵

Marx destaca esta obra, los rasgos característicos que trazan la fisionomía de la Economía política burguesa clásica”, que aspira –son palabras suyas– a penetrar en los nexos internos de los fenómenos, en vez de detenerse en la multiplicidad de formas de esto. Y pone de manifiesto el entrelazamiento de elementos científicos y vulgares que se advierte en las teorías de estos economistas, señalando el carácter objetivo que presentaba las contradicciones de la ciencia burguesa.

Al llegar a una determinada etapa en la trayectoria de la sociedad burguesa, los elementos vulgares contenidos en la Economía burguesa clásica –dice Marx– se desgajan y prevalecieron, hasta constituirse en un tipo propio y peculiar de Economía política. Se pone de manifiesto, así, expresando el desarrollo real de las cosas, la trabazón existente entre la *Economía política clásica* y la *Economía política vulgar*. Y, a la par con ello, señala Marx el carácter anticientífico de la Economía política vulgar, a diferencia de la clásica, la actitud puramente apologética de la primera, cuya misión no es otra que defender y propagar los intereses del capitalismo. Al desarrollarse el capitalismo, “la Economía vulgar va tomando conscientemente un sesgo más apologético y trata de rehuir

¹⁴ *Ibid.*, vol. II, cap. XVIII, 2.

¹⁵ *Ibid.*, vol. III, cap. XII.

con todas sus fuerzas, por medio de la charlatanería, las ideas que entrañan alguna contradicción”.¹⁶

Los más destacados representantes de la Economía política vulgar de aquel tiempo son puestos en evidencia en las *Teorías sobre la plusvalía*. La crítica de Malthus ocupa, como sabemos, un capítulo especial. La ley de la población de este economista vulgar había quedado exhaustivamente refutada en el tomo I de *El capital*.

En las *Teorías sobre la plusvalía*, Marx desenmascara a Malthus en cuanto pretendido crítico de las doctrinas de Ricardo. Es cierto que Malthus –señala Marx– indica las fallas que advierten en la teoría ricardiana, principalmente la imposibilidad de explicar a base de su teoría el cambio de trabajo por el capital y la existencia de la ganancia media. Pero –escribe Marx en una de las primeras páginas del volumen III–, “lejos de desembrollar estas contradicciones e incomprensiones, las tomas de Ricardo y se apoya en ellas para refutar la ley ricardiana del valor, etcétera y llegar a conclusiones aceptables para sus patrones”. En su modo de enfocar los problemas del valor y la ganancia, Malthus se esfuerza, –según demuestra Marx– en hacer retroceder la Economía política hasta más atrás de Ricardo e incluso de Smith y los fisiócratas. Vuelve, en realidad, a las ideas de los mercantilistas, quienes sostenían que la ganancia se engendraba en el proceso de la circulación.

En el apartado 9 de este mismo capítulo XIX (el primero del volumen III) analiza Marx minuciosamente la teoría de la realización de Malthus. “De la teoría malthusiana del valor se desprende [escribe Marx] toda una doctrina sobre la necesidad de consumo improductivo cada vez mayor”. Y señala lo profunda contradicción y la superficialidad de la teoría malthusiana de la realización, mediante la cual trata este autor de justificar la existencia parasitaria de los terratenientes y los curas.

Marx clava en la picota a Malthus como un descarado y mentiroso plagiarlo. Su libro *Sobre la población* no es otra cosa que una justificación de la miseria de las clases oprimidas. Pero no tiene nada de original, pues sus conceptos están tomados de Townsend. Su panfleto “Sobre la

¹⁶ *Idem*.

renta” se encamina a defender los intereses de los terratenientes contra el capital industrial. Es una teoría que Malthus toma de Anderson. Los “Principios de Economía política” de Malthus son una obra escrita para salir en defensa de los intereses de los capitalistas contra los obreros y abogar en pro de los intereses de la aristocracia frente a los de los capitalistas. Es la misma teoría de Smith, de quien la copia Malthus. Por último, las ideas que mantiene acerca de la realización están tomadas de Sismondi.

Marx se detiene también en la crítica del economista vulgar inglés Terrens, quien suplanta la teoría ricardiana del valor-trabajo por la teoría vulgar del costo de producción. Este Terrens –señala Marx– retorna a las ideas de Adam Smith, rebatidas por Ricardo.

La desintegración de la escuela ricardiana arranca de James Mill. En su intento de defender la teoría de Ricardo contra sus adversarios lo que hace Mill es vulgarizarla. Llega a la conclusión de que el valor no es obra solamente del trabajo, sino también del capital. “Como ricardiano que es –dice Marx en el apartado 2 del cap. xx dedicado a James Mill–, Mill sólo distingue entre trabajo y capital como si se tratara de dos *formas distintas* del trabajo”.¹⁷ La distribución entre obreros y capitalistas es considerada por él simplemente bajo la forma con que se presenta en la superficie de los fenómenos; es decir, como si se operase entre poseedores iguales de mercancías.

Marx refuta, asimismo, en el citado capítulo xx, las invenciones de John Ramsay MacCulloch, a quien presenta como el más lamentable exponente de este periodo de descomposición de la escuela ricardiana. Éste es un vulgarizador de vulgarizadores, pues vulgariza no solamente a Ricardo, sino también a James Mill. Según él crean valor, no sólo el capital, sino también las fuerzas naturales, incluyendo entre ellas a los animales. Marx lo desenmascara como defensor y apologista del orden existente. “Lo único que le aterra hasta llegar a los extremos de lo cómico es la tendencia de la ganancia a disminuir; la situación de la clase obrera le parece perfectamente satisfactoria, como en general todas las

¹⁷ *Ibid.*, vol. III, cap. XX, apartado 2.

contradicciones de la economía burguesa que descargan su peso sobre los hombros de los trabajadores.

En este punto, todo aparece pintado de color de rosa, –dice Marx– en el capítulo correspondiente del volumen tercero de sus “Teorías sobre la plusvalía”.

Marx examina y critica detalladamente la doctrina de la ganancia del economista burgués John Stuart Mill, quien también suplanta la teoría ricardiana del valor por la teoría ricardiana del valor por la teoría del costo de producción.

Reiteradamente se detiene Marx a criticar a los economistas burgueses vulgares de Francia, entre los que desenmascara a Say, comentarista de la obra de Adam Smith. Y demuestra que este autor, en su vulgarización de la doctrina smithiana, se apoya en los elementos vulgares contenidos en ella y echa por la borda, por no convenir a sus miras, los elementos científicos. La nota característica de Say, según lo retrata Marx, es la trivialidad y la charlatanería.

Otro de los representantes más destacados de la Economía política vulgar francesa era Bastiat, de quien Marx se ocupa en el apartado 5 del apéndice al volumen III de las *Teorías sobre la plusvalía*, caracterizándolo con estas palabras: “predicador de la armonía y apologista de profesión”.

Marx se detiene también en la crítica de la Economía política vulgar alemana, especialmente en la de Roscher, quien se adjudicaba el título del Tucídides de la Economía política. En el volumen III de las *Teorías sobre la plusvalía* (apartado 5 del apéndice final) se hace estudio bastante completo de la escuela histórica alemana. La forma final que adopta la Economía vulgar es la forma profesoral, que aborda el problema “históricamente”. He aquí una cita, tomada del lugar más arriba indicado:

Todos los sistemas carecen del alma; en todos ellos aparecen limadas las aristas; todos ellos pueden convivir pacíficamente en los cuadernos colectivos [...] Y, como esta clase de trabajos, además sólo aparecen cuando la Economía política, en cuanto ciencia, ha cumplido con su misión, son, al mismo tiempo, la tumba de esta ciencia.

Marx analiza de manera detallada la teoría de la renta de Rodbertus. En 1851, este último intentó desarrollar la teoría de la renta absoluta, no contenida en Ricardo. Pero, como demuestra Marx, no da ni un paso de avance con respecto al economista inglés. Partía de las mismas erróneas premisas que el propio Ricardo. Al igual que éste, identificaba el valor con el precio de producción, lo que le cerraba el camino para explicar la renta absoluta. Lenin, en su estudio biográfico sobre Carlos Marx, expone cuán brillantemente refutó éste la teoría de Rodbertus y subraya que esta crítica marxista merece una atención especial.¹⁸

Entre los economistas vulgares norteamericanos, Marx se detiene repetidas veces en las especulaciones de Carey, quien predica la armonía de intereses de todas las clases de la sociedad burguesa y “denuncia a Ricardo [dice Marx] como el padre del comunismo”¹⁹ (La razón de ello está, sencillamente, en que Ricardo formula las contradicciones económicas que median entre las clases, tal como se presentan en la esfera de la distribución).

En las *Teorías sobre la plusvalía* Marx traza por primera vez una historia auténticamente científica de la Economía política. Va siguiendo paso a paso el desarrollo de esta ciencia, desde el mercantilismo y hasta mediados del siglo XIX. Y señalando siempre, con la mayor escrupulosidad, los méritos de estos o los otros economistas, a la par de sus defectos y del lugar que les corresponde en el desarrollo de la ciencia económica.

Marx descubrió por vez primera en la Economía política la condicionalidad objetiva de las teorías económicas. Puso de manifiesto el nexo existente entre cada una de las teorías y la etapa dada de desarrollo de la sociedad, la situación de tal o cual clase social y la lucha de clases. El desarrollo de la Economía política –advierte Marx– va de la mano con el desarrollo real de las contradicciones sociales contenidas en la entraña de la producción capitalista y de la lucha de clases.

¹⁸ V. I. Lenin, “Carlos Marx”, en *Marx, Engels y el marxismo*. Moscú, Progreso, 1950, p. 31.

¹⁹ C. Marx, *Teorías sobre la plusvalía*, vol. II, cap. X, apartado 2.

En su estudio de la evolución seguida por la Economía política burguesa, Marx descubrió la existencia de dos etapas de desarrollo y trazó de modo exhaustivo las características distintivas de la Economía política clásica y la vulgar.

Su análisis crítico de las teorías de los economistas vulgares más destacados pone convincentemente de manifiesto el carácter anti-científico de la Economía política vulgar, su dar vueltas y más vueltas alrededor de lo mismo sin avanzar un solo paso, su deformación de los hechos en beneficio de la burguesía.

Él pronosticó que el carácter apologético de la Economía política vulgar iría acentuándose a medida que se desarrollara todavía más el capitalismo. Y este pronóstico de Marx se ha justificado plenamente. Los economistas burgueses y los revisionistas van a buscar, hoy, sus “descubrimientos “científicos” en Keynes y sus secuaces. En realidad, los economistas burgueses actuales, incluyendo a Keynes, no hacen otra cosa que utilizar ampliamente las viejas teorías vulgares, adaptándolas a la exaltación del capitalismo monopolista de Estado.

Los economistas burgueses de nuestros días toman como centro y eje de sus razonamientos la famosa “fórmula trinitaria” de Say y su plantan la teoría del valor por la teoría vulgar del costo de producción. Estos economistas hablan mucho de la llamada “ley de la fertilidad decreciente de la tierra” y la teoría malthusiana de la población. Bajo las condiciones del capitalismo monopolista de Estado y con el fin de justificar la carrera de armamentos, los economistas burgueses, siguiendo las huellas de Malthus, hacen la apología del consumo improductivo.

Los certeros tiros de la crítica de Marx centran la Economía política burguesa de los siglos XVII a XIV siguen dando en el blanco de los economistas actuales del capitalismo. Ponen de manifiesto y demuestran la indigencia de la Economía política burguesa de nuestro tiempo.

Marx examina en las *Teorías sobre la plusvalía* una serie de problemas importantísimos de la Economía política, cuyo estudio viene a complementar en cierto modo el análisis del modo de producción capitalista contenido en su obra *El capital*.

Entre otras cosas, las *Teorías* investigan a fondo el importante problema de la productividad del trabajo. Marx critica las ideas de los economistas burgueses en torno a este problema y pone de manifiesto que el concepto del trabajo productivo es una categoría histórica. Bajo las condiciones del capitalismo, lo que produce el trabajo, al ser cambiada por el capital, en la plusvalía que éste se apropia.

En uno de los lugares de la obra que estamos comentando se contiene una definición clásica de la meta perseguida por la producción capitalista. “La producción capitalista [leemos en uno de los primeros párrafos del capítulo XVIII, volumen II de las *Teorías sobre la plusvalía*] persigue como finalidad constante crear con un *mínimum* del capital invertido un *máximum* de plusvalía o *surplus produce*”.

Al analizar el problema agrario en el tomo III de *El capital*, Marx ponía especial atención en la renta diferencial, por tratarse de la forma necesariamente condicionada por el régimen capitalista de producción.

En cambio, en las *Teorías sobre la plusvalía* estudia principalmente la renta absoluta. Como ya hacíamos notar, tanto Adam Smith como David Ricardo, negaban la existencia de la renta absoluta; Rodbertus, por su parte, daba una explicación sustancialmente falsa de este tipo de renta de la tierra. Ello fue lo que movió a Marx, poniendo de manifiesto los errores de los economistas anteriores y contemporáneos suyos, a concentrar aquí la atención en el examen de la renta absoluta. Y, como estos economistas partían del error de identificar el valor con el precio de producción, Marx desarrolla aquí en todos sus aspectos la fundamentación de la renta absoluta, partiendo de la ley del valor y de la transformación de éste en precio de producción.

Hace la crítica de Rodbertus, cuyas ideas se hallaban todavía fuertemente influidas por las concepciones del feudalismo, y desarrolla a este propósito la teoría de la nacionalización de la tierra. En el apartado 10 del capítulo IX del volumen II, en el contexto de la crítica rodbertiana de la teoría de la renta, dice Marx:

De la propia esencia del *modo capitalista de producción* [a diferencia del feudal, del antiguo, etcétera] se desprende la reducción de las

clases que participan directamente en la producción, comprendiendo también, por tanto, a los copartícipes directos del valor producido y de los productos en que se realiza este valor, a *capitalistas y obreros asalariados, excluyendo al terrateniente* (el cual sólo aparece después, como consecuencia, no de relaciones de propiedad sobre *fuerzas naturales* que hayan *brotado* del modo de producción capitalista, sino que han sido *heredadas* por éste).

Y Marx demuestra, además, que en el más desarrollado de los países capitalistas, en Inglaterra, los terratenientes, desplazados por los arrendatarios capitalistas, se mantienen al margen de toda participación directa en el proceso de producción.

Partiendo de lo anterior, Marx destaca la significación progresiva que encierra el postulado de la nacionalización de la tierra, por cuanto permite suprimir esta clase parasitaria y eliminar los obstáculos que se oponen a la libre inversión de capitales en la agricultura. En su obra sobre “La revolución proletaria y el renegado Kautsky”, V. I. Lenin se refiere a esta tesis de Marx, de la que dice que es una magnífica explicación, en la que “se expone con palpable claridad el sentido revolucionario” y el sentido democrático-burgués de la nacionalización de la tierra”.

A la par que hace ver que el terrateniente es una figura perfectamente superflua bajo el capitalismo, Marx subraya, al mismo tiempo, cómo la burguesía radical, aunque critique la propiedad sobre la tierra, no se atreve, en la práctica, a proceder a su nacionalización, ya que los ataques dirigidos contra una forma de la propiedad pueden entrañar, al mismo tiempo, grave riesgo para las otras. Además, los burgueses se hacen, por su parte, propietarios de tierras. De aquí que la nacionalización de la tierra sólo sea factible si se la aborda conjuntamente con la abolición de las relaciones capitalistas.

Marx, señala, a este propósito, la diferencia de principio que existe entre la nacionalización burguesa de la tierra y la transformación de ésta en propiedad del pueblo. La primera deja en pie el divorcio entre los trabajadores de la tierra, que es factor primordial de la

producción; en cambio, la segunda suprime la base sobre la cual descansa la producción capitalista.

En las “Teorías sobre la plusvalía”, Marx examina detalladamente el problema del papel y las características de la competencia en la agricultura. Y, en relación con esto, señala con gran fuerza que no es precisamente la calidad de la tierra, sino la competencia, es decir, la producción capitalista, la que hace que los precios de los productos agrícolas se regulen por las condiciones de producción en las tierras peores. “No se trata, pues, de una ley natural, sino de una ley social”, concluye Marx.

Nos encontramos aquí con importantes observaciones acerca del problema de las dos formas de monopolios existentes en la agricultura capitalista. Este problema fue esclarecido más adelante por Lenin, en su obra “El problema agrario y los ‘críticos de Marx’”, escrita antes de que vieran la luz las *Teorías sobre la plusvalía*.

En 1908, en nota a una nueva edición de su obra, dice Lenin que las explicaciones de Marx acerca del problema de la renta absoluta, contenidas en sus *Teorías sobre la plusvalía* confirman la justeza de su interpretación (la de Lenin), principalmente en lo que se refiere a los dos tipos de monopolio.

Citando el pasaje correspondiente a *El capital*, Lenin hace notar que Marx distingue con toda claridad entre la limitación de la tierra, de una parte, y de otra el hecho de que la tierra sea objeto de propiedad privada.

El análisis de la acumulación del capital y de las crisis económicas, en las *Teorías sobre la plusvalía*, ofrece una serie de aspectos importantes que no aparecen aclarados de un modo tan minucioso en los tres primeros tomos de *El capital*.

Marx indica, aquí, que la aparición del dinero entraña ya la posibilidad abstracta, formal, de las crisis, que va implícita en la ruptura o en la interrupción del ciclo de la metamorfosis de la mercancía. Ahora bien, la posibilidad general de la crisis no significa otra cosa que *la forma más abstracta* de ésta, pero sin contenido, sin la causa determinante de la crisis. La crisis real sólo surge, como demuestra Marx, en las condiciones del capitalismo. Y su base es, sencillamente, la contradic-

ción fundamental que el capitalismo lleva en su seno. Marx examina, aquí, en todos y cada uno de sus aspectos, la discordancia que bajo el capitalismo existe entre el ensanchamiento de la producción y el del mercado. “Las crisis del mercado mundial deben considerarse como la síntesis real y la violenta nivelación de todas las contradicciones de la economía burguesa”.²⁰

Como conclusión, Marx pone de relieve la esencia apologética de la teoría que sostiene la imposibilidad de una superproducción general. Los economistas burgueses suelen remitirse, en apoyo de esta teoría, al carácter ilimitado del consumo. Marx hace ver que la superproducción de mercancías no significa, ni mucho menos, el exceso de mercancías producidas con respecto a las necesidades del consumo. Vista así la cosa, llegaríamos por el contrario a la conclusión de que el capitalismo adolece constantemente de superproducción. Y ocurre así, sencillamente, porque lo que, bajo el capitalismo, sirve de límite y de regulador no son ni mucho menos las necesidades de los obreros, sino que es la ganancia de los capitalistas.

Las *Teorías sobre la plusvalía* constituyen el remate, la culminación del análisis del capitalismo, en el que Marx, partiendo de la investigación del régimen capitalista, expone críticamente a historia de la Economía política burguesa. Esta obra encierra también una importancia extraordinaria para el enjuiciamiento y la crítica de la Economía política burguesa actual, cuyos autores explotan ampliamente muchas de las teorías de los economistas vulgares del siglo XIX que el filósofo y economista alemán pone al desnudo en los tres volúmenes de las *Teorías sobre la plusvalía*.

Marx consideraba *El capital* como un todo armónico. Ello significa que entre los cuatro tomos que, incluyendo las *Teorías sobre la plusvalía*, forman esta obra media una unidad indisoluble. El punto central de todo el libro es la teoría de la plusvalía, de su producción, circulación y distribución. Partiendo de aquí, el autor analiza todas las demás leyes y categorías del capitalismo. La unidad de *El capital* se expresa en el

²⁰ *Ibid.*, vol. II, cap. XVII, apartado 10.

hecho de que la obra aparece concebida y redactada de tal modo, que cada uno de los tomos posteriores complementa y profundiza las investigaciones sobre las relaciones de producción capitalistas contenidas en las partes anteriores.

El capital contiene una profunda síntesis o generalización de la experiencia práctica acumulada por el movimiento obrero internacional. Se elabora aquí en todos y cada uno de sus aspectos, de modo completo, una teoría que “hermana la rigurosa y elevada científicidad (la última palabra de la ciencia social) con el espíritu revolucionario, y no de un modo casual, porque el creador de la doctrina hermanara personalmente las cualidades del científico y el revolucionario, sino porque ello va unido, interior e indisolublemente en la misma teoría”.²¹

Esta unidad interna de la teoría y la práctica revolucionarias se cifra en el hecho de que *El capital* fundamenta y razona la conclusión del carácter inevitable de la revolución socialista y la dictadura del proletariado. Gracias a ello, puede el partido revolucionario del proletariado apoyarse para su acción en una teoría científica. Gracias a ello, resplandecen con entera claridad la meta del movimiento obrero y los caminos que llevan a su consecución. La teoría revolucionaria se convierte –según la famosa frase de Engels– en una guía para la acción.

²¹ V. I. Lenin, *Quiénes son los amigos del pueblo*.

ÍNDICE

Introducción	7
La revolución llevada a cabo por Marx y Engels en el campo de la economía política	11
La filosofía de <i>El capital</i> . En el centenario de Marx	25
Aportaciones de Federico Engels a <i>El capital</i>	33
Qué es, para nosotros, <i>El capital</i>	43
Orientaciones para el estudio <i>El capital</i> de Carlos Marx	71
El tomo II de <i>El capital</i>	115
Las <i>Teorías sobre la plusvalía</i>	133
Índice	159

Escritos sobre El capital, de Wenceslao Roces, editado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, se terminó de imprimir en el mes de junio de 2025 en el taller de Color Arte, Rinconada Macondo, Edificio José A., colonia Pedregal de Carrasco, Alcaldía Coyoacán, CDMX. Se tiraron 300 ejemplares impresos offset en papel cultural de 95 gramos. La tipografía se realizó en tipos Adegá Serif. El diseño de los forros e interiores fueron realizados por Alejandra Torales M., con colaboración de Daniela Macías Galván. La formación estuvo a cargo de Daniela Macías Galván. Cuidó la edición Juan Carlos H. Vera.

Ekató, serie coordinada por Frances Rodríguez Van Gort,
Roberto de Jesús Villamil Pérez, Federico José Saracho López
y Juan Carlos H. Vera.

EKATÓ



CIENTO AÑOS
FILOSOFÍA Y
LETRAS - UNCU